

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA AMÓS, LIBROS TRES. (C)

PRÓLOGO.

219-220 El profeta Amós, que sigue a Joel y es el tercero de los doce profetas, no es el mismo que leemos como padre del profeta Isaías. Aquel se escribe con la primera y última letra de su nombre ALEPH y SADE, y se interpreta como fuerte y robusto. Este, sin embargo, se escribe con AIN y SAMECH, y se interpreta como pueblo arrancado; las letras intermedias MEM y VAU son comunes a ambos. Sin embargo, entre nosotros, que no tenemos tanta diferencia de letras vocales y la letra S, que entre los hebreos es triple, estos y otros nombres parecen ser comunes, los cuales entre los hebreos se distinguen por la diversidad de elementos y sus propiedades. Este profeta que ahora tenemos en manos, fue del pueblo de Tecoa, que está a seis millas al sur de la santa Belén, que engendró al Salvador del mundo; y más allá no hay aldea, ni siquiera casas rurales similares a hornos, que los africanos llaman mapalia. Tan grande es la vastedad del desierto, que se extiende hasta el mar Rojo, y los límites de los persas, etíopes e indios. Y como en el suelo árido y arenoso no se produce en absoluto ningún fruto, todo está lleno de pastores, para compensar la esterilidad de la tierra con la multitud de ganado. De este número de pastores fue el profeta Amós, sin habilidad en el habla, pero no en el conocimiento. Pues el mismo Espíritu Santo que hablaba a través de todos los profetas, hablaba en él. Por eso lo hemos traducido del hebreo.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I---Vers. 1.). 221 Palabras de Amós, que fue entre los pastores de Tecoa, que vio sobre Israel. Los Setenta, sin saber qué querían, interpretaron: Palabras de Amós, que fueron en Accarim de Tecoa, que vio por Jerusalén. Y debe saberse que este profeta no profetizó por Jerusalén, lo cual no se encuentra en absoluto en hebreo; sino sobre Israel, es decir,

En los días de Ozías, rey de Judá, y en los días de Jeroboam, las diez tribus que se llaman Israel, y estaban en Samaria, profetizó. Lo cual también Aquila, Símaco y Teodoción tradujeron de manera similar. El primero, Oseas, profeta, habla a las diez tribus que se llaman Efraín, Samaria, casa de José e Israel. El segundo, Joel, profetiza a Jerusalén y las dos tribus que se llaman Judá y Jerusalén y Jacob, sin hacer mención alguna de Israel. El tercero, Amós, no profetiza a Jerusalén, que era gobernada por la tribu de Judá; sino que predica a Israel en Samaria. Lo cual puede probarse de todo su volumen, y especialmente de lo que está escrito: Amasías, sacerdote de Betel, envió a Jeroboam, rey de Israel, diciendo: Amós ha conspirado contra ti en medio de la casa de Israel (Amós VII, 10). Y poco después, Amasías dijo a Amós: Vidente, vete, huye a la tierra de Judá, y come allí pan, y allí profetiza, y en Betel no añadas más para profetizar, porque es santuario del rey y casa del reino. A lo que Amós respondió: No era profeta, ni hijo de profeta, sino pastor de bueyes y recogedor de sicómoros: 222 Y el Señor me tomó cuando seguía al rebaño, y me dijo: Ve, profetiza a mi pueblo Israel: no ciertamente a Judá y Jerusalén, como se tiene erróneamente entre los griegos y latinos, sino a Israel, es decir, las diez tribus, que por la multitud del pueblo, habían conservado el nombre original. En el lugar donde los Setenta tradujeron, en Accarim, Teodoción puso la misma palabra hebrea: en NOCEDIM (), que Aquila tradujo como ἐν ποιμνιστρόφοις, es decir, entre los pastores: Símaco y la quinta edición ἐν τοῖς ποιμέσιν, es decir, entre los pastores. Y creo que debido a la similitud de las letras DALETH y RES, también aquí fueron engañados, por NOCEDIM, como si fuera NOCERIM: y de ahí pusieron la palabra Accarim, aunque al principio del nombre la letra NUN no deja excusa para el error. Sin embargo, no he leído que Accarim sea hebreo hasta el presente. Y quien interpreta la esterilidad, es decir,

στεῖρωσιν, expresa más bien la ciudad de los filisteos Accaron, que Accarim, que no se lee en absoluto. Así que las palabras de Amós, que fue del pueblo de Tecoa entre los pastores, porque también es una región pastoral, están contenidas en este volumen, que vio sobre Israel, no con los ojos de la carne, sino con la mirada de la mente: porque los profetas eran llamados videntes; de lo contrario, según la letra, las palabras no se ven, sino que se oyen. Por eso el pueblo veía la voz de Dios, y Moisés, callado, hablaba 223 al Señor, cuando le decía: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). También leemos en el Nuevo Testamento: Lo que hemos visto y oído con nuestros ojos, y nuestras manos han palpado del Verbo de vida (Juan I, 1). Porque el Verbo de Dios, que por sí mismo es invisible, lo ven los apóstoles, y lo tocan con sus manos. Ese Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Vio, pues, estas palabras. hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto. Cuando en Asiria y las ciudades de Cilicia reinaba Sardanápalo, de quien el orador insigne dice: Más infame por sus vicios que por su nombre. Y entre los latinos Procas Silvio, a quien Amulio, expulsado su hermano Numitor, sucedió en el reino. Al ser asesinado, Romulo, reuniendo una banda de pastores y ladrones, fundó la ciudad que lleva su nombre. Este es Ozías, rey de Judá, también llamado Azarías, quien al intentar reclamar para sí el sacerdocio indebido, fue golpeado con lepra en la frente (II Crónicas XXVI), cuando la ira del Señor no solo se mostró con el castigo de quien fue sacrílego; sino también con el terremoto, que los hebreos recuerdan que ocurrió entonces. Jeroboam no es el hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel (I Reyes XII), sino el hijo de Joás, hijo de Joatán [Al. Joacaz y Joacán], hijo de Jehú, bisnieto del mismo Jehú, bajo quien profetizaron Oseas, Joel y Amós. Así que Ozías se interpreta como κράτος Κυρίου, es decir, poder, o fortaleza del Señor. Jeroboam δικασμὸς λαοῦ, es decir, juicio, o causa del pueblo, aunque algunos al leerlo con la letra griega chi, sospechan que significa división del pueblo. Joás Κυρίου χρόνισμα, es decir, demora del Señor, o temporalidad. Las palabras de Amós, en el tiempo en que el pueblo de Israel estaba apartado del Señor, y servía a los becerros de oro, o apartado del reino de la estirpe de David, resonaron con clara voz como una trompeta que se interpreta como Tecoa. Y resonaron sobre Israel, que una vez fue el más recto de Dios, es decir, εὐθύτατος Θεοῦ. En los días de Ozías, rey de Judá, en quien por el templo y el santo de los santos, 224 permanecía la fortaleza del Señor, y gobernaba con su poder al pueblo que confesaba. El nombre de Jeroboam, que fue la causa de la división del pueblo, significa que Israel permaneció mucho tiempo en el error de la idolatría, antes de que la cautividad total lo sacudiera, lo cual en dos años mostró una doble angustia de las diez tribus, y de las dos: para que, si quisieran, haciendo penitencia, no sintieran más el movimiento de la tierra.

Estas cosas, Pamaquio, queridísimo para mi alma, que por la interpretación de tu nombre, con una especie de profecía de lo futuro, demuestras que luchas con toda habilidad contra el diablo y los poderes contrarios, he abarcado en un largo discurso como argumento y ὑπόθεσιν del profeta Amós. Advirtiéndome brevemente que la explicación de este y de los profetas Oseas y Zacarías, la prometí a otros hombres santos, pero especialmente a tu santa y venerable madre Paula, mientras vivía. Y no me equivoco mucho en la fidelidad de la promesa, si lo que prometí a la madre, lo devuelvo al hijo. Pero ya es tiempo de que, proponiendo las palabras del mismo Profeta, explique lo que me parece en cada una.

(Vers. 2.) Y dijo: El Señor rugirá desde Sion, y desde Jerusalén dará su voz. Y lloraron los hermosos pastores, y se secó la cima del Carmelo. LXX: Y dijo: El Señor desde Sion ha hablado, y desde Jerusalén ha dado su voz, y lloraron los pastos de los pastores, y se secó la cima del Carmelo. Es natural que todos los artesanos hablen con ejemplos de su arte, y cada uno, en lo que ha pasado su vida, presente la semejanza de ello: por ejemplo, quien es marinero y piloto, compara su tristeza con la tempestad; llama naufragio a la pérdida; llama

vientos contrarios a sus enemigos. De nuevo, llama prosperidad y alegría a la brisa más placentera y a los vientos favorables; mares tranquilos y llanuras, similares a campos. Por otro lado, el soldado, todo lo que diga, suena a escudo, espada, coraza, casco, lanza, arco, flecha, muerte, herida y victoria. En boca de los filósofos siempre están Sócrates y Platón, Jenofonte y Teofrasto, Zenón y Aristóteles, los estoicos y los peripatéticos. Los oradores alaban hasta el cielo a Lisias e Hipérides, Pericles y Demóstenes, los Gracos, Catones, Tulios y Hortensios. Los poetas, si son épicos, a Homero y Virgilio; si líricos, a Píndaro y 225 Flaco, los celebran con frecuencia en su discurso. ¿Por qué se han dicho estas cosas? Para mostrar que también el profeta Amós, que fue pastor entre los pastores, y pastor no en lugares cultivados y plantados con árboles y viñas, o ciertamente entre bosques y prados verdes, sino en la vasta extensión del desierto, donde habita la ferocidad de los leones y la matanza de ganado, usó el lenguaje de su arte, para llamar a la voz del Señor terrible y temible, rugido de leones y estruendo. Comparando la destrucción de las ciudades israelitas con la soledad de los pastores [Al. preocupación] y la aridez de los montes: El Señor, dice, rugirá desde Sion, y desde Jerusalén dará su voz. Rugirá se dice en hebreo JESAG (): Y bellamente rugirá desde Sion, y desde Jerusalén dará su voz, donde estaba el templo y la religión de Dios, para enseñar que Dios no está en las ciudades de Israel, es decir, en Betel y Dan, donde estaban los becerros de oro, ni en la metrópoli Samaria y Jezrael, sino en la verdadera religión, que en ese tiempo se practicaba en Sion y Jerusalén. Cuando ruja desde Sion, y dé su voz desde Jerusalén (porque de Sion saldrá la ley (Isaías II), y la palabra del Señor desde Jerusalén), todos los hermosos pastores y reyes de Israel llorarán, y se secará la cima del Carmelo, que una vez abundaba en pastos fértiles. Carmelo se dice en griego y en latín, en hebreo se llama CHERMEL: y hay dos montes que se llaman con este nombre. Uno en el que estuvo Nabal Carmelo, marido de Abigail, hacia el sur. Otro cerca de Ptolemaida, que antes se llamaba Aco, que se asoma al mar, en el que el profeta Elías, de rodillas, obtuvo lluvias (I Reyes XV). Si, pues, habla de Chermel, en el que habitó Nabal, conviene más a los rebaños de pastores, porque está cerca del desierto (III Reyes 18). Pero si habla de aquel que está cerca de la costa, se refiere a los reyes y a la soberbia de los reyes de Israel, que, con la inminente cautividad, dice que serán devastados como montes desiertos. De otra manera: Cuando el Señor desde Sion y Jerusalén, desde la atalaya de la Iglesia, que no puede estar oculta en el monte, y en la que está la visión de la paz, haya dado su voz a través del Antiguo y Nuevo Testamento, y a través de los doctores eclesiásticos, y haya sonado como una trompeta clara, entonces 226 toda la belleza de los pastores, es decir, la doctrina de los herejes, que parecía compuesta con un discurso hermoso, y el conocimiento de la circuncisión (esto es lo que significa CHERMEL [] por el cual se prometen a sí mismos el conocimiento de la verdadera circuncisión, llorará y se secará, y las multitudes de pueblos, que por su simplicidad se llaman rebaños, se marchitarán con una súbita aridez.

(Vers. 3.) Así dice el Señor: Sobre tres crímenes de Damasco, y sobre cuatro no lo convertiré, porque trillaron con trillos de hierro a Galaad. LXX: Y dijo el Señor: Sobre tres impiedades de Damasco, y sobre cuatro no los apartaré [Al. él], porque cortaron con sierras de hierro a las embarazadas en Galaad. En lugar de trillos, que en hebreo se llaman ARSOTH (), y que Teodoción tradujo como ruedas de hierro, que nosotros hemos interpretado como trillos de hierro, los Setenta tradujeron como sierras de hierro. Es un tipo de trillo que se mueve con ruedas de hierro dentadas por debajo, para que, al sacudir los granos, triture la paja en las eras y, debido a la esterilidad del heno, triture la paja para el alimento de los animales. De nuevo, donde en hebreo se encuentra BENADAD (), y es un solo nombre, los Setenta lo interpretaron como hijos de Ader, engañados por la similitud de las letras RES y DALETH. En el lugar donde nosotros dijimos, de la casa del placer, que en hebreo se dice MEBBETH EDEN (), y todos lo tradujeron de manera similar, los Setenta lo interpretaron como de los

hombres de Jarán, pensando que la letra RES del medio del nombre era DALETH, y según su costumbre, anteponiendo AIN a la primera letra hebrea, Chi (X) griega. También tradujeron Cirene, que en hebreo se dice CIRA (), como ἐπὶ κλητον, es decir, llamado, o nombrado, debido a la similitud de la palabra, porque CARAE (), puede decirse vocación, y entendieron un nombre propio como apelativo. Sobre las causas de la diversa traducción hemos hablado brevemente: ahora pasemos al sentido de lo que se ha dicho. Primero, la palabra de Dios se dirige contra Damasco, donde reinaba Hazael, quien en el tiempo en que profetizaba Amós, oprimía gravemente a Israel, es decir, a las diez tribus: tanto que, habiendo vencido al rey Acab de Israel en Ramot Galaad, toda la región que se llamaba 227 Galaad, y había caído en herencia a la media tribu de Manasés, la masacraba y trituraba como trillos de grano en las eras. Lo cual el profeta Eliseo habla más plenamente en el volumen de los Reyes, donde leemos escrito: Y se detuvo con él, y se turbó hasta el enrojecimiento del rostro: y lloró el hombre de Dios. Y Hazael le dijo: ¿Por qué llora mi señor? Y él respondió: Porque sé los males que harás a los hijos de Israel. Quemarás con fuego sus ciudades fortificadas, y matarás a sus jóvenes con la espada, y estrellarás a sus niños, y abrirás a las embarazadas. Y Hazael dijo: ¿Qué soy yo, tu siervo, un perro, para hacer esta gran cosa? Y Eliseo dijo: El Señor me ha mostrado que serás rey de Siria (II Reyes VIII, 11 ss.). Lo que sigue en el profeta.

(Vers. 4.) Y enviaré fuego en la casa de Hazael, y devorará las casas de Benadad. Y quebraré el cerrojo de Damasco, y destruiré a los habitantes del campo del ídolo. LXX: Y enviaré fuego en la casa de Hazael, y devorará los cimientos del hijo de Ader, y quebraré los cerrojos de Damasco, y destruiré a los habitantes del campo ὄν. Da a entender que Hazael, reinando Ozías y Jeroboam, ya había muerto en Siria, y su hijo Benadad le había sucedido en el reino, de quien todos los reyes posteriores de Aram, es decir, de Siria y Damasco, poseyeron el nombre de Benadad. Por eso, bellamente no dijo, enviaré fuego en Hazael, sino en la casa de Hazael, es decir, en su casa real, a la que Benadad, su hijo, gobernaba en ese tiempo. Y quebraré, dice, los cerrojos de Damasco, y destruiré a los habitantes del campo del ídolo. Toda la fortaleza [Al. multitud] de los sirios, que como un trillo y cerrojos apartaba los ataques de los adversarios. El campo del ídolo que en hebreo se dice AVEN (), y los Setenta y Teodoción lo interpretaron como ὄν: Símaco y la quinta edición lo tradujeron como iniquidad: Aquila, ἄνωφελοῦς, es decir, inútil, para mostrar la vana ayuda de los ídolos, cuando el pueblo de Damasco, al venir el asirio, será capturado [Al. capturado]. Porque leemos que Teglathfalsar, rey de Asiria, habiendo matado a Rezín, rey de Damasco, de quien también habla Isaías, trasladó a todo el pueblo de Siria, que se llamaba Aram, a Cirene, y por esta razón se dice ahora (II Reyes 16).

(Vers. 5.) 228 Sosteniendo el cetro de la casa del placer, y el pueblo de Siria será trasladado a Cirene, dice el Señor. LXX: Y cortaré la tribu de los hombres de Carran, y el pueblo de Siria será llevado cautivo, dice el Señor. Para que se entienda, aplastaré y dispersaré, y el pueblo de Siria será trasladado a los confines más lejanos de Egipto. Y lo que se dice al principio: Sobre tres crímenes de Damasco, y sobre cuatro, no lo convertiré, y según los Setenta, no lo rechazaré, es decir, al pueblo de Damasco, o Aram, es decir, al sirio, este sentido puede tener según la historia: Si una vez hubiera perseguido a mi pueblo, o una segunda vez, le perdonaría; pero ahora, habiendo sido cruel por tercera y cuarta vez, al triturar a la multitud cautiva con carros de hierro, ¿no debo corregirlo con castigos? ¿No debo apartar mi rostro de él en mi clemencia? Según la tropología, podemos decir esto: El primer pecado es haber pensado en lo que es malo. El segundo, haber consentido en pensamientos perversos. El tercero, haber completado con obras lo que decidiste en tu mente. El cuarto, no hacer penitencia después del pecado y complacerse en su propio delito. Esto lo hacen todos los herejes, que no solo piensan y hacen el mal, sino que con su doctrina engañan a los simples, y

al modo de los damascenos, que se interpretan como bebedores de sangre, beben la sangre de aquellos a quienes han engañado. Sobre pecados de este tipo, dice el Señor: ¿no es digno que los corrija con castigos y aparte mi rostro de ellos? para que aquellos que no ven la verdad de mis dogmas sean cubiertos de tinieblas por el apartamiento de mi rostro. Porque trituraron o cortaron en carros de hierro a las embarazadas de Galaad. Estas son las embarazadas de las que el Señor habla en el Evangelio: ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que críen en aquellos días! (Luc. XXI, 23). Las embarazadas son las almas de los creyentes, que al principio de la fe pueden decir: Por tu temor, Señor, concebimos y dimos a luz (Is. XXVI, 17, 18); y si no fueran cortadas y trituradas por carros y ruedas de hierro y dentadas (de las que el salmista dice: Los dientes de los hijos de los hombres son armas y flechas (Sal. LVI, 5), también pueden decir lo que sigue: Y daremos a luz, haremos sobre la tierra el espíritu de tu salvación. Considera también que no pueden cortar a los hombres de edad perfecta; sino a aquellos que aún están en el útero, o que no pueden tomar alimento sólido, y aún son alimentados con la leche de la infancia. Estas embarazadas son de Galaad, que se interpreta como traslado o migración del testimonio. Porque han migrado de la Iglesia a la herejía, y los testimonios de Dios que antes habían recibido, los han trasladado a términos ajenos. Pero el Señor enviará fuego a la casa de Azael, que ellos llaman AZAEL (), es decir, visión de Dios: fuego que consumirá en ellos la madera y la paja, y devorará los cimientos del hijo de Ader. Debemos también, según los Setenta, decir, para que no parezca que los hemos propuesto en vano: Ader se interpreta como εὐπρεπεία, que podemos llamar decoro: porque toda palabra de los herejes, elegante y compuesta, y que tiene la belleza de la elocuencia secular, engaña más fácilmente a los oyentes. Las barras de Damasco, como cerrojos muy robustos y firmes [Al. fortísimos], se entienden como aquellos que están instruidos en el arte dialéctico y en los argumentos de los filósofos. Por ejemplo: Se llama puerta a quien ha concebido y dado a luz un dogma falso, como Arrio en Alejandría: sus barras y cerrojos más firmes, Euticio y Eunomio, que con silogismos y entimemas, incluso sofismas, y falsedades y sorites, que han sido mal inventados por otros, intentan reforzar. Y cuando las barras de Damasco hayan sido trituradas y rotas, también destruirá a los habitantes del campo ὄν, que se interpreta como trabajo o dolor. Porque todos los herejes, con gran trabajo y dolor, han intentado encontrar algún orden y consecuencia de su herejía. Y cortaré la tribu de los hombres de Charram, que en nuestra lengua se traduce como agujeros. Porque no tienen ventanas por las que entre a ellos la luz de la verdad; sino ciertos agujeros y pasajes ocultos, por los que entran animales nocivos e inmundos. Y Aram será llevado cautivo, el pueblo alto y sublime, que se ha erguido en soberbia, y se promete a sí mismo cosas celestiales, para que sea capturado para su salvación: y según el hebreo, sea trasladado a Cirene, donde está la vocación de Dios.

(Vers. 6 seqq.) Esto dice el Señor: sobre tres crímenes de Gaza, y sobre cuatro no lo convertiré [Al. ellos], porque trasladó [Vulg. trasladaron] la cautividad perfecta, para encerrarla [Vulg. encerraran] en Idumea, y enviaré fuego en el muro de Gaza, y devorará sus casas, y destruiré al habitante de Azoto, y al que sostiene el cetro de Ascalón, y volveré mi mano sobre Accaron, y perecerán los restantes de los filisteos, dice el Señor. LXX: Esto dice el Señor: Sobre tres impiedades de Gaza, y sobre cuatro no los rechazaré, porque llevaron cautiva [Al. llevaron] la cautividad de Salomón, para encerrarla en Idumea, y enviaré fuego sobre los muros de Gaza, y devorará sus cimientos, y destruiré a los habitantes de Azoto, y será quitada la tribu de Ascalón, e introduciré mi mano en Accaron [Al. después de Accaron], y perecerán los restantes de los extranjeros, dice el Señor. En la tercera y cuarta generación, el Señor amenaza con devolver los pecados de los padres a los hijos en la Ley: no en igualdad de juicio, para que otros pequen y otros sean castigados, sino por la magnitud de la clemencia, mientras siempre espera la penitencia: y lo que se delinque en la primera generación, no lo corrige y enmienda antes de que llegue la tercera y cuarta generación. Algo

similar dice el apóstol Pablo a los Romanos: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras [Al. su] (Rom. II, 4 seqq.). Lo que dice, pues, es esto: He esperado mucho tiempo para que hicieran penitencia, y por eso no quise [Al. quise] castigar a los pecadores, para que alguna vez convertidos recibieran sanidad. Pero porque por tercera y cuarta vez hacen lo mismo, me veo obligado a cambiar de sentencia y corregir con castigos a los delincuentes. Veamos, pues, qué pecaron los filisteos y sus ciudades, a quienes los Setenta siempre tradujeron como extranjeros; porque dondequiera que en el Antiguo Testamento leamos ἀλλοφύλους, es decir, extranjeros, no debemos entender un nombre común de todas las naciones extranjeras, sino propiamente los filisteos, que ahora se llaman palestinos. ¿Qué hizo Gaza para provocar al Señor a ira y venganza? Trasladó la cautividad perfecta del pueblo de los judíos, y la encerró en Idumea, para venderla a los idumeos, a quienes había capturado de los judíos. Por cautividad perfecta, los Setenta interpretaron cautividad de Salomón: estimando el verbo hebreo SALMA (), que significa perfecta y completa, como el nombre de Salomón. Finalmente, Aquila tradujo ἀπληρωμένην y ἀναπεπληρωμένην; Símaco y Teodocio τελείαν, que no significa Salomón, sino perfecta y completa: para que no quedara ningún cautivo que no fuera entregado a los idumeos. Por lo cual dice que enviará fuego en los muros y casas de Gaza, o sus cimientos, que devorará y absorberá todo. Y como leemos que los filisteos tienen cinco ciudades, que fueron golpeadas con plagas por la injuria del arca, después de Gaza pasa a Azoto (I Reg. V), que se llama ESDOD (), y nuevamente a Ascalón, y con voz terrible amenaza con destruir a los habitantes de Azoto, y al que sostiene el cetro de Ascalón, es decir, el poder real, o la tribu de Ascalón, para que no quede nadie allí, ni siquiera los hombres de última edad, que sostienen sus miembros temblorosos con un bastón. Y nuevamente extiende su mano para golpear a Accaron. Y habiendo enumerado cuatro ciudades, comprende a las restantes ciudades de los filisteos en una sola frase. Y perecerán los restantes de los filisteos: que debemos entender como la ciudad de Geth, o todas las aldeas que están sujetas a las ciudades mencionadas. Según la tropología, esto debe sernos expuesto así: Gaza, que en hebreo se dice AZA (), significa fortaleza o imperio: Salomón, pacífico: Idumeo, sanguinario y terrenal: Azoto, es decir, Esdod, fuego del tío, o del abuelo: aunque algunos, leyendo dor en lugar de dod, piensan que significa fuego de la generación: Ascalón se interpreta como fuego homicida, o colgado y pesado: Accaron, στείρωσις, es decir, esterilidad, y ἐκρίζωσις [Al. ἐκρίσωσις], que se interpreta como erradicación. 232 Por lo tanto, Gaza, que se promete a sí misma la fortaleza de su ciencia y su imperio, es acusada de haber encerrado a los cautivos de la familia de Salomón en Idumea. Yo creo que estos son los maestros de los judíos, y todos los que siguen la letra que mata, y no quieren recibir el espíritu que vivifica; sino que todo lo que interpretan y saben, quieren que sea terrenal, y no escuchan al Señor discutiendo parábolas con los discípulos, y diciéndoles: El que tenga oídos para oír, que oiga (Mat. XI, 15): especialmente cuando el Apóstol entiende la historia manifiesta en los dos Testamentos (Gal. IV). Uno sobre el monte Sinaí, que es Agar, y sirve con sus hijos: el otro sobre Jerusalén libre, que es nuestra madre. Por lo tanto, dice que enviará fuego en los muros de Gaza, y todos sus argumentos, con los que intenta rodear y proteger sus mentiras. Y cuando haya enviado fuego en los muros, serán devoradas sus casas, o sus cimientos, todo lo que pueda tener de firme [Al. pudo tener], y construido con el arte dialéctico. También de Azoto, que también es de los extranjeros, quitará al habitante: cuya, porque sigue la letra, sus pechos no están llenos de leche, sino de fuego: y que miente al tener fuego de su tío, toda su generación está destinada a los fuegos. (Oseas IX, 14). Y quitará el cetro, o la tribu de Ascalón, donde el fuego es homicida. Porque así como el fuego del Señor salvará a aquellos a quienes haya penetrado en sus corazones: así este fuego que cae del cielo, como un rayo, que

enciende las flechas del diablo, a quienesquiera que sople, los matará. También extenderá su mano sobre Accaron, donde hay esterilidad y erradicación. Porque quien no haya recibido la inteligencia espiritual, oirá por Oseas: Dales, Señor. ¿Qué les darás? Dales un vientre estéril y pechos secos. Y para comprender todo de una vez en una sola frase, dice que destruirá todas las reliquias de los filisteos, o la ciudad de Geth, donde está el lagar del diablo, o todos los restantes filisteos, que se interpretan como cayendo por la copa. Porque cuando se embriaguen, caerán, y se revolcarán en su vómito.

(Vers. 9, 10.) Esto dice el Señor: Sobre tres crímenes de Tiro, y sobre cuatro no lo convertiré, porque encerraron la cautividad perfecta en Idumea, y no se acordaron del pacto de los hermanos, y enviaré fuego en el muro de Tiro, y devorará sus casas. LXX: Esto dice el Señor: Sobre tres impiedades de Tiro y sobre cuatro no la rechazaré, porque encerraron la cautividad de Salomón en Idumea, y no se acordaron del pacto de los hermanos. Y enviaré fuego sobre los muros de Tiro, y devorará sus cimientos. Las mismas tres y cuatro impiedades o crímenes que imputó a Damasco, Gaza, y Azoto, y Ascalón, y Accaron, y las restantes ciudades de los filisteos, también las imputa a Tiro, y le reprocha por haber encerrado la cautividad consumada y perfecta en Idumea, de las que hablamos antes: Y no se acordaron del pacto de sus hermanos. Preguntamos cómo los tirios son hermanos de los judíos. Aquí llama hermanos a los amigos y unidos por parentesco, porque Hiram, príncipe de Tiro, tuvo amistades con David y Salomón, hasta el punto de que él llevó madera de cedro en balsas hasta Joppe para la edificación del Templo y el palacio: y ellos les dieron trigo y aceite a los tirios, y les regalaron veinte ciudades en Basán: que él no quiso aceptar porque estaban llenas de hierba (III Reg. V, II Paral. II). Por lo tanto, dice que enviará fuego en sus muros, y devorará sus casas o cimientos, lo que el profeta Ezequiel en la visión de Tiro recuerda que Nabucodonosor, rey de los caldeos, hizo, donde dice: Te rodeará con fortificaciones, y levantará un terraplén alrededor (Ezequiel XXIX, 6). Y nuevamente: Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo servir a su ejército con gran servidumbre contra Tiro. Toda cabeza fue calva, y todo hombro fue pelado, y no se le pagó salario a él ni a su ejército sobre Tiro por la servidumbre con que me sirvió contra ella (Ibid., XXIX, 18): porque su ejército levantó un terraplén para capturar Tiro, que antes era una isla. Lo que también la historia narra que Alejandro Magno hizo, para convertir la isla en una península, que los griegos llaman χερσόνησον [Al. χερσόνησον]. Tiro se interpreta como tribulación, o angostador: y toda doctrina perversa intenta capturar la verdad, y encerrarla en sentidos terrenales, y no se acordaba del pacto de sus hermanos, que debemos ascender de la letra al espíritu, de lo terrenal a lo celestial: y se nos ha ordenado escribir la Sagrada Escritura en nuestro corazón de tres maneras. Pero Dios enviará fuego en todas las fortificaciones de Tiro, que no solo devorará los muros, sino también sus cimientos. De la cautividad de Salomón, por la cual en hebreo se tiene, consumada y perfecta, hablamos antes.

(Vers. 11 seqq.) Esto dice el Señor: Sobre tres crímenes de Edom y sobre cuatro no lo convertiré: porque persiguió con espada a su hermano, y violó su misericordia, y mantuvo su furia, y guardó su indignación hasta el final: enviaré fuego en Temán, y devorará las casas de Bosra. LXX: Esto dice el Señor: Sobre tres impiedades de Idumea y sobre cuatro no los rechazaré, porque persiguió con espada a su hermano, y violó el vientre sobre la tierra, y arrebató en testimonio su horror, y guardó su ímpetu para siempre: y enviaré fuego en Temán, y devorará los cimientos de sus muros. Edom es el mismo que Esaú, llamado así por el guiso de lentejas rojas, cuyo alimento le hizo perder la primogenitura: este se llama también Seir, peludo y hirsuto. Por eso los montes de los idumeos se llaman montes de Seir, y por Edom en griego se dice Idumea. Este persiguió con espada a su hermano, es decir, a los hijos de Jacob, de los cuales en las bendiciones de Isaac, donde bendice primero a Jacob y

luego a Esaú, está escrito más plenamente: para que el odio de los hermanos se mantuviera en los descendientes, y la nación idumea persiguiera tanto a sus hermanos, que al salir de Egipto ni siquiera les concediera el paso a la tierra santa; y no solo persiguió con espada a su hermano; sino que violó la misericordia, o su vientre, o como lo interpretó más claramente Símaco, sus propias entrañas: para que olvidara la hermandad, y endureciera las entrañas de la misericordia, y no supiera que era hermano, y despreciara el vientre de Rebeca, que había dado a luz gemelos en un solo parto. Y lo que sigue: Y mantuvo su furia más allá, y guardó su indignación hasta el final, muestra el odio antiguo, que nunca se unieron en paz [Al. se unieron]. Por lo cual amenaza con castigo por los crímenes, y dijo: Enviaré fuego en Temán, que es una región de los idumeos, y se inclina hacia la parte austral, que se interpreta como Temán: que la provincia no solo se llama Temán, sino también Daron y Nageb, porque mira al este, al sur y al suroeste. Y lo que dice: Devorará las casas de Bosra, no como algunos piensan, otra ciudad, sino que significa Idumea, ὀχυρωμένην y [quizás es decir] fortificada, según lo que leemos en Isaías: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra: este hermoso en su manto, caminando en la multitud de su fuerza? (Isaías LXIII, 2). Todo lo que dijimos de Esaú y Jacob, refirámoslo a los judíos y al pueblo cristiano. Porque ellos, terrenales y sanguinarios, persiguieron a su hermano Jacob, que los suplantó, y les quitó su primogenitura, y los persiguieron con espada, hasta el punto de que las posesiones y propiedades de los creyentes fueron confiscadas, lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hechos II, 4): y violaron la misericordia y los derechos de la naturaleza, y olvidaron a su madre Rebeca, que se interpreta como paciencia, y los engendró juntos en Cristo: y manteniendo la furia y la ira antigua, hasta hoy en sus sinagogas bajo el nombre de nazarenos blasfeman al pueblo cristiano: y con tal de que nos maten, quieren ser quemados con fuego. Pero el Señor enviará fuego en Temán, en los desiertos secos de Judea (que no son regados por las lluvias de los profetas), y devorará todas sus fortificaciones, o los cimientos de sus muros, para que, al caer todo sentido de la letra, se edifique la Iglesia de Cristo el Señor sobre sus cimientos. Por misericordia, los Setenta tradujeron vientre. Y por furia, horror: y por indignación, ímpetu, llevados por la ambigüedad de las palabras: porque REHEM (), significa tanto vientre como misericordia: APHPHO (), tanto su furia como su horror: EBRATH () se dice tanto indignación como ímpetu. Por otro lado, ARMANOTH (), que interpretamos como casas, Aquila y Símaco tradujeron como βάρεις, es decir, casas; Teodocio, habitantes: solo los Setenta aquí y antes, dijeron cimientos.

(Vers. 14, 15.) Así dice el Señor: Por tres crímenes de los hijos de Amón, y por cuatro, no revocaré el castigo: porque desgarraron a las mujeres embarazadas de Galaad para ensanchar su territorio; y encenderé fuego en el muro de Rabá, y devorará sus palacios entre gritos en el día de la batalla, y en el torbellino en el día de la tempestad: y Melcom irá al cautiverio, él y sus príncipes juntos, dice el Señor. LXX: Así dice el Señor: Por tres impiedades de los hijos de Amón, y por cuatro, no los apartaré, porque desgarraron a las mujeres embarazadas de los galaaditas para ensanchar sus límites: y encenderé fuego sobre los muros de Rabá, y devorará los cimientos con clamor en el día de la batalla, y se conmoverá en el día de su consumación: y los reyes irán al cautiverio, ÷ sus sacerdotes ** y sus príncipes juntos, dice el Señor. A los hijos de Amón, que son descendientes de Lot y habitan en Arabia, donde ahora está Filadelfia, el discurso divino los reprende: porque bajo el rey Saúl de Judá, Naás el amonita, su príncipe, devastó Jabes Galaad y desgarró a sus mujeres embarazadas para ensanchar sus límites y someter todo Galaad a su dominio (1 Sam. XI). Por eso amenaza con encender fuego en los muros de Rabá, que fue la metrópoli de los amonitas, para que sus palacios sean devorados en el clamor y el ulular del ejército vencedor: en el día de la conmoción y el torbellino, cuando sus cautivos, vencidos por Nabucodonosor, sean llevados: y el ídolo de los

amonitas, llamado Melcom, es decir, su rey, será llevado a Asiria: y sus príncipes, es decir, sus sacerdotes, serán llevados juntos. Sacerdotes no se encuentra en hebreo, pero los Setenta añadieron sacerdotes, para que si deseas saber quiénes son esos príncipes, escuches sacerdotes. Entre la crueldad de Damasco y la de los hijos de Amón hay esta diferencia: aquellos trituraron en carros de hierro a los galaaditas, o en sierras de hierro a las mujeres embarazadas de Galaad; estos, sin embargo, desgarraron a las mujeres embarazadas de Galaad para ensanchar su territorio. En los damascenos, que beben sangre, se entienden los herejes, que no solo despojan al pueblo de Dios de la Iglesia, sino que también lo trituran y muelen con dientes de hierro, de los cuales está escrito: ¿Por qué devoran a mi pueblo como si fuera pan? (Sal. 52, 5). En los hijos de Amón, que se interpreta como pueblo de tristeza o mi pueblo, entendemos a los cismáticos, que separan a la multitud engañada de la Iglesia de Dios, y rompen y dividen las almas inexpertas que recién han concebido la palabra de Cristo: sin embargo, no lo hacen con la crueldad con la que los herejes matan a los engañados, sino que permaneciendo en la misma regla de fe, desean ensanchar sus límites y enviar el nombre de la gloria a la posteridad. Por lo tanto, el Señor amenaza con encender los muros de Rabá, es decir, de la multitud, en el día del ulular y la guerra, de la conmoción y el torbellino, y que su rey, autor del cisma, irá cautivo, y los príncipes de la Iglesia someterán sus cuellos al yugo.

(Cap. II.---Vers. 1 seqq.) Así dice el Señor: Por tres crímenes de Moab, y por cuatro, no revocaré el castigo: porque quemó los huesos del rey de Edom hasta convertirlos en ceniza. Y enviaré fuego a Moab, y devorará los palacios de Carioth: y Moab morirá en tumulto, en el clamor de la trompeta: y destruiré al juez de en medio de él, y mataré a todos sus príncipes con él, dice el Señor. LXX: Así dice el Señor: Por tres impiedades de Moab, y por cuatro, no los apartaré: porque quemó los huesos del rey de Edom hasta convertirlos en ceniza: y enviaré fuego a Moab, y devorará los cimientos de sus ciudades, y Moab morirá en debilidad con clamor, y con voz de trompeta: y destruiré al juez de en medio de ella, y mataré a todos sus príncipes, dice el Señor. No solo los hijos de Amón, sino también Moab fue engendrado de la semilla de Lot, quien fue hijo del hermano de Abraham. Y para mostrar que Dios es el Señor de todos, y que todas las almas pertenecen a su dominio, que es su creador, también reivindica la injuria del rey de los edomitas, o más bien el crimen que se cometió contra él por los moabitas, al quemar sus huesos hasta convertirlos en ceniza, y no terminar su saña y rabia ni siquiera en la muerte. Los hebreos cuentan que los huesos del rey de Edom, ya sepultados, que había subido con Joram, rey de Israel, y Josafat, rey de Judá, contra Moab, fueron después desenterrados y quemados por los moabitas en venganza del dolor (2 Reyes III). Por esta causa, dicen, Dios dice que enviará fuego a Moab, o a la metrópoli de los moabitas, de la cual toda la provincia toma su nombre, o a toda la provincia, para que devore los palacios de Carioth, que es el nombre de una ciudad: aunque los Setenta interpretaron sus ciudades, es decir, Moab: y que perecerá en tumulto y en el ulular del ejército vencedor: de los cuales en hebreo uno se dice SAON (), el otro THERUA (): y en el clamor de la trompeta o bocina, pues esto significa SOPHAR (). Y cuando Moab haya perecido, será vano el consejo de los príncipes y jueces, con las ciudades y líderes igualmente subvertidos. Así como no debemos transferir el cautiverio perfecto, o de Salomón, y concluirlo en Edom, para hacer humildes y terrenales a los que están en lo alto y celestiales, lo que se recuerda que hicieron Gaza y Tiro: así no debemos quemar los huesos del rey de Edom, y disolverlos en ceniza y polvo. Los judíos trasladan la inteligencia espiritual a las carnes edomitas: y el sentido regio, que se mueve en la letra, y es muy sólido y firme, lo debilitan y desmenuzan con ciertas genealogías y tradiciones superfluas, y lo reducen a polvo; y no solo ellos hacen esto, sino todos los herejes, que quieren que Dios se siente en un trono alto y elevado a semejanza humana, y ponga sus pies sobre la tierra, para que no cuelguen: que tenga nariz,

para oler el aroma de buena fragancia: ojos, para ver: manos, para obrar: pies, para caminar: oídos, para oír: boca, para hablar: dientes, para triturar alimentos. Quien lee que Judá entró a Tamar la prostituta y de ella engendró dos hijos (Génesis XXXVIII): si sigue la torpeza de la letra, y no asciende a la belleza de la inteligencia espiritual, quemará los huesos del rey de Edom. Quien piensa que Oseas tomó una mujer fornicaria (Oseas I), y no siente más en lo dicho que lo que se contiene en palabras simples, quemará los huesos del rey de Edom. Y por eso el Señor enviará fuego a Moab, que se interpreta como de padre, porque nació de Dios, pero lo abandonó. Y devorará sus ciudades, o aldeas, que se interpreta como Carioth. De donde también Cariathiarim se traduce en nuestra lengua como villa de bosques. Y Moab no morirá de otra manera que en clamor, y sonido, y ulular, y clamor de bocina, para que los sentidos elevados sean oprimidos, que en los libros sagrados se comparan con los clamores de bocina. Entonces el discurso divino destruye a los jueces y príncipes, y a todos los que presiden las obras terrenales, y ordena a los doctores de la Iglesia: Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion, levanta tu voz, tú que predicas a Jerusalén (Isaías XL, 9).

(Vers. 4, 5.) Así dice el Señor: Por tres crímenes de Judá, y por cuatro, no revocaré el castigo: porque rechazaron la ley del Señor, y no guardaron sus mandamientos: porque los engañaron sus ídolos tras los cuales fueron sus padres, y enviaré fuego a Judá, y devorará los palacios de Jerusalén. LXX: Así dice el Señor: Por tres impiedades de los hijos de Judá, y por cuatro, no los apartaré: porque rechazaron la ley del Señor, y no guardaron sus preceptos, y fueron engañados en sus vanidades, que siguieron sus padres: y enviaré fuego a Judá, y devorará los cimientos de Jerusalén. A las demás ciudades y naciones mencionadas anteriormente, Damasco y Azoto, Ascalón, Gaza, Accarón, y las demás ciudades de los filisteos, Tiro también y Edom, y los hijos de Amón y Moab, no les reprocha que hayan rechazado la ley de Dios, y despreciado sus mandamientos; pues no tuvieron la ley escrita, sino la natural. Por eso dice que violaron sus propias entrañas y las entrañas de misericordia, y trituraron en carros de hierro a las mujeres embarazadas de Galaad, y trasladaron el cautiverio de Salomón, o perfecto, y lo encerraron en Edom, y no se acordaron del pacto de sus padres, y persiguieron con la espada a su hermano: y no digo que llegaron a tal crueldad, sino a tal rabia, que quemaron los huesos del rey de Edom, y no permitieron que la muerte fuera el último de los males. Pero Judá, en quien en ese tiempo, cuando se decían estas cosas, estaba la religión de Dios y el templo y las ceremonias, que había recibido la ley, y los preceptos, y los juicios, y los testimonios, y los mandamientos (sobre cuya diferencia se discute más plenamente en el salmo dieciocho y en el ciento dieciocho), es reprendido por el Señor y convencido, y recibirá castigos dignos, porque rechazó su ley, y no guardó sus mandamientos. Y porque los rechazó y despreció, en orden y camino lo engañaron sus ídolos. Pues no podía ser engañado por los ídolos antes de rechazar la ley del Señor, y no hacer sus mandamientos. Estos son los ídolos tras los cuales fueron sus padres en Egipto, formando imágenes de bueyes y adorando a Beelphegor, y venerando a Astarot y a Baalim. Por eso el Señor amenaza también a Judá con enviar fuego, que devore los palacios y los cimientos de Jerusalén: no de aquella en la que habita la visión de paz, sino de aquellas que bajo el nombre de Jerusalén se levantaron en diversas ciudades. Todo lo que hemos dicho de Judá se refiere a la Iglesia, en la que está la verdadera confesión, y la paz del Señor, y la visión de la verdad. Y por eso se le reprocha, porque despreció la ley de Dios, y no hizo sus mandamientos, y cada uno adorando sus vicios y pecados, comenzó a tener a Dios de quien fue vencido, diciendo el apóstol Pedro: Porque de quien uno es vencido, de ese es esclavo (2 Pedro II, 19). El avaro adora el oro, el glotón el vientre, el lujurioso el pene y a Beelphegor: la mujer lasciva, que viviendo en delicias, está muerta, adora los placeres venéreos. Por eso el Señor enviará fuego a Judá, y devorará los palacios perversos, y los cimientos viciosos, que perdieron la gloria de Jerusalén; y aprendemos que el Creador de todo, no solo de Judá e Israel, sino de todas las

naciones, tiene cuidado, y según el Apóstol, aquellos que pecaron sin ley, perecerán sin ley, y los que cometieron delitos en la ley, serán juzgados por la ley del Señor (Rom. II).

(Vers. 6 seqq.) Así dice el Señor: Por tres crímenes de Israel, y por cuatro no lo revocaré: porque vendieron al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias, aplastan sobre el polvo de la tierra las cabezas de los pobres y desvían el camino de los humildes. El hijo y su padre van a la misma joven para profanar mi santo nombre, y se acuestan sobre ropas empeñadas junto a cualquier altar, y beben el vino de los condenados en la casa de su Dios. LXX: Así dice el Señor: Por tres impiedades de Israel, y por cuatro no los rechazaré: porque vendieron al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias, que pisan sobre el polvo de la tierra, y golpean con el puño las cabezas de los pobres, y desvían el camino de los humildes. El hijo y su padre entran a la misma joven para contaminar el nombre de su Dios, y atando sus ropas con cuerdas, hacen tiendas junto al altar, y beben el vino de las calumnias en la casa de su Dios. Por eso pone a Israel al final, es decir, las diez tribus, porque casi todo lo que sigue, como predijimos, está escrito para él, para que bajo un solo texto el discurso profético mantenga el orden del libro. El primer crimen de ellos, o impiedad, enumerado en tres crímenes o cuatro, es que vendieron a un hombre por dinero, y a un hombre justo, que es más admirable porque no fue vencido por la pobreza para hacer algo injusto. Y si hubieran vendido al justo pobre por necesidad de hambre, habría alguna excusa para el crimen; pero ahora, por una cosa vilísima, un par de sandalias, con las que pisan el polvo y el estiércol, vendieron el alma preciosa de un hombre. Estos, según los Setenta, golpean en la cabeza al pobre; según el hebreo, aplastan sobre el polvo de la tierra las cabezas de los pobres, y se elevan a tal soberbia que no quieren caminar con los hombres. Y para que este crimen no parezca pequeño, el hijo y el padre entraron a una misma joven para violar el santo nombre de Dios. Todo lo que se hace torpemente se refiere a la injuria de Dios, quien dice: "Por vosotros mi nombre es blasfemado entre las naciones" (II Pedro II, 2). Esto es lo que el Apóstol escribe a los Corintios: "Se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación que ni siquiera entre los gentiles, de modo que uno tenga la mujer de su padre. Y vosotros estáis envanecidos, y no más bien os habéis lamentado, para que fuera quitado de en medio de vosotros el que hizo esta obra" (II Cor. V, 1, 2). A menudo sucede que el padre contamina a la esposa de su hijo, el suegro a la nuera, lo cual está prohibido en la Ley: "No descubrirás la desnudez de tu padre, ni descubrirás la desnudez de tu nuera" (Levítico XVIII, 7). Por lo tanto, la letra tiene una utilidad máxima si se observa. Y porque todo crimen, si excede el límite de la vergüenza, aumentará los crímenes con crímenes, y siempre procederá a peores, también sobre las ropas empeñadas se acostaron las diez tribus junto a cualquier altar, lo que los hebreos interpretan así: Sobre las ropas de aquellos que no querían ir a los ídolos, y que extorsionaron con violencia, se recostaban en el ídolo. Según los Setenta, tal era el desprecio hacia Dios, que extendían sus ropas en las que dormían o fornicaban junto al altar con cuerdas, y hacían parapetos, es decir, velos, para que fornicando en el Templo nadie pudiera verlos: y sirviendo a la embriaguez y la lujuria, incluso el vino que bebían no lo compraban con su propio trabajo, sino con calumnias: y esto lo hacían en el templo de su dios, para que los dioses que creían, los contaminaran con torpezas y fornicaciones. Esto dicen y así lo explican quienes siguen la historia simple. Pero nosotros, que en Oseas enseñamos que bajo el nombre de Israel, Samaria, Efraín y los hijos de José (de cuya tribu fue Jeroboam, quien separó al pueblo del reino de David y Jerusalén, y del templo de Dios [III Reyes XII]), se significan los herejes: también ahora después de Judá y Jerusalén, que se interpreta como la Iglesia, entendamos que el discurso profético se dirige a los herejes, que venden al hombre santo y justo, pero pobre, por dinero. El hombre pobre y justo es el eclesiástico, que no tiene conocimiento de las Escrituras, pero contento con la simplicidad, hace los mandamientos que

se le ordenan, de quien está escrito: "El pobre no soporta la amenaza" (Proverbios XIII, 8). Y a los Gálatas: "Solo que nos acordáramos de los pobres" (Gálatas II, 10). Todos los herejes hacen esto por riquezas, y por un par de sandalias, con las que pisan el polvo de la tierra: porque no pueden estar descalzos sobre la tierra santa (en la que Moisés y Josué hijo de Nun estuvieron [Éxodo III; Josué V]: por eso los apóstoles son mandados a andar descalzos [Lucas X], para que no tengan nada de muerte y de pieles, que se refieren a la carne), por eso golpean en la cabeza a los pobres. Y el Salvador ordenó a los discípulos que si acaso, porque aún estaban en la tierra, algo mortal se adhería a sus obras, sacudieran el polvo de sus pies (Mateo X, Marcos V). Pero los herejes golpean las cabezas de los pobres, aunque esto no se lee en el hebreo: porque desviaron el camino de los humildes. El camino de los humildes es aquel que dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6), que nos invita a caminar por él, y dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo XI, 28). Todos los príncipes de los herejes se hinchán de soberbia, de quienes también habla el Apóstol: "No sea que hinchado caiga en la condenación del diablo" (I Timoteo III, 6), quien dice: "Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi nido; seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV). Por eso Dios resiste a los herejes soberbios: pero da gracia a los humildes eclesiásticos (Santiago IV). También el hijo y el padre entraron a una misma joven, para violar y contaminar el santo nombre de Dios. Hemos leído a menudo que nuestro padre es el pueblo de los judíos, diciendo Pablo: "No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar" (I Corintios X, 1, 2). Y en otro lugar: "Pregunta a tus padres, y te lo anunciarán: a tus ancianos, y te lo dirán" (Deuteronomio XXXII, 7). Y de nuevo: "En lugar de tus padres nacieron para ti hijos" (Salmo XLIV, 17). Por eso la Iglesia de los gentiles dice: "Los hijos de mi madre lucharon contra mí" (Cantar de los Cantares I, 5). Nosotros, por tanto, somos los hijos, y el padre es el pueblo de los judíos. Pecamos y cometemos crimen cuando entramos con nuestro padre en la observancia del sábado, la injuria de la circuncisión, las ceremonias de la ley abolida, a quienes el Apóstol dice: "He aquí, yo Pablo os digo: que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada" (Gálatas V, 2, 4). Y de nuevo: "Los que se justifican en la ley, de la gracia han caído. Quien así entra en la Iglesia, para guardar la Ley en el Evangelio, este entra con el padre a la joven, y comete fornicación, y viola el nombre del Señor. Por eso quienes dicen que no perjudica a los judíos después de la venida de Cristo, si así creen en el Señor, que también guarden los preceptos de la Ley, contaminan al padre y al hijo con una misma fornicación. Pero también atando sus ropas con cuerdas, hacen velos junto al altar, pretendiendo la fe de Cristo. Porque todos los que han sido bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo (Gálatas III), y sus ropas, que han atado con las cuerdas de los pecados, las ponen ante los ojos de los que ven, para que no se vean sus crímenes: para que quien mira el altar, no sospeche de la fornicación. Esto hacen todos los herejes fornicando bajo el nombre cristiano, y con sus errores y mentiras oponiendo los testimonios de las Escrituras. Por eso los apóstoles extendieron sus ropas sobre el pollino de asna, para que el Señor se sentara más suavemente (Mateo XXI), y caminara sobre el camino cubierto de la Ley y los Profetas. Por el contrario, los herejes no extienden sus ropas bajo los pies del Salvador; sino que las atan junto al altar, y las oponen a sus pecados, para que beban el vino de la calumnia, o de los condenados, que por haber salido de la Iglesia, han sido condenados. Este es el vino de los sodomitas, de la furia de los dragones y de las víboras, que quien lo beba, no podrá ser sanado. Pero beben el vino no en la casa de Dios, donde está el templo y Jerusalén; sino en la casa de su dios, que han fabricado con su artificioso discurso.

(Vers. 9 seqq.) Yo exterminé al amorreo delante de ellos, cuya altura era como la altura de los cedros, y fuerte él como la encina: y destruí su fruto por encima, y sus raíces por debajo. Yo

soy quien os hizo subir de la tierra de Egipto, y os conduje en el desierto cuarenta años, para que poseyerais la tierra del amorreo: y levanté de vuestros hijos profetas, y de vuestros jóvenes nazareos. LXX: Yo quité al amorreo de delante de ellos: cuya altura era como la altura del cedro, y fuerte como la encina: y sequé su fruto por encima, y sus raíces por debajo. Yo os saqué de la tierra de Egipto, y os conduje en el desierto cuarenta años, para que poseyerais la tierra de los amorreos: y tomé de vuestros hijos profetas, y de vuestros jóvenes en santificación. Vosotros vendisteis al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias, golpeando su cabeza, o aplastando en el polvo las cabezas de los pobres, y desviando el camino de los humildes, hasta el punto de que el padre y el hijo entraron a una misma joven, y violaron o contaminaron mi santo nombre, y vuestras ropas contaminadas por los burdeles y la fornicación, las atasteis con los lazos de los pecados: de modo que en el lugar santo cometierais adulterio, y uniendo la embriaguez a la injusticia, bebierais vino ajeno, y esto lo hicierais en la casa de vuestro Dios. Yo, por el contrario, por vuestros males, que me habéis devuelto, os di bienes, para exterminar, cuando salisteis de Egipto, delante de vosotros, a Sehón, rey de los amorreos, que era tan alto y fuerte como el cedro y la encina, y destruí su fruto por encima, y sus raíces por debajo. Yo os saqué de Egipto (Deuteronomio XXIX), y os hice llegar a la tierra santa por un largo rodeo de cuarenta años, para que poseyerais la tierra del amorreo, de la que hablamos antes: que Moisés dividió a los hijos de Rubén y Gad, y a la media tribu de Manasés (Números XXXII); y después de tantos beneficios, también añadí esto, que de vuestros hijos tomara para mí profetas, y de vuestros jóvenes, o elegidos, hiciera nazareos, que los Setenta interpretaron como santificados. Ni siquiera donde se habla de las alabanzas de Dios, debe seguirse el orden de la historia; sino que frecuentemente sucede que lo que se hizo primero, se dice al final, y lo que es último, se refiere al principio. Lo que el salmo setenta y siete, y el ciento cinco, donde se describe el poder de los signos, no el orden, nos pueden enseñar, y los títulos de los salmos, de los cuales solo pondremos dos ejemplos, del tercer salmo, y del quincuagésimo primero, donde lo que se hizo primero, se narra al final, y lo que leemos al final, se refiere al principio. Antes leemos en el libro de los Reyes sobre Doeg el edomita (I Samuel XXI, XXII), que es el título del salmo quincuagésimo primero, que Absalón se levantara contra su padre (II Samuel XV), lo que se señala en el título del tercer salmo. Por lo tanto, también el amorreo fue exterminado o destruido al final, lo que ahora se refiere primero, y lo que hizo que subieran de la tierra de Egipto, y los condujo en el desierto por cuarenta años, lo leemos al principio (II Samuel XXI), lo que aquí se dice al final con el orden cambiado. Primero, pues, antes de que Dios nos sacara de la tierra de Egipto, del horno de hierro, exterminó delante de nosotros al amorreo, que se dice amargo, o *λαλητὸς*, es decir, hablador, o famoso, y celebrado en frecuente discurso. Este amorreo también se llama rey de los amorreos Sehón, árbol infructuoso y estéril, no porque no dé frutos; sino porque da malos frutos, de los cuales se dice: "Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado y echado al fuego" (Mateo III, 10; VII, 19). Y de los falsos profetas leemos: "Que vienen con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces, por sus frutos los conoceréis" (Mateo VII, 15, 16): por sus frutos malos, evidentemente. Por lo tanto, ya sea que no dé fruto; o que lo dé, pero no bueno: se llama árbol infructuoso. Este Sehón, de quien está escrito: "Ya está puesta la hacha a la raíz de los árboles" (Lucas III, 9), porque fue un árbol infructuoso, fue cortado por el Señor, cuya altura se compara con la altura de los cedros, de los cuales leemos: "Vi al impío exaltado y elevado como los cedros del Líbano: y pasé, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no se halló su lugar" (Salmo XXXVI, 35, 36). Y dice bien que pasó, porque al que pasa del mundo, y puede decir: "Pasando veré esta gran visión" (Éxodo III, 3), se le quita el cedro, y no se podrá encontrar el lugar de la soberbia. También su fortaleza, como la encina, árbol durísimo y fortísimo. Del nombre de este, Filón, el más elocuente de los hebreos, cree que Esaú fue llamado *δρύινον*, es decir, quercino y robusto: aunque Esaú también puede entenderse como *ποίημα*, es decir, obra, para referirse a

las malas obras. De este fuerte y robusto habla el Señor en el Evangelio: "Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee: pero si uno más fuerte que él viniendo lo vence, le quitará todas sus armas en las que confiaba, y repartirá sus despojos" (Lucas XI, 21, 22). Y el Señor nos concedió que el fruto de este amorreo Sehón, que dijimos que se interpreta como árbol infructuoso, porque eran malos, lo destruyera por encima, y lo quitara, para que nadie, estimándolos buenos, los comiera y pereciera. También sus raíces las cortó y las trituró, para que nada más brotara del árbol malo. El mismo Señor nos hizo salir del mundo, y por cuarenta años, que siempre es número de aflicción y ayuno, de luto y dolor, por tribulaciones y angustias llegar a la tierra santa, para que poseyéramos primero la tierra del amorreo, y la región que una vez fue suya se convirtiera en nuestra posesión, y después levantara de nuestros hijos profetas, todos los hombres santos, que recibieron el espíritu profético, de los cuales leemos más plenamente en la primera Epístola a los Corintios (I Cor. XIV). Y de nuestros jóvenes, o elegidos, tomara nazareos y santificados, que inmolando sus almas a Dios, no tocan el vino que puede embriagar y trastornar el estado de la mente: para que tengan la cabellera de Sansón, en cuya cabeza (porque la cabeza del hombre es Cristo) residía la fortaleza y la victoria (Jueces XVI).

(Vers. 12.) ¿No es así, hijos de Israel, dice el Señor, y dabais de beber vino a los nazareos y mandabais a los profetas, diciendo: No profeticéis? LXX de manera similar. Yo, que os he dado tantos beneficios, que maté a vuestros enemigos, y os entregué su tierra, y de vuestros hijos y jóvenes elegí profetas y nazareos, y los consagré a mi culto. ¿Podéis decir que no hice estas cosas, y que negué mi clemencia hacia vosotros, por la cual vivís? Vosotros, que os lanzasteis a tal furia, que embriagasteis a mis nazareos con vino, a quienes la ley les ordenó que no bebieran nada que pudiera embriagar (Números VI): y mandasteis a los profetas que no profetizaran en mi nombre. Lo que también el sacerdote Amasías de Betel ordenó al profeta Amós, que ahora tenemos en nuestras manos: y al rey se le ordenó a Jeremías que no hablara al pueblo con las palabras del Señor, hasta el punto de que incluso sus discursos fueron quemados en el fuego. De este lugar Tatiano, príncipe de los encratitas, intenta construir su herejía, afirmando que no se debe beber vino, cuando también la ley ordena que los nazareos no beban vino, y ahora son acusados por el profeta de dar de beber vino a los nazareos. Si siguen la letra en todo, e imponen las fábulas judías a las Iglesias de Cristo, entonces también deben dejar crecer su cabello, y no comer uvas pasas ni verdes, y no entrar sobre su madre y padre muertos; y si acaso hacen esto y son vencidos por la fragilidad humana o la necesidad, deben afeitarse la cabeza, y todos los días de su consagración y trabajo serán nulos. Pero si no hacen esto, ni pueden mezclar agua con vino como los taberneros judíos, entiendan aquella embriaguez, por la cual el vigor del alma se embriaga y se abruma con las preocupaciones mundanas, y aquellos que mandan a los profetas, diciendo: "No profeticéis", que, vencidos por la envidia, prohíben a los hombres instruidos pronunciar el discurso de la doctrina. Y cuando el Señor dice: "Ve y di a este pueblo" (Isaías VI, 9), ellos, por el contrario, ordenan que no hables en el nombre del Señor, especialmente si el que enseña no busca lucro deshonesto y gloria y jactancia, sino la utilidad de los que leen y escuchan.

(Vers. 13 seqq.) He aquí que yo crujiré debajo de vosotros, como cruje un carro cargado de heno, y perecerá la fuga del veloz, y el fuerte no obtendrá su fuerza, y el robusto no salvará su alma, y el que sostiene el arco no se mantendrá, y el veloz de pies no se salvará, y el jinete no salvará su alma, y el fuerte de corazón entre los valientes huirá desnudo en aquel día, dice el Señor. LXX: Por lo tanto, he aquí que yo rodaré debajo de vosotros como rueda un carro lleno de paja, y perecerá la fuga del corredor, y el fuerte no obtendrá su fortaleza, y el guerrero no salvará su alma, y el arquero no resistirá, y el veloz de pies no podrá salvarse, y

el jinete no salvará su alma, y su corazón será hallado entre los poderosos, y huirá desnudo en aquel día, dice el Señor. Yo, que os he otorgado beneficios, y os he sacado de la tierra de Egipto, y he matado ante vosotros al amorreo para que poseyerais su tierra, y he suscitado de vuestros hijos profetas, y de vuestros jóvenes nazareos, vosotros embriagabais a mis nazareos con vino, y a los profetas decíais: No profeticéis. Por eso, como un carro cargado de paja o heno, que cruje y suena a lo lejos, así yo, no soportando más vuestros pecados, y entregándolos como paja al fuego, clamaré y diré: Perecerá la fuga del veloz: que los hebreos entienden como Jeroboam hijo de Nabat, quien primero huyó a Egipto (III Reg. XI). Pero aquí no tomemos a los príncipes mismos, sino a sus casas y descendencia. Y el fuerte no obtendrá su fuerza: interpretan al fuerte como Basán, quien fue muy pronto para la guerra (III Reg. XV). Y el robusto no salvará su alma: aquí entienden a Amri [Al. Omri]. Y el que sostiene el arco, no se mantendrá, o resistirá: creen que se dice de Jehú hijo de Namsi [Al. Namsi], quien hirió al rey Joram de Israel con una flecha (IV Reg. IX). Y el veloz de pies no se salvará: entienden a Manaén, quien en vano apresurándose envió regalos al rey de Asiria (IV Reg. XV): Y el jinete no salvará su alma: interpretan a este como Facé, hijo de Romelías, quien, unido a Aram, es decir, al sirio, devastó mucho bajo el rey Acáz de Judá. Y el fuerte de corazón, entre los valientes, huirá desnudo en aquel día, dice el Señor (Ibid.). Solo Oseas, quien fue el último rey de las diez tribus, e intentó devolver al pueblo errante al culto de Dios (IV Reg. XVIII), saldrá [Al. sale] casi desnudo del incendio. Lo llama desnudo porque bajo él las diez tribus fueron capturadas. Esto es lo que los hebreos afirman, y como nos ha sido transmitido por ellos, lo hemos expuesto fielmente. Ahora volvamos a lo nuestro. Dios amenaza con rodar debajo de ellos como un carro [Al. como un carro] cargado de heno o paja, para que, al no tener grano que almacenar en los graneros, su heno y paja sean consumidos por el fuego. Este es el heno del que el profeta dice: Sean como el heno de los tejados, que antes de ser arrancado, se seca (Sal. CXXVIII, 6). Y: Toda carne es heno (Isaías XL, 6). La paja es aquella sobre cuyo incendio el profeta lamenta, diciendo: ¡Ay de mí! porque he sido como quien recoge paja en la cosecha, y como racimos en la vendimia, cuando no hay racimo para comer de los primeros frutos. ¡Ay de mí! alma [Al. se añade mía], porque ha perecido el reverente de la tierra, y no hay quien haga lo recto entre los hombres: todos son juzgados en sangre (Miqueas VII, 1), y lo demás. Este es el heno y la paja, de la que también habla el Apóstol: Madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará manifiesta (I Cor. III): porque en el día del Señor se revelará en fuego. Y el carro que rueda es aquel del que leemos en Isaías: Será pisoteado Moab, como se pisa la era con carros (Isaías XXV, 10). Y en otro lugar: Pondré, dice, como ruedas de carro nuevas con dientes de sierra, y triturarás montes, y desmenuzarás colinas (Ibid., XLI, 15): y después de que hayas triturado montes y colinas, perecerá la fuga del veloz, diciendo Pablo: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo recibe el premio? (I Cor. IX, 24). Y en otro lugar: Corríais bien, ¿quién os impidió no obedecer a la verdad? (Gál. V, 7). Por lo cual, temiendo por sí mismo, dice: No que ya lo haya alcanzado, o que sea perfecto: pero prosigo por ver si logro asir aquello para lo cual fui asido por Cristo (Filip. III, 12). Todo esto hacía para que no pereciera la fuga del veloz: por lo cual, cuando ya había llegado al final, y había recibido el premio de la victoria, seguro decía: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe, por lo demás me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida (II Tim. IV, 7, 8). Si huimos con paso rápido, el pecado no podrá alcanzarnos; pero si la maldad ata nuestros pies, hablaremos con el profeta a Dios: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? (Sal. CXXXVIII, 7). De los malos corredores habla el Apóstol: No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Sigue: Y el fuerte no obtendrá su fuerza: no porque sea fuerte, sino porque se jacta de ser fuerte. O quien confía en su fortaleza, y no en la misericordia de Dios, según lo que está escrito: Destruiré la

sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los prudentes (I Cor. II, 19): no porque la verdadera sabiduría pueda perecer, y la inteligencia de la verdad ser desechada; sino porque perecerá la sabiduría de aquellos que se creen sabios, y confían en su propia erudición. También el robusto, o guerrero, que no salvará su alma, es aquel que no posee la armadura del Apóstol, teniendo escudo, pero no de fe: ceñidos los lomos, pero no en verdad: vestidos con coraza, pero no de justicia: portando espada, pero no de salvación (Efes. VI). Tal guerrero no santifica la batalla, ni puede luchar las guerras del Señor, combatiendo contra la verdad por la mentira. Tal guerrero no puede decir: Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra. Mi misericordia y mi refugio (Sal. CXLIII, 1). También tienen arqueros los herejes que, tensando el arco en vano, no podrán sostener la flecha del Señor, que habla por Isaías: Pero yo soy como una flecha escogida en la aljaba del Señor (Isaías XLIX, 2). Estos son los arqueros, de los que también canta David: He aquí que los pecadores tensaron el arco, prepararon sus flechas en la aljaba, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X, 2). Y el veloz (dice) de pies no se salvará, quien por la agudeza de ingenio recorre los testimonios de las Escrituras, y con la elocuencia de los oradores, o los sofismas de los dialécticos, intenta oprimir la verdad, y en eso será obstaculizado [Al. será obstaculizado] y caerá, porque no confía en Dios, sino en sus propios pies. También el jinete no salvará su alma, quien ignora lo dicho por el profeta: Engañoso es el caballo para la salvación (Sal. XXXII, 17). Y no sabe que está escrito: Se adormecieron todos los que montaron caballos (Sal. LXXV, 7). Este no salvará su alma; sino que pereciendo oír: Estos en carros, y aquellos en caballos: pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios. Estos se han inclinado y caído: nosotros nos hemos levantado y estamos erguidos (Sal. XIX, 8, 9). También el fuerte de corazón entre los valientes huirá desnudo. Este lugar puede exponerse de dos maneras: O bien puede escapar porque se ha despojado del hombre viejo, y de las túnicas de piel de los pecados, y no fue agobiado por ninguna carga, o por el contrario, porque está desnudo y ha perdido la vestidura de Cristo, de la que se dice en el Apóstol: Vestíos del Señor Jesucristo (Rom. XIII, 14). Y en otro lugar: Para que, vestidos, no seamos hallados desnudos (II Cor. V, 3); nada le aprovechará su fortaleza; sino que en el día de la batalla y el combate huirá de los perseguidores, y sin la armadura del Apóstol, no podrá resistir, y dará la espalda a los enemigos.

(Cap. III.---Vers. 1, 2.) Escuchad la palabra que el Señor ha hablado sobre vosotros, hijos de Israel: sobre toda la familia que saqué de la tierra de Egipto, diciendo: Solo a vosotros os he conocido de todas las familias de la tierra; por eso visitaré sobre vosotros todas vuestras iniquidades. LXX: Escuchad esta palabra que el Señor ha hablado sobre vosotros, casa de Israel, y contra toda la tribu que saqué de la tierra de Egipto, diciendo: Sin embargo, a vosotros os he conocido de todas las tribus de la tierra: por eso vengaré sobre vosotros todas vuestras maldades. El discurso profético se dirige a los hijos de Israel, y quiénes son estos hijos de Israel, lo muestra el siguiente verso: Sobre toda, dice, la familia que saqué de la tierra de Egipto: lo que debemos entender no solo en las diez tribus, sino en todas las doce, añadiendo a Judá y Benjamín. Pues a todos los saqué de la tierra de Egipto, y dijo: Solo a vosotros, o, como Symmachus ha interpretado: Solo a vosotros os he conocido de todas las familias de la tierra. Y porque solo a vosotros os he conocido, siendo yo el Creador de todos, y os he tenido como mi pueblo peculiar, por eso sobre solo vosotros restituiré todos vuestros pecados: Porque los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría VI); pero el que es menor es digno de misericordia. Y en Ezequiel leemos: Comenzad por mis santos (Ezequiel IX, 6). Y se dice que el juicio de Dios tiene su principio en su casa (I Pedro IV). Esto se ha dicho por ahora según la historia. Sin embargo, porque el oído en las Escrituras santas no solo se entiende como el que recibimos con los oídos de la carne, sino también aquel del que el Señor dice: El que tiene oídos para oír, oiga (Lucas VIII, 8). Por lo cual todo el pueblo veía la

voz de Dios (Éxodo XX), propiamente el discurso del Señor se dirige a aquellos que con sentido ven a Dios, a quienes sacó de la tierra de Egipto, y del poder del Faraón (para que no sirvieran más al barro y la paja, construyendo ciudades egipcias), y a quienes de todas las tribus de la tierra conoció, diciendo el Apóstol: Ahora, empero, conociendo a Dios, más bien siendo conocidos por Dios [Al. por él] (Gál. IV, 9). Y en otro lugar: El que ignora, será ignorado (I Cor. XIV, 38). No conoce Dios, pues, a todos, sino a aquellos que son dignos de su conocimiento, hablando en el Evangelio: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conozco (Lucas XIII, 27). Porque en cuanto son obradores de iniquidad, son ignorados por Dios: por eso dice: Porque solo a vosotros os he conocido, y os he tenido como míos, visitaré sobre vosotros todas vuestras iniquidades. A quien el Señor ama, corrige, y castiga a todo hijo que recibe (Hebr. XII). Y dijo bellamente: Visitaré, y no golpearé; porque la plaga de Dios es visita, y cura. Y todas, dice, vuestras iniquidades o pecados visitaré, para que nada quede sin golpear, para que nada no reciba sanidad.

(Vers. 3 seqq.) ¿Andarán dos juntos, si no estuvieran de acuerdo? ¿Rugirá el león en el bosque, si no tiene presa? ¿Dará el cachorro de león su voz desde su guarida, si no ha atrapado algo? ¿Caerá el ave en el lazo de la tierra, sin cazador? ¿Se quitará el lazo de la tierra, antes de que haya atrapado algo? Si suena la trompeta en la ciudad, ¿no se asustará el pueblo? Si hay mal en la ciudad, ¿que el Señor no haya hecho? Porque el Señor Dios no hará nada, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas. Rugirá el león, ¿quién no temerá? El Señor Dios ha hablado, ¿y quién no profetizará? LXX: ¿Andarán dos juntos, si no se conocieran? ¿Rugirá el león desde su bosque, sin tener presa? ¿Dará el cachorro de león su voz desde su guarida, si no ha atrapado algo? ¿Caerá el ave sobre la tierra sin cazador? ¿Se quitará el lazo de la tierra, si no ha atrapado algo? Si suena la trompeta en la ciudad, ¿no temerá el pueblo? Si hay maldad en la ciudad que el Señor no haya hecho: porque el Señor Dios no hará nada, sin revelar su enseñanza a sus siervos los profetas. Rugirá el león, ¿y quién no temerá? El Señor Dios ha hablado, ¿y quién no profetizará?

He leído en los comentarios de alguien, que deseando persuadir sobre un asunto difícil, mencionó ocho crímenes o impiedades y pecados: primero de Damasco, segundo de Gaza y las otras ciudades de Palestina, tercero de Tiro, cuarto de Idumea, es decir, Edom, quinto de los hijos de Amón, sexto de Moab, séptimo de Judá, es decir, de las dos tribus, octavo, que es el último, de Israel, es decir, de las diez tribus, y que ahora se han dado tantas amenazas, y la primera a la primera, es decir, a Damasco, la segunda a la segunda, es decir, a Gaza, y las demás a las demás. Si esto es cierto, lo sabrá quien lo escribió. Otro piensa que se han propuesto seis ejemplos: de dos que caminan juntos por el camino, del león rugiendo en el bosque, del cachorro de león dando su voz cuando ha atrapado algo, del ave atrapada por el cazador, del lazo que se coloca en la tierra para atrapar presa, y de la trompeta que suena en la ciudad, y que estos ejemplos se han dado como similitud, para que así como las cosas anteriores tienen una causa y no suceden sin que estas las precedan, así no sucederá ningún mal en la ciudad que no haya sido hecho por mandato del Señor. Algunos consideran que el primer ejemplo contiene una enseñanza, porque dos no pueden caminar juntos, si no han acordado antes en aquel que hizo de ambos uno, y derribó el muro intermedio de separación, y creó de los dos un nuevo hombre (Efesios II), y estableció la paz entre ellos, y los unió con el vínculo de la caridad, para que cuando estén juntos, pidan al Padre y obtengan lo que pidan. Estas son las dos varas que se unen en Ezequiel (Ezequiel VII), y los dos pueblos de la circuncisión y de los gentiles, de los cuales el Señor habla a Elías: Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal (III Reyes XIX, 18). Y en otro lugar Dios dice: Me hallaron los que no me buscaban, me manifesté a los que no preguntaban por mí (Isaías LXV, 1). Y cuando los dos se hayan convertido en uno, se unirán al Señor, y se

convertirá en un solo espíritu: Porque el que se une al Señor, es un solo espíritu (I Corintios VI, 17). Estos dos, por tanto, que están de acuerdo y caminan juntos en el camino de Cristo, no pueden temer el ataque de los adversarios. Pero si se separan por discordia, inmediatamente el león rugiente los invadirá, del cual también el apóstol Pedro dice: 254 Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). Este león rugiente no se encuentra en los campos cultivados, ni en las viñas, ni en los olivares, ni entre los árboles frutales que alaban a Dios; sino donde hay bosques y tierra inculta, y donde habitan las bestias. Y no solo estarán expuestos a las mordeduras del león, sino que el cachorro de león los atrapará y los llevará a su guarida, huyendo de la luz y yendo hacia las tinieblas. Porque todo el que peca, ama las tinieblas y odia la luz (Juan III), de las cuales leemos en el salmo: Pusiste las tinieblas, y fue la noche: en ella pasarán todas las bestias del bosque. Los cachorros de león rugen para arrebatar, y buscan de Dios su alimento (Salmo CIII, 20). Porque el cachorro de león no busca la presa que posee, que está bajo su poder; sino que busca arrebatar de la Iglesia de Cristo, de lo cual está escrito en Habacuc: Su comida es escogida (Habacuc I, 16). La tercera pena es de aquellos que fueron separados por la discordia, para que pierdan las alas con las que antes volaban alto, y caigan del cielo a la tierra, y sean atrapados por el cazador, que mejor se llama ἰξευτής, porque atrapa con liga a las aves libres, que descienden voluntariamente a lo terrenal. De las cuales está escrito en los Proverbios: No se tienden injustamente las redes para las aves (Proverbios I, 17, y XXIX, 5). Porque es justa la caída de los pecadores, que teniendo alas de paloma, y debiendo volar por el aire, son abatidos a lo terrenal por el peso de sus pecados, y por su propio vicio se adhieren a la liga. De lo cual leemos en el Apóstol: El que se une a una ramera, es un solo cuerpo con ella (I Corintios VI, 16). La cuarta pena es de los discordantes, para que sean atrapados en el lazo, que no está puesto en el cielo, sino en la tierra: del cual el santo se gloria de haber escapado, y dice: Nuestra alma escapó como un pájaro del lazo de los cazadores: el lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados (Salmo CXXIII, 7). Este es el lazo roto, del cual el Apóstol habla a los creyentes: Dios aplastará a Satanás bajo vuestros pies pronto (Romanos XVI, 20). Y nuevamente leemos en David: 255 Pusieron tropiezo junto al camino para mí (Salmo CXXXVI, 6). Porque no pueden engañar a los simples creyentes, a menos que propongan el nombre de Cristo, para que mientras pensamos que encontramos a Cristo, vayamos al Anticristo. La quinta pena es de aquellos que abandonaron la paz, que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses IV), y que el Señor, yendo al Padre, dejó a los Apóstoles, diciendo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27), para que estando en la ciudad del Señor, sean aterrorizados por el sonido de la trompeta. Porque todo lo que se dice en las Escrituras santas es una trompeta amenazante, y con gran voz penetra los oídos de los creyentes. Si somos justos, por la trompeta de Cristo somos llamados a la bienaventuranza: si somos pecadores, escuchamos qué tormentos sufriremos. Pero el mal que el Señor hace en la ciudad, no es contrario a la virtud, sino aflicción y tormento, de lo cual leemos: Basta al día su propio mal (Mateo VI, 34), es decir, tribulación y angustia. Y en el Profeta leemos: Yo soy Dios que hice la luz y las tinieblas, que hago la paz y creo los males (Isaías XLV, 6, 7). Porque así como las tinieblas son contrarias a la luz y al día, así también la guerra es contraria a la paz, que no es mala en sí misma, sino que parece ser mala para aquellos que la sufren. Y para que sepamos que en las Escrituras santas la maldad a veces no se toma como contraria a la virtud, sino como aflicción, penas y angustia, tomemos aún un ejemplo de Jonás: Y vio Dios sus obras, que se convirtieron de sus malos caminos, y se arrepintió del mal que había dicho que les haría (Jonás III, 10). La maldad allí es ciertamente la destrucción de los ninivitas, que Dios había amenazado a través del profeta, y no es contraria a la virtud, que pertenece al pecado, por el cual amenazaba tormentos a los pecadores. Sigue: El Señor Dios no hará nada, sin revelar su secreto, o su corrección a sus siervos los profetas: no porque Dios revele todo a los profetas, lo que hace en el cielo, o lo que ya ha hecho; sino lo que va a hacer

en la tierra. Reveló a Noé su siervo que iba a enviar el diluvio (Génesis VI). Reveló a Abraham y Lot sus siervos que iba a destruir Sodoma y Gomorra, Adma y Zeboim (Génesis XVIII). Reveló a José la interpretación del sueño de los siete años de hambre en Egipto (Génesis XLI), y a Jonás el profeta la destrucción de Nínive (Jonás III): para que quienes escucharan los castigos venideros, o se arrepintieran y evitaran los tormentos, o al despreciarlos fueran castigados con más justicia. Así también ahora el Señor revela por medio de Amós su siervo y profeta, lo que va a hacer a las diez tribus, para que si se convierten a lo mejor y abandonan los ídolos, se libren del peligro inminente. Y nota que el Dios clemente y benigno siempre anuncia lo que va a suceder, para no verse obligado a infligir castigos. Y lo que los herejes calumnian en el Creador, como si fuera severo y cruel, y solo juez, porque no hay mal en la ciudad que él no haga: esto lo referimos a la magnitud de su misericordia, que no inflige castigos sin antes advertir. Y quien advierte, no quiere castigar a los pecadores. El león, dice, rugirá, y ¿quién no temerá? El Señor Dios ha hablado, ¿quién no profetizará? ¿Quién en este lugar no se toma por imposible, sino por raro? Porque aquel no temerá, y aquel no profetizará, quien por su dureza desprecie escuchar al Señor. Y el sentido según la historia es: si al sonido del león todo tiembla, y toda la naturaleza de los seres vivos se aterroriza, ¿nosotros, cuando Dios manda que hablemos y anunciemos al pueblo los castigos venideros, no profetizaremos? ¿no hablaremos? Sé que alguien en sus comentarios ha dejado escrito que el león rugiente debe entenderse como el diablo, y que ruge para aquellos que están por perecer: pero que Dios, que habla por los profetas, debe referirse al Señor Salvador, para que así como aquellos escuchan el rugido del león en mala parte y son atrapados para la muerte, así los santos escuchen al Señor mandando en buena parte, y sean salvados.

(Vers. 9, 10.) Haced oír en las casas de Azoto, y en las casas de la tierra de Egipto, y decid: Reuníos sobre los montes de Samaria, y ved las muchas locuras en medio de ella, las calumnias que sufren en sus interiores, y no supieron hacer lo recto, dice el Señor: atesorando iniquidad y robos en sus casas. LXX: Anunciad a las regiones en Asiria, y en las regiones de la tierra de Egipto, y decid: Reuníos sobre el monte de Samaria, y ved las muchas maravillas en medio de ella, y la opresión en ella, y no supo lo que está por venir ante ella, dice el Señor, que atesoran iniquidad y miseria en sus regiones. Arriba dijimos que el profeta Amós profetiza especialmente, o más bien gran parte del volumen, a las diez tribus, que se llaman Israel y Efraín, y Samaria. Por lo tanto, también ahora se le ordena que anuncie a Azoto y a la tierra de Egipto lo que sigue. En lugar de Azoto, no sé por qué los Setenta pusieron Asirios, cuando Azoto en lengua hebrea se llama ESDOD, y Asirios, ASSUR. En lugar de casas, que se dice ARMANOTH, tradujeron regiones, que se llaman SADOOTH: y no tienen ninguna similitud en la palabra. Dice, pues, que se reúnan todas las naciones que están cerca, y vean los crímenes de Israel, para que no consideren injusto el juicio de Dios. Como si dijera: Primero vean lo que hacen, y luego aprueben mi sentencia. Y añadió bellamente: Sobre los montes de Samaria, ya sea de la ciudad, que ahora se llama Sebaste, entonces Samaria, o de toda la provincia, que está situada en montañas: y ved las muchas locuras en medio de ella, para que adoren a los becerros como a Dios, y sacrifiquen a sus hijos: y no contentos con este crimen, calumnien a los pobres en sus interiores, y no sepan hacer lo recto, atesorando para sí no oro y dinero, que a veces se busca con trabajo, sino iniquidades y robos en sus casas: para que, habiendo abandonado el culto de Dios, adoren ídolos, y Dios los entregue a una mente reprobada (Romanos I), para que hagan lo que no conviene. Y porque una vez, según las leyes de la tropología, Samaria se refiere a los herejes, que fingen ser guardianes de los mandamientos de Dios, el discurso divino ordena que prediquen a las naciones que no tienen conocimiento de Dios, en cuya doctrina hay fuego devorador, y tribulación y angustia: para que consideren la falsa Samaria, y suban a los montes de su soberbia, y vean las muchas locuras en medio de la ciudad, mientras cada uno finge lo que quiere, y adora su propia

invención - como Marción al buen Dios y ocioso: como Valentín a los treinta eones, y al último Cristo, al que llama ἐκτροῦμα, es decir, abortivo: como Basilides, que llama al Dios omnipotente con el nombre portentoso de Ἀβράξας, y dice que el mismo, según las letras griegas, y el número del curso anual, está contenido en el círculo del sol, que los paganos bajo el mismo número de otras letras llaman Μεῖθραν. Y las necedades iberas se maravillan en Balsamo y Barbelo. ¿No son estas locuras, y muchas locuras, cada uno fingiendo lo que le viene a la mente? También sufren calumnias en sus interiores, oprimen a los simples creyentes; mientras bajo el nombre de la verdad adoran la mentira, 258 y no saben hacer lo recto, porque han perdido el camino de la verdad, y no creen en aquel que dice: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6): y atesoran para sí dogmas de iniquidad, y arrebatan y encierran en sus casas a quienes han podido engañar con falso error. Pero si ha de agradar que leamos Asirios (lo cual, sin embargo, no está en hebreo), digamos que estos son, de los cuales está escrito: Traeré sobre el gran sentido al príncipe de los asirios, que dijo, Con mi fortaleza lo haré, y demás, para que los herejes sean capturados por el asirio y retenidos en la tierra de Egipto, de la cual ya viniendo a la Iglesia han sido liberados.

(Vers. 11.) Por tanto, así dice el Señor Dios: La tierra será afligida y rodeada, y se quitará de ti tu fortaleza, y tus casas serán saqueadas. LXX: Por tanto, así dice el Señor Dios: Tiro y alrededor de tu tierra será desierta: y se quitará de ti tu fortaleza, y tus regiones serán saqueadas. En lugar de Tiro, que en hebreo se escribe con dos letras, SADE (ס) y RES (ר); y se llama SOR (סור): que tanto Aquila como los Setenta tradujeron de manera similar: el hebreo que me instruyó en las Escrituras santas, interpretó tribulación, y no rechazamos su opinión: porque también Símaco, que no suele seguir la κακοζηλίαν de las palabras, sino el orden de la inteligencia, dice, asedio y cerco de la tierra. En lugar de asedio, que él llama πολιορκία, fortaleza ha sido puesta por Teodoción, quien pensó que no debía leerse SAR (סר) y SOR (סור), que se dice tribulación, o Tiro, sino SUR: que propiamente se refiere a la piedra más dura, que en griego se llama ἀκρότομος, y que en latín podemos llamar sílex. Hablemos, pues, de cada uno. Los Setenta dijeron: Tiro y alrededor de tu tierra. Y parecía que la sentencia estaba pendiente: añadieron, pues, de su propia cosecha, será desierta: y no es error de los intérpretes, donde por la ambigüedad de la palabra, tanto tribulación como Tiro pueden decirse. Y el sentido es: Sobre los montes de Samaria mi pueblo ha cometido muchas locuras: haciendo calumnias, y desconociendo por completo lo recto, y atesorando para sí iniquidad y robos: 259 por eso será afligida, o triturada, y la tierra será rodeada por el ejército asirio, y se quitará de ti, oh Samaria, oh diez tribus, oh pueblo mío de antaño, tu fortaleza: y serán saqueadas en tus casas, que has reunido por calumnia de las lágrimas de los miserables. También los herejes serán afligidos en el día del juicio, y toda su fortaleza será debilitada, y serán saqueadas las cosas que tenían de los robos, para que sean liberados los pueblos que habían engañado: o ciertamente diariamente serán afligidos por los hombres eclesiásticos, y rodeados por los testimonios de las Escrituras, y se quitará de ellos la fortaleza de los silogismos, y las sutilezas de las palabras con las que habían afirmado su dogma. Y sus casas serán saqueadas: para que los que habían sido arrebatados de la Iglesia, regresen a la Iglesia.

(Vers. 12, 13.) Así dice el Señor: Como si un pastor rescata de la boca del león dos piernas o la punta de una oreja, así serán rescatados los hijos de Israel que habitan en Samaria en el rincón del lecho y en el diván de Damasco. LXX: Así dice el Señor: Como si un pastor arrancara de la boca del león dos piernas o la punta de una oreja, así serán arrancados los hijos de Israel que habitan en Samaria contra la tribu y en Damasco. Al principio de Amós, donde discutimos esos versículos: El Señor rugirá desde Sión, y desde Jerusalén dará su voz: y se lamentarán los hermosos pastores, y se secará la cumbre del Carmelo, dijimos que él usó su oficio en sus palabras: ya que como pastor de rebaños no conocía nada más terrible que el

león, comparó la ira del Señor con los leones. Según este sentido, ahora también toma un ejemplo de lo que a menudo había visto, y así narra que las pequeñas reliquias de las diez tribus serán rescatadas de las manos de los asirios: como si un pastor, después de que todos los miembros han sido devorados, rescatara dos piernas o la punta de una oreja de las fauces del león: y habiendo puesto el ejemplo de la comparación, así, dice, serán rescatados los hijos de Israel, es decir, las diez tribus que habitan en Samaria, en el rincón del lecho y en el diván de Damasco. Esto me parece que debe explicarse así: leemos en Isaías que Rezín, rey de Aram, es decir, de los sirios, que reinaba en Damasco, y Peka, hijo de Remalías, rey de Israel, habiendo hecho una alianza, vinieron a luchar contra Judá (Isaías VII): de los cuales el Señor ordena al rey Acaz de Judá y Jerusalén que no tema a dos tizones humeantes: cuando como señal de plena libertad, se le muestra la concepción y el parto de la Virgen. Por lo tanto, los hijos de Samaria habitan en la región y en el rincón del lecho, descansando en la ayuda de los sirios, y en el diván de Damasco prometiéndose la victoria: como quien está cansado se refresca en el lecho: así ellos, con fuerzas quebrantadas, se fortalecerían con la ayuda de la nación vecina. Por eso también en el mismo Isaías se dice en figura de lo futuro, que nacerá un niño, que antes de que sepa llamar a su padre y a su madre, tomará el botín de Samaria y la fuerza de Damasco, que luchaban contra Jerusalén con fuerzas unidas (Ibid.). En lugar del rincón del lecho y el diván de Damasco, los Setenta tradujeron contra la tribu y en Damasco: para que según la tropología refiramos la tribu a Judá, y Damasco a la vocación de las naciones: de las cuales se hizo un solo rebaño del Señor: cuyas ovejas a menudo son desgarradas por la ferocidad de los leones: de cuyas fauces apenas se rescatan dos piernas o la punta de una oreja. En la pierna se muestra el camino de las doctrinas, en la oreja los sacramentos de las palabras. Por eso también los apóstoles son ordenados [Al. eran ordenados] a caminar descalzos y sin calzado de piel de animal muerto (Mat. X). Y a los creyentes se les dice: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Luc. VIII, 8). Y también leemos en el Apocalipsis de Juan: Quien tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias (Apoc. II, 7). Y más claramente por el profeta: Poned, dice, vuestras palabras en los oídos de vuestro corazón. Este camino tanto los herejes como sus maestros, los demonios, se apresuran a impedir, y a tejer con redes, para que en el camino que es Cristo, caigamos. Pero si viene un hombre eclesiástico y hombre de Dios, y Sansón, que se interpreta como sol, mata al león: descendiendo al pozo del infierno, que refresca las aguas, en tiempo de nieve, tormenta e invierno, ahoga al león: para que con pie seguro y oídos protegidos podamos seguir al Señor y escuchar sus palabras.

(Vers. 14, 15.) Escuchad y testificad en la casa de Jacob, dice el Señor Dios de los ejércitos, porque en el día en que comience a visitar las transgresiones de Israel sobre él, visitaré también sobre los altares de Betel: y se cortarán los cuernos del altar, y caerán a tierra: y golpearé la casa de invierno con la casa de verano, y perecerán las casas de marfil: y se dispersarán muchas mansiones, dice el Señor. LXX: Sacerdotes, escuchad: testificad a la casa de Jacob, dice el Señor Dios todopoderoso: porque en el día en que venga las iniquidades de Israel sobre él, vengará también sobre los altares de Betel: y se cavarán los cuernos del altar, y caerán sobre la tierra. Confundiré y golpearé la casa alada sobre la casa de verano, y perecerán las casas de marfil, y se añadirán muchas otras casas, dice el Señor. Lo que al principio del capítulo según los Setenta se ha puesto, sacerdotes, no se encuentra en hebreo, sino que en lugar de esta palabra se lee ARES (), que Aquila interpretó como lecho; y creo que los Setenta pusieron la misma palabra hebrea, que algunos, no entendiendo, leyeron por ARES ἱερεῖς, es decir, sacerdotes. Sin embargo, el discurso profético ordena que primero escuchen, luego testifiquen en la casa de Jacob, es decir, en las diez tribus lo que el Señor ha dicho. Cuando comience, dice, a visitar las transgresiones, o impiedades de la casa de Israel, y a darle lo que merece, y llegue el tiempo de la cautividad: entonces se destruirán los altares

de Betel, donde estaban los becerros de oro, y se cortarán los cuernos del altar, que, extendiendo también Jeroboam la mano, se rompió (III Reyes XIII); y caerán a tierra, siendo devastados por el asirio, quebrados. Y golpearé, dice, la casa de invierno con la casa de verano, lo que simplemente según la letra podemos entender: que tenían tantas riquezas, que tenían casas dobles, de invierno y de verano, de las cuales unas estaban orientadas al norte, otras al sur, para que según la variedad de los tiempos, del frío y del calor, y la templanza del cielo, proveyeran. Podemos llamar casa de invierno al reino de Israel, en el que había frío de religión y culto a Dios, y varios torbellinos de vientos, y tempestad severa; y casa de verano, a Judá y Jerusalén, en la que estaba el templo, y se ofrecían holocaustos por la mañana y por la tarde, y florecía el calor de la religión. Y perecerán, dice, las casas de marfil: lo que también según la historia puede sostenerse. Leemos que el rey Acab de Israel se entregó a tales delicias, que se hizo una casa de marfil (III Reyes XXII). En lugar de eburneas, encontramos en hebreo casas de diente, es decir, de elefante. De las cuales también en el salmo cuarenta y cuatro está escrito: Desde casas de marfil: de las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor. Cuando el Señor comience a visitar las transgresiones de Israel, que antes veía a Dios con la mente, visitará también sobre los altares de Betel: no un solo altar, que tiene la Iglesia, sino muchos altares de los herejes. Pues tienen tantos altares como cismas. También cortará los cuernos del altar, que por soberbia se jactan de tener uno solo. Y caerán sus cuernos, es decir, su arrogancia a tierra; y golpeará la casa de invierno, a esos herejes que se esfuerzan en la continencia y los ayunos, xerofagias, chameunias, de los cuales son Tatiano y Maniqueo. Y la casa de verano, como los nicolaítas y eunomianos, y los nuevos seguidores de la antigua herejía, que por la glotonería del vientre, aceptan todo placer. Y perecerán las casas de marfil, que están compuestas con diente artístico y el esplendor de la retórica. Y se dispersarán muchas mansiones, que están esparcidas por todo el mundo. Pues al surgir una sola verdad, se destruirán muchas mentiras. En lugar de casa de invierno, οἶκον τὸν περίπτερον, los Setenta tradujeron: lo que nosotros interpretamos como alada, porque tiene ventanillas, y como alas para repeler la magnitud del frío.

LIBRO SEGUNDO.

263-264 Leí en cierta controversia: La debilidad del cuerpo arrastra consigo también las fuerzas del alma. Por el contrario, el apóstol Pablo: Cuando soy débil, dice, entonces soy más fuerte (II Cor. XII, 10); y: La virtud se perfecciona en la debilidad (Ibid., 9). Pues el espíritu contra la carne, y la carne contra el espíritu (Gál. V); estas cosas se oponen entre sí, para que no hagamos lo que queremos. Por eso también en el Evangelio se dice: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Mat. XXVI, 41). La vejez trae consigo muchas cosas buenas y malas. Buenas, porque nos libera de los amos más desvergonzados, las voluptuosidades, impone medida a la gula, frena los impulsos de la lujuria, aumenta la sabiduría, da consejos más maduros; y al enfriarse el cuerpo, duerme con la perpetua virgen Sunamita: y despreciando la lujuria con Barzilai, la delega a su hijo joven Quimham [Al. Maaca], y no quiere cruzar el Jordán, ni salir de sus propios límites, es decir, regiones (II Sam. XIX). Pero lo que se considera malo de la vejez, es esto: enfermedades frecuentes, la flema más molesta, que algunos griegos llaman κόρυζαν, otros φλέγμα, ojos nublados, alimentos agrios, a veces manos temblorosas, dientes desnudos en las encías, y cayendo entre los alimentos. A esto se añaden los retortijones y punzadas del estómago, y a menudo se tortura con dolores de gota y chiragra: de modo que ni siquiera puede sostener un estilo o una pluma; para que no pueda caminar con sus propios pies y parezca estar truncado en gran parte de la vida, y muerto en muchos miembros. Cuando estas cosas son así, en comparación con los males, soportaré más tolerablemente las enfermedades, con tal de que carezca de la lujuria, la más grave de todas las señoras. Aunque la vejez también a veces sufre los incentivos de los vicios: y nadie, según

el santo mártir Cipriano, está seguro por mucho tiempo cerca del peligro. Pero es una cosa ser estimulado, otra ser abrumado por las voluptuosidades. Allí habla con el apóstol la juventud, que conoce las necesidades del cuerpo floreciente: Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago (Rom. VII, 15); y: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Ibid., 24). Pero aquí, rara vez entre las cenizas muertas, una chispa resplandeciente intenta revivir, y sin embargo no puede suscitar incendios. Por lo cual, Pamaquio, con mi cabeza ya canosa, impetra para mí del Señor, que merezca tener como compañera a la sabiduría, de la cual está escrito: Ámala, y te guardará: hónrala, y te abrazará (Prov. IV, 8): para que, con su ayuda y compañía, complete la obra comenzada en Amós, y el segundo libro comience con las vacas de Basán: para que, habiendo tratado en el profeta Oseas sobre las vacas o becerros de Betaven con discurso pleno: ahora también pueda disertar sobre las vacas más gordas.

(Cap. IV.---Vers. 1 seq.) 265 Escuchad esta palabra, vacas gordas, que estáis en el monte de Samaria: que oprimís a los pobres, y aplastáis a los necesitados: que decís a vuestros señores, Traed y beberemos. Juró el Señor Dios por su santidad: que he aquí, vienen días sobre vosotras, y os levantarán en picas, y vuestras sobras en ollas hirvientes: y saldréis por las brechas una contra otra, y seréis arrojadas en Armón, dice el Señor. LXX: Escuchad esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres, y aplastáis a los necesitados, que decís a vuestros señores: Dadnos para que bebamos. Jura el Señor por sus santos, que he aquí, vienen días sobre vosotras, y os llevarán en armas, y a los que están con vosotras en ollas, mercaderes pestilentes, y seréis arrojadas desnudas una contra otra, y seréis arrojadas sobre el monte Remmán, dice el Señor. En lugar de vacas gordas, los Setenta pusieron Basán: Aquila y Teodocio el mismo término hebreo BASAN (); nosotros seguimos la interpretación de Símaco, quien dijo, αἱ βόες εὐτροφοί, es decir, bueyes cebados, interpretamos vacas gordas. Habla, pues, a los príncipes de Israel y a todos los nobles de las diez tribus, que se dedicaban a los placeres y al saqueo, para que escuchen la palabra de Dios, y sepan que no son bueyes aradores, sino vacas gordas del rebaño, o que se alimentan en los pastos de Basán, que son lugares de hierbas muy fértiles: y por lo tanto significa que no están destinados a la agricultura, sino a la inmolación y al consumo. Vosotras sois vacas gordas en el monte de Samaria, y aplastáis a los humildes, y decís a vuestros señores, es decir, a los pastores, por quienes entendemos a los reyes, Dadnos, y beberemos, es decir, solo ordenad, y devastaremos todo. Por lo que ha puesto, dadnos, y beberemos: y no dijo, dad y comeremos, significa su embriaguez en el vino y la lujuria, que trastornan el estado de la mente. Juró, pues, el Señor Dios en su santidad, o en sí mismo, o en el Hijo, o en el Templo, o en todo el que es santo y se llama templo de Dios, que vendrá un día no lejano y después de muchos siglos, sino ya inminente, día de cautiverio y angustia, en el que las vacas serán levantadas en picas, y sus sobras en ollas hirvientes, por lo que también en hebreo y en Aquila está escrito en calderas de pescaditos. Por picas también que en hebreo se llaman SANNOTH (), Aquila interpretó como escudos: Símaco y los Setenta, armas; solo Teodocio δόρατα, que nosotros seguimos, interpretamos como picas o lanzas. Esto significa que serán capturadas en la batalla, y llevadas y arrebatadas por derecho de victoria: manteniendo, sin embargo, la metáfora de las vacas comenzada, para que aquellas que había dicho que eran vacas gordas, sus carnes sean narradas como llevadas en picas o escudos. Y como una caldera muy caliente envuelve a los pequeños peces por igual: así también las vacas de Basán serán oprimidas sin ningún orden por las miserias del cautiverio. Y lo que sigue: Y saldréis por las brechas una contra otra, puede explicarse así: Se os ha abierto el camino del cautiverio, y cuando vuestras calderas hayan sido quemadas, saldréis una contra otra, según el idioma de los hebreos, que por lo que nosotros decimos mutuamente o recíprocamente, llaman mujer y mujer, es decir, una contra otra. Y seréis arrojadas, dice, en

los lugares de Armenia, que se llaman Armón (). De hecho, Símaco así lo interpretó: Y seréis arrojadas en Armenia, por lo que los Setenta, monte Remmán, Aquila monte Armón, Teodocio monte Mona: la quinta edición, monte elevado, tradujeron. La palabra del Señor que las vacas de Basán son ordenadas a escuchar, según la tropología comenzada, ordena a los herejes, que sirviendo al vientre y a la gula, son correctamente llamadas vacas muy gordas, o vacas deshonorosas: esto es lo que Basán se interpreta, es decir, αἰσχύνῃ, que si quisiéramos decir confusión, interpretaríamos más bien Babilonia que Basán. Estas vacas gordas, o deshonorosas y secas, pues Basán también se entiende así, están en el monte de Samaria, a quien también en Oseas se le dice: Quita tu becerro, Samaria. Y de nuevo en el mismo, Porque tu becerro era seductor, Samaria (Ose. VIII, 5, 6): y por eso en el monte de Samaria, porque siempre se elevan en soberbia, y se prometen cosas sublimes. Samaria también se dice custodia, no porque guarden los mandamientos del Señor: sino porque se jactan de ser guardianes de sus preceptos. Que hacen calumnia a los pobres, y aplastan a los necesitados. Entiende por pobre y necesitado al hombre eclesiástico, que contento con la simplicidad de la verdad, no busca el mobiliario de los herejes, ni el esplendor de la elocuencia, ni las riquezas de los argumentos. Estas vacas dicen a sus señores: Traednos, y beberemos. Podemos llamar señores de ellas a los príncipes de las doctrinas perversas, Valentín, y Marción, y Arrio, y Eunomio: o a aquellos que a través de múltiples libros corroboran lo mal inventado por otros. A estos les dicen las vacas de Basán: Traednos, y beberemos. Pues si ellos no les dieran, estos no tendrían qué devorar, más bien qué beber para embriagarse. Para que sepamos que las aguas y las bebidas significan doctrina, el Señor habla a la samaritana: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed: pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Juan IV, 13). Por lo tanto, quien beba de las aguas de la samaritana, es decir, de los herejes, siempre tendrá sed y no podrá refrescar el ardor de sus gargantas secas, clamando Isaías sobre esto mismo: Como sueña el sediento que bebe, y al despertar, aún tiene sed, y su alma esperó en vano: así serán todas las naciones que luchan contra Jerusalén (Isaías XXIX, 8). En verdad, quien beba de las aguas de los herejes, y luche contra Jerusalén, la Iglesia de Dios, bebe en sueños, y su alma es engañada por vanas imágenes. Y cuando piense que está saciado, entonces comenzará a tener sed. Por eso también se dice al hombre eclesiástico: Bebe aguas de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos, y sean para ti solo (Prov. V, 15). Y jura el Señor tu Dios en su santidad contra las vacas de la gordura y los banquetes, o jura en sus santos, que vendrán días sobre ellas, días de juicio y castigo, para que las lleven en sus armas, y a los que están con ellas, los pongan en calderas, o los lleven: y o bien las vacas sean mercaderes pestilentes, o bien aquellos que vienen para llevarlas, y sean arrojadas desnudas viéndose mutuamente: y sean arrojadas sobre el monte Remmán, dice el Señor Dios. Debemos también decir según los LXX, para que no parezca que los hemos propuesto en vano. Cuando venga contra los herejes el día del juicio y la venganza, entonces serán llevados en armas, es decir, con sus armas, con las que lucharon contra la Iglesia: o vencidos por la armadura de Dios, y superados por sus combatientes, serán puestos en calderas, para que sean quemados y cocidos los que antes fueron mercaderes pestilentes; pues para esto comerciaban, para entregar a la muerte a los que engañaban. Estos son de los que se dice: Hijos de Elí, hijos de pestilencia (I Sam. II), que se sentaron en la cátedra de la pestilencia [Al. de los pestilentes]. Y cuando hayan sido cocidos y quemados, saldrán desnudos, no teniendo nada de lo que antes presumían. Y verán su ignominia, y serán arrojados sobre el monte Remmán, que se interpreta como sublimidad, para que en su soberbia sean destruidos. Algunos interpretan Remmán como visión de alguien, es decir, ὁρασίῃ τινοῦ. Pues no podían ver todo; pero se prometían el conocimiento de alguna parte, para que sean arrojados, en lo que creían saber. Podemos según la letra, cuando vengan los días de cautiverio sobre las vacas de Samaria, entender que las superarán en la batalla, y las oprimirán con sus armas, y en el enfrentamiento las obligarán a ir a ciudades fortificadas, que

se comparan con ollas hirvientes: para que así como Jerusalén, teniendo a su pueblo encerrado y sitiado, se asemeja a una olla hirviente y llena de carnes; así también las ciudades de Samaria se comparen con ollas hirvientes, que con hambre y pestilencia obligan a su pueblo encerrado a salir, e ir al cautiverio viéndose mutuamente, y ser trasladados a los montes de Armon, que son fronterizos con los medos y persas.

(Vers. 4 seq.) Venid a Betel, y actuad impiamente: id a Guilgal, y multiplicad la prevaricación, y traed por la mañana vuestras víctimas, cada tres días vuestras décimas. Y sacrificad de lo fermentado alabanza, y llamad a las ofrendas voluntarias, y anunciad. Pues así lo quisisteis, hijos de Israel, dice el Señor Dios. Por eso también os di estupor de dientes en todas vuestras ciudades, y necesidad de pan en todos vuestros lugares: y no os volvisteis a mí, dice el Señor. LXX: Entrasteis en Betel, y actuasteis inicualemente, en Guilgal multiplicasteis el actuar impiamente: y trajisteis por la mañana vuestras ofrendas, al tercer día vuestras décimas. Y leyeron fuera la ley, e invocaron confesiones. Anunciad porque esto amaron los hijos de Israel, dice el Señor Dios. Y yo os daré estupor de dientes en todas vuestras ciudades, y necesidad de pan en todos vuestros lugares, y no os volvisteis a mí, dice el Señor. Primero pongamos los fundamentos de la historia: Oh Israel miserable, ya cercana está tu cautividad, ya el ejército asirio se aproxima: haz lo que quieras, actúa impiamente: fornicar libremente con los ídolos, para que cuanto más desvergonzado seas, tanto más justa parezca mi sentencia sobre tus tormentos. Venid, dice, a Betel, donde pusisteis el becerro de oro, y actuad impiamente contra Dios. Venid a Guilgal, lugar de idolatría, del cual hablé por Oseas: Toda su maldad está en Guilgal (Ose. IX, 15). Y de nuevo en el mismo: En vano estaban en Guilgal sacrificando bueyes (Ibid., XII, 11). Y cuando vengáis a Guilgal: multiplicad la prevaricación. Porque todo lo que hagáis allí es prevaricación contra Dios, a quien preferisteis los ídolos. Y traed por la mañana vuestras víctimas, para que no haya demora en el crimen. Cada tres días vuestras décimas: o, como lo interpretó Símaco, al tercer día vuestras décimas. De este lugar nos parece esta explicación: en Levítico está prescrito por la ley (Lev. VII), que ciertas ofrendas no se reserven para el día siguiente, y que otras no permanezcan hasta el tercer día: que si permanecen, sean inmundas. El sentido es, pues: Inmundas víctimas sacrificad cada día, y ofreced sacrificios contaminados, y sacrificad de lo fermentado alabanza, lo cual según los preceptos de Moisés no se ofrece a Dios en absoluto. Por alabanza, Aquila interpretó εὐχαριστίαν, es decir, acción de gracias, que en hebreo se dice THODA (). Y llamad, dice, a las ofrendas voluntarias, que los hebreos llaman NADABOTH (), es decir, espontáneas. El sacrificio voluntario se refiere a la alegría: que en latín podemos llamar banquete. Y cuando hayáis hecho esto, anunciad vuestra impiedad a todos: para que no solo parezca que lo habéis hecho, sino que también habéis enseñado a otros. Esto os mando, y hablo en modo imperativo, para satisfacer vuestra voluntad, porque así habéis actuado y así lo quisisteis, hijos de Israel, dice el Señor Dios. Por eso también os di estupor de dientes, como tradujeron los LXX, a quienes seguimos en este lugar por la simplicidad de la palabra: o limpieza de dientes, como interpretaron Aquila y Símaco, para mostrar por los dientes limpios la magnitud del hambre. Y causé necesidad de pan, no en una sola ciudad, sino en todas vuestras ciudades; ni en un solo lugar, sino en todos vuestros lugares. Y aunque hice esto, no castigando, sino dando ocasión de penitencia: ni así os volvisteis a mí, dice el Señor. Esto lo hemos dicho según el hebreo: pasemos a los intérpretes de los LXX, y brevemente discutamos lo que nos parece según la anagogía en cada uno; pues si quisiéramos decir ambos en cada edición, la magnitud de los libros no lo permite. Entrasteis en Betel, es decir, en la casa de Dios, que se entiende como la Iglesia: y actuasteis impiamente contra el Señor, pisoteando sus preceptos. En Guilgal, que se interpreta como revelación, o remolino, multiplicasteis las impiedades, reclamando para vosotros el

conocimiento de las Sagradas Escrituras: y mientras os eleváis en soberbia, habéis caído en el último fango. También trajisteis por la mañana vuestras ofrendas, al tercer día vuestras décimas, transformados en ángel de luz: y la triple inteligencia de las Escrituras (de la cual se nos ha mandado que la escribamos triplemente en nuestros corazones) reduciendo a la sentencia de un solo día. Debemos entender la Escritura santa, primero según la letra, haciendo en ética cualquier precepto. Segundo según la alegoría, es decir, la inteligencia espiritual. Tercero según la bienaventuranza futura. Pero vosotros, dice, despreciando el primer y segundo día, componéis para vosotros ciertas ficciones espirituales sin fundamento, y poniendo el techo sobre las paredes. Ni son estos los herejes, de quienes, y a quienes se dice, contentos con el fin de la impiedad: sino que leyeron fuera la ley de Dios saliendo de la Iglesia, y con cada uno de sus dogmas, que simulaban con corazón perverso, intentaron asociar confesiones y testimonios: o sacrificaron de lo fermentado, sobre lo cual en el Evangelio se dice: Guardaos del fermento, es decir, de la doctrina de los fariseos (Mat. XVI, 6). Y esto lo hicieron no por error, sino por estudio: no por voluntad fortuita, sino por la caridad plenísima de los mayores. Por lo cual el Señor amenaza con venganza sobre esto: Os daré, dice, estupor de dientes, que en griego se dice γομφιασμός. Pues si alguien según Ezequiel (Eze. XVIII), comiere uva agria, sus dientes se entumecerán: para que no abusando bien de los testimonios de las Sagradas Escrituras, y comiéndolos inmaduros y sin su dulzura, pierdan la fuerza de los dientes: para que no puedan moler lo duro, y transmitir al vientre lo que es provechoso para todo el cuerpo. Este estupor de dientes y escasez de alimentos os daré en todas las ciudades, y en todos vuestros lugares, para que sufráis hambre de la palabra de Dios, y de ese pan que descendió del cielo (Juan VI), y del cual está escrito en los Salmos: El hombre comió pan de ángeles (Sal. LXXVII, 15). Todo esto lo hice, no por crueldad y saña, como calumnian los herejes, de juicio cruel y triste, sino para que os convirtierais a mí, según está escrito: En vano herí a vuestros hijos, no recibisteis disciplina (Jer. II, 30).

(Vers. 7 seq.) Yo también os prohibí la lluvia: cuando aún faltaban tres meses para la siega. Y lloví sobre una ciudad: y sobre otra ciudad no lloví. Una parte fue regada: y una parte, sobre la cual no lloví, se secó. Y vinieron dos y tres ciudades a una ciudad, para beber agua, y no se saciaron: y no os volvisteis a mí, dice el Señor. LXX: Y yo reprimí de vosotros la lluvia antes de tres meses de la vendimia: y lloveré sobre una ciudad, y sobre una ciudad no lloveré. Una parte será regada; y la parte sobre la cual no lloví, se secará. Y se congregarán dos y tres ciudades en una ciudad, para beber agua, y no se saciarán: y no os volvisteis a mí, dice el Señor. No solo di estupor de dientes en todas vuestras ciudades, y necesidad de pan en todos vuestros lugares; sino que os prohibí la lluvia, cuando aún faltaban tres meses para la siega, que se llama lluvia tardía, y es muy necesaria para los campos de Palestina y los campos sedientos: para que cuando la hierba brotara en la siega y el trigo diera fruto, se secara por la excesiva sequedad. Significa el tiempo primaveral del último mes de abril, desde el cual hasta la siega del trigo, faltan tres meses. Mayo, junio, julio. Por siega, los LXX, a su manera, tradujeron vendimia, lo cual si aceptamos, es completamente inusual e imposible según todas las regiones de Oriente. Pues nunca hemos visto lluvias a finales de junio, o en el mes de julio, en estas provincias, y especialmente en Judea. De hecho, en los libros de los Reyes, como gran señal y prodigio en los días de verano y siega, al orar Samuel, se suscitaron lluvias (I Reg. XII). Y era superfluo ahora amenazar con la sequedad del mes de julio, en el cual nunca había dado lluvias. Sin embargo, prohibió la lluvia, para que no solo sufrieran necesidad de pan, sino también ardor de sed y escasez de bebida. En estos lugares en los que ahora vivimos, además de pequeños manantiales, todas las aguas son de cisternas, y si las lluvias son suspendidas por la ira divina, el peligro de sed es mayor que el de hambre: lo cual también en los días del profeta Elías, la Escritura recuerda que ocurrió durante tres años y seis meses (III Reg. XVII). Y para que no pensaran que esto sucedió por ley de la naturaleza,

y el curso de los astros, y la variedad de los tiempos a las ciudades y pueblos, dice que llueve sobre una ciudad y sus campos, y de otra suspende la lluvia: para que dos y tres ciudades vayan a otra ciudad, y sin embargo no se sacien de beber agua. Y aunque hizo esto, no para castigo, sino para medicina, increpa a los que permanecen en el pecado: y ni así os volvisteis a mí, dice el Señor. También prohíbe o reprime de los herejes el Señor las lluvias espirituales, y todo rocío de la sabiduría divina; y manda a sus nubes que no lluevan sobre ellos antes de tres meses de la siega, o vendimia, para que no puedan llegar a los frutos del misterio de la Trinidad. Y así como este sol, que vemos, completa su curso anual, hasta que regresa a su meta original, en doce meses, que cada uno se mueve en treinta días, y la luna que en hebreo se llama JARE (), en griego μήνη, según ambos idiomas dio nombre a los meses por su nombre, y es iluminada por los rayos del sol desde la parte que le es cercana, recibiendo luz más o menos según la variedad de los tiempos: así también la Iglesia, adornada con el resplandor del verdadero Sol, completa el número de doce apóstoles. Por eso también en Israel se llaman doce tribus, y en testimonio de eterna memoria, se toman doce piedras del lecho del Jordán, para que se pongan en el lugar de la segunda circuncisión (Jos. IV). Pero el Señor llueve sobre una ciudad de verdadera confesión, la Iglesia, y sobre otra no llueve, que está en los conciliábulos de los herejes. Y mientras aquella recibe lluvia eterna, esta se seca con perpetua aridez: para que los que tienen sed, obligados por la escasez, vengán a la ciudad del Señor, de la cual sale una fuente abundantísima, que riega el torrente de espinas. Esta es la fuente que dice por Jeremías: Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener agua (Jerem. II, 13). Esta fuente que procede de una sola fuente, corre en triple unión: estas fuentes del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo suspira el salmista como el ciervo sediento, diciendo: Como el ciervo desea las fuentes de agua: así mi alma te desea a ti, Dios (Sal. XLI, 1). Y cuando dos y tres ciudades vayan a una ciudad, en la cual hay aguas abundantes, de esperanza, fe, caridad, no se saciarán, porque para buscar la gracia divina, no vinieron por voluntad, sino por necesidad.

(Vers. 9.) Os herí con viento abrasador, y con añublo. La multitud de vuestros huertos, y de vuestras viñas, vuestros olivares y vuestras higueras devoró la oruga, y no os volvisteis a mí, dice el Señor. LXX: Os herí con ardor y con añublo. Multiplicasteis vuestros huertos, vuestras viñas, y vuestras higueras, y vuestros olivares devoró la oruga, y ni así os volvisteis a mí, dice el Señor. No solo hice lo anterior, para corregiros; sino que lo que quedó de la sequedad, lo herí con viento abrasador y añublo. Por viento abrasador, Aquila, Símaco y Teodocio interpretaron ἀνεμοφθορίαν: los Setenta πύρωσιν, que podemos llamar combustión. Añublo todos lo tradujeron como ἵκτερον, excepto Teodocio, que solo interpretó ὥχρίασιν, que significa palidez. Y mientras multiplicaban contra la ira del Señor huertos y viñas y higueras y olivares, todo lo devoró la oruga, de la cual se habla más extensamente en Joel (Joel I). Y ni siquiera con las plagas y el peso de los males quisieron venir a Dios. Con esto, que se confundan los herejes, que interpretan la disciplina del Creador, y, por así decirlo, la medicina, como crueldad. Pero el Señor hiere espiritualmente a los herejes con la abrasión de la que habla el apóstol Pablo: Mejor es, dice, casarse que arder (I Cor. VII, 9). Y el príncipe de los apóstoles: Amados, no os extrañéis del fuego que os ha sobrevenido para prueba (I Pet. IV, 12): y con el añublo que, al difundir bilis, convierte el rubor de la sangre en palidez, y no permite que haya nada sano en el cuerpo, hasta el punto de que incluso las mieles más dulces parecen amargas. Y los que antes escuchaban en la Iglesia: Gustad y ved que el Señor es bueno: y ellos mismos decían: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca! (Sal. CXVIII) sean llamados παραπικραίνοντες, y sus aguas y lluvias no destilen dulzura: ni sean de la tierra de la promesa, que leemos que mana leche y miel: sino que sean llamados Mara, es decir, amargura. Estos multiplicaron para sí huertos, en los cuales para que no se convirtiera su viña, Naboth quiso morir (III Reg. XXI). Pues quien es débil, coma

legumbres (Rom. XIV). Y porque siempre los herejes, hinchados de soberbia, y cayendo en el juicio del diablo, se prometen grandes cosas, y fingen imágenes de bienes, para mezclar venenos con miel: también se jactan de tener viñas y olivares y higueras; pero su viña es viña de Sodoma; sus olivares no son de buenas olivas, sino de acebuches, que el Apóstol manda injertar en las raíces de las buenas olivas (Rom. XI). También tienen tales higueras, que llenan un cesto de higos pésimos, que Jeremías testifica que no se pueden comer por su amargura (Jer. XXIX). A las cuales cuando el Señor venga, les maldice con eterna aridez (Marc. XI), para que nunca den fruto, para que no engañen con el verdor de las hojas a los que pasan. Y para que entendamos que los huertos de los herejes y las viñas y olivares y higueras se refieren a la mala parte, añadió a cada palabra, vuestros: para mostrar que no son de Dios, sino de los herejes: vuestros huertos, vuestras viñas, vuestros olivares, y vuestras higueras: todo lo cual devoró la oruga, el último de todos los castigos: que no vuela como la langosta, y corriendo aquí y allá deja lo mordido; sino que permanece en los frutos que van a perecer, y con lento deslizamiento y perezosos mordiscos consume todo. Y aunque sufrieron esto, ni así quisieron volver al Señor.

(Vers. 10.) Envié sobre vosotros muerte en el camino de Egipto, herí con espada a vuestros jóvenes hasta la cautividad de vuestros caballos. Y hice subir la podredumbre de vuestros campamentos a vuestras narices, y no os volvisteis a mí, dice el Señor. LXX: Envié sobre vosotros muerte en el camino de Egipto, y maté con espada a vuestros jóvenes con la cautividad de vuestros caballos. Y saqué en fuego vuestros campamentos en mi ira, y ni así os volvisteis a mí, dice el Señor. Por todos los flagelos y tormentos es instruido Israel: por eso también en el tiempo en que pedían auxilio a los egipcios, se envía sobre ellos la muerte, y son heridos con espada sus jóvenes, y los caballos que multiplicaron contra el precepto de Dios, la cautividad los encierra cruelmente, para que la podredumbre de los campamentos y el hedor del ejército moribundo, llene las narices de los vivos. Y aunque hizo esto, para corregir a los que delinquen, y enmendar a los que yerran, ni así se volvieron a él, dice el Señor. Que no solo en aquel tiempo, sino diariamente envía muerte en el camino de Egipto, para que quien haya recorrido el camino egipcio, escuche muriendo al apóstol que enseña: Porque lo que morí, morí al pecado; pero lo que vivo, vivo para Dios (Galat. II). Y en otro lugar: Si morimos con Cristo, también viviremos con él (Rom. VI, 8). Y de nuevo: Siempre llevo en mi cuerpo la mortificación de Jesús (II Cor. IV, 10). Y otra vez: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gal. II, 20). Con esta muerte quiere el Señor vivificarnos, para que muriendo al pecado, vivamos para Dios. Morimos al pecado, cuando mortificamos nuestros miembros sobre la tierra, fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría y demás. Leemos en Isaías, al menos según los Setenta intérpretes: de otro modo en hebreo se contiene de otra manera: Envié muerte en Jacob, y vino sobre Israel (Isai. IX). Jacob, es el nombre del cuerpo naciente; Israel, el nombre de la bendición. Porque toda la noche luchó y venció en la contienda (Gén. XXXII), y al amanecer pudo decir con el apóstol: La noche ha pasado, el día se ha acercado (Rom. XIII, 12), por eso Israel, el que ve a Dios, obtuvo el nombre. Se envía, pues, primero la muerte en Jacob, para que mortifiquemos nuestros miembros sobre la tierra, y por la mortificación de los miembros corporales, lleguemos a la muerte de Israel, para que mueran en nosotros todos los incentivos de las perturbaciones. Dios hiere todo lo que es robusto en el mal, y la juventud perversa que se levanta, para que no llegue hasta la vejez, y entrega los caballos a la cautividad, para que no caigan por los precipicios del infierno: y hace subir la podredumbre de los campamentos a sus narices, para que reconozcan sus pecados, y sientan que apestan, y digan con David: Se pudrieron y corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). Y aunque hizo esto con el deseo de sanar, ni así se volvieron a él, dice el Señor.

(Vers. 11.) Os trastorné como Dios trastornó a Sodoma y Gomorra, y fuisteis como un tizón arrebatado del incendio, y no volvisteis a mí, dice el Señor. LXX: Os trastorné como Dios trastornó a Sodoma y Gomorra, y fuisteis como un tizón sacado del fuego, y ni así os convertisteis a mí, dice el Señor. Es el último remedio, tanto para las diez tribus, como para los herejes y todos los pecadores, que después de haber enviado la muerte en el camino de Egipto, y haber herido a sus jóvenes con la espada, y consumido sus caballos, y hecho subir la putrefacción de sus campamentos a sus narices, y ni así se volvieron a Él, los trastorne como Dios trastornó a Sodoma y Gomorra: y cuando hayan sido trastornados, por la similitud de los crímenes de Sodoma y Gomorra, y el fuego divino haya consumido sus peores edificaciones, ellos sean liberados como un tizón arrebatado del incendio. Y así como Lot, cuando Sodoma perecía, fue salvado, perdiendo su sustancia y parte de su cuerpo, que entendemos como su esposa (Génesis XIX), así todos estos, perdiendo las riquezas de Sodoma, escapan desnudos, según lo que leemos en el Apóstol: Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa; si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida; él mismo, sin embargo, será salvo, aunque así como por fuego (I Cor. III, 14, 15). Quien, por tanto, es salvado por el fuego, es arrebatado como un tizón del incendio. Y a este tipo de personas, a quienes el Salvador en el Evangelio reprendía diciendo: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham (Juan VIII, 39), Juan el Bautista dice: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Mateo III, 7, 8, 9) Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no queráis decir dentro de vosotros, tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Por lo tanto, tanto Israel como todos los herejes, porque tenían las obras de Sodoma y Gomorra, son trastornados como Sodoma y Gomorra: para que sean liberados como un tizón arrebatado del incendio. Y esto es lo que leemos en el profeta: Sodoma será restaurada a su antiguo estado (Ezequiel XVI, 55): para que quien por su vicio es sodomita, después de que las obras de Sodoma hayan ardido en él, sea restaurado a su antiguo estado.

(Vers. 12, 13.) Por lo tanto, así te haré, Israel: pero después de que te haya hecho esto, prepárate para el encuentro con tu Dios, Israel, porque he aquí que el que forma los montes, y crea el viento, y anuncia al hombre su palabra, hace la niebla matutina, y camina sobre las alturas de la tierra, el Señor Dios de los ejércitos es su nombre. LXX: Por lo tanto, así te haré, Israel: sin embargo, porque así te haré, prepárate para invocar a tu Dios, Israel. Porque he aquí que el que afirma el trueno, y crea el espíritu, y anuncia a los hombres su Cristo, hace la mañana, y la niebla, y asciende sobre las alturas de la tierra: el Señor Dios omnipotente es su nombre. En lugar de lo que hemos interpretado como "después de", en hebreo está escrito ECEB (), y Aquila lo interpretó como ὕστερον, es decir, "después", y Theodotion como "finalmente", y los Setenta como "sin embargo"; en hebreo se puede leer así: Por lo tanto, así te haré, Israel, después, es decir, mucho tiempo después, y en los últimos tiempos, para que de nuevo comience el verso desde otro principio: Y cuando esté a punto de hacerte esto, prepárate para el encuentro con tu Dios, Israel. Y de nuevo en el lugar donde los Setenta tradujeron, prepárate para invocar a tu Dios, y nosotros según Theodotion pusimos, prepárate para el encuentro con tu Dios, Symmachus y la Quinta Edición tradujeron, prepárate para oponerte a tu Dios: lo que en hebreo se dice, HECHIN LACERATH ELOICA (). En cuanto a los montes que en hebreo se dicen ARIM (), solo los Setenta tradujeron βροντήν, es decir, trueno. La razón por la cual ellos dijeron espíritu, y nosotros dijimos viento, que en hebreo se llama RUA (), es clara, porque con esta palabra se designa tanto viento como espíritu. Y lo que sigue, anunciando al hombre su palabra, todos lo interpretan como nosotros lo hemos traducido, solo los Setenta tradujeron, anunciando a los hombres su Cristo: engañados por la similitud y ambigüedad de la palabra. Porque si leemos su Cristo, que en hebreo se dice MESSIO (), se escribe con estas letras MEM, SIN, IOB, HETH, y VAU, que los LXX

pensaron. Pero si es como está en hebreo, según Aquila τὴν ὁμιλίαν αὐτοῦ: según Symmachus τὸ φώνημα αὐτοῦ: según Theodotion, τὸν λόγον αὐτοῦ; según la quinta edición τὴν ἁδολεσχίαν αὐτοῦ, que todo se interpreta como su palabra, se escribirá con estas letras, MEM, HE, que se dice MA (), esto es, qué, o qué. Luego SIN, IOD, HETH, que leemos SIA (), es decir, palabra. O, que se escribe con la sola letra VAU, αὐτοῦ, es decir, su, significa, y se lee junto como MASIO (), teniendo una letra más del verbo anterior HE. Hemos hablado de la variedad de interpretación, que será molesta para los negligentes, pero grata para los estudiosos: ahora pasemos al sentido de lo que está escrito. Di estupor a vuestros dientes, y no volvisteis a mí, dice el Señor. Prohibí de vosotros la lluvia, y lloví sobre una ciudad, y sobre otra no lloví, y vinieron dos y tres ciudades a una para beber aguas, y no se saciaron: y ni así volvisteis a mí, dice el Señor. Os herí con viento abrasador, y con tizón vuestros huertos y viñas y olivares y higuerales, y no volvisteis a mí, dice el Señor. Envié sobre vosotros la muerte en el camino de Egipto, y herí con la espada a vuestros jóvenes, e hice subir la putrefacción de vuestros campamentos a vuestras narices, y no volvisteis a mí, dice el Señor. Os trastorné como el Señor trastornó a Sodoma y Gomorra, y fuisteis como un tizón arrebatado del incendio, y no volvisteis a mí, dice el Señor. Por eso te haré esto, oh Israel, para que, habiendo despreciado lo pasado, al menos te corrijas con lo que estoy por traer. Y cuando dije, te haré esto, calla sobre lo que está por hacer, para que mientras Israel pende incierto sobre cada tipo de castigo (que son más terribles porque se sospechan todos), haga penitencia: para que Dios no inflija lo que amenaza. Pero después de que te haya hecho lo que testifico que haré, prepárate para invocar al Señor tu Dios. Porque todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo (Joel II). O prepárate para el encuentro con tu Dios, para que recibas con toda avidez al Señor que viene a ti. Este es el que afirma el trueno, o confirma los montes, a cuya voz se estremecen los pilares de los cielos y los fundamentos de la tierra (Eclesiástico XVI). Este que crea el espíritu, que en este lugar no entendemos como el Espíritu Santo, como sospechan los herejes; sino como viento, o el espíritu del hombre: porque nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu que está en él; y el mismo espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles (Romanos VIII). O ciertamente debemos entender el espíritu como el alma, según lo que está escrito: Quitas su espíritu, y perecen, y vuelven a su polvo (Salmo CIII, 19). Y: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y diciendo esto expiró (Lucas XXIII, 46). Y cuando ha creado el espíritu, anuncia a los hombres su palabra, o anuncia al hombre su palabra, quien conoce los secretos de los pensamientos, y entiende lo que el alma oculta trata en silencio, según lo que leemos en Jeremías según el hebreo: El corazón del hombre es engañoso y perverso, ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, que escudriño el corazón, y pruebo los riñones (Jeremías XVII, 9, 10). Lo que también testifica la Escritura en el Salmo ciento treinta y ocho: Mis ojos vieron mi embrión. Y el sentido es: Antes de que fuera formado, antes de que fuera moldeado en miembros, mientras aún estaba contenido en la semilla, tus ojos me vieron. Y Jeremías escucha del Señor: Antes de que te formara en el vientre, te conocí, y antes de que salieras del útero, te santifiqué, y te puse por profeta a las naciones (Jeremías I, 5). Y el evangelista: Viendo, dice, el Señor sus pensamientos (Lucas XI, 17). Pero si leemos, anunciando al hombre su palabra, debe entenderse según lo dicho anteriormente, en lo que dice: No hará el Señor Dios nada, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas (Amós III, 7). Y el que anuncia los pensamientos del hombre, y su palabra, o la suya, es el que hace el amanecer y el alba, y llena todo de nubes, y camina sobre las alturas de la tierra; cuyo nombre es el Señor Dios omnipotente. En lugar de lo que en los Setenta se lee: Anunciando a los hombres su Cristo: bajo cuya ocasión los herejes quieren que el Espíritu Santo sea creado en el orden siguiente: creando el espíritu, y anunciando a los hombres su Cristo: para que aquel sea creado, y este sea anunciado entre los pueblos. A los cuales responderemos según su sentido, y la edición Vulgata: El que es creador de todo, y afirma el trueno, o forma los montes,

consecuentemente saca los vientos de sus tesoros, y como creador del universo, promete a los hombres a su Hijo Cristo. Pero después de que Cristo haya sido anunciado, entonces se nos abre la luz de la verdad, no completamente; porque ahora vemos en parte, y conocemos en parte, y contemplamos lo que ha de venir a través de un espejo y una imagen (I Cor. XIII). De donde sigue: haciendo la mañana y la niebla, y ascendiendo sobre las alturas de la tierra. Porque el Señor es excelso en las alturas, y no habita en lo humilde, quien es excelso; pero el creador de los montes asciende a los montes, en aquellos que tienen su ciudadanía en los cielos, y caminando en la carne no viven según la carne, sino según el espíritu. Pero si leemos según Symmachus y Aquila: así te haré, Israel, después, y cuando te haya hecho esto, prepárate para oponerte a tu Dios, debe entenderse así: Hice para corregirte, lo que el discurso anterior describió, y porque no quisiste volver a mí, te haré lo que está contenido en mi secreto. Mataste a los siervos que envié a ti: enviaré finalmente a mi Hijo: pero tú según tu costumbre, que siempre te has opuesto a la voluntad del Señor, prepárate para contradecir y oponerte a tu Dios: según lo que está escrito: He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos, y para señal que será contradicha (Lucas II, 34). Y esto lo dice, no porque ordene lo que debe hacer; sino que predice de antemano lo que hará voluntariamente, como reprendiendo y acusando, para que al menos corregido no haga lo que está predicho.

(Cap. V.---Vers I, 2). Escuchad esta palabra que yo levanto sobre vosotros como lamento. La casa de Israel ha caído: no añadirá para levantarse. La virgen de Israel ha sido arrojada a su tierra, no hay quien la levante. LXX: Escuchad esta palabra que yo tomo sobre vosotros como lamento. La casa de Israel ha caído, no añadirá más para levantarse. La virgen de Israel ha sido arrojada sobre su tierra, no hay quien la levante. En cuanto al orden de la letra y la verdad histórica comenzada, las diez tribus, que se llaman Israel, llevadas en cautiverio, nunca regresaron a su tierra después. Pero el pueblo de Israel es llamado virgen: no porque haya permanecido en la pureza de la virginidad, sino porque una vez fue unido al Señor como una virgen. Por lo cual el profeta es mandado a asumir un lamento sobre él, porque no será restaurado a su antiguo grado. En cuanto a la comprensión espiritual: el profeta asume un lamento sobre todo Israel, que veía a Dios con la mente, y después dejó de servirle, según lo que se le ordena a Ezequiel (Ezequiel II), que devore un libro, en el cual estaba escrito por dentro y por fuera lamentación, y cántico, y ay. Por dentro entiende el cántico de Salomón que sigue, que dice: El rey me ha introducido en su cámara (Cantar de los Cantares I, 3). Y el Salmo cuarenta y cuatro, en el cual está escrito: Toda la gloria de la hija del rey es interior. Por fuera es todo lo que se lee en la letra, y parece en la corteza, y no se retiene en la médula del espíritu. Así que tanto según la letra, como según la tropología, en todos los libros de los profetas está escrito un lamento sobre aquellos que después de pecar hacen penitencia: un cántico sobre aquellos que, sin mancha de pecado, son dignos de cántico y alabanza: un ay sobre aquellos que no hacen penitencia; sino que según la dureza de su corazón atesoran para sí ira en el día de la ira. Pero si, como dijimos, el lamento es sobre aquellos que hacen penitencia; y la penitencia devuelve la sanidad de la herida: ¿cómo según los Setenta se dice, La casa de Israel ha caído, no se levantará más. La virgen de Israel ha errado en su tierra, no hay quien la levante? Esto se puede resolver así: Después de que la casa de Israel haya caído por su propia voluntad, nunca recuperará su dignidad original: después de que la virgen de Israel haya errado en su tierra, no podrá encontrar quien la levante. Y considera las propiedades de las palabras. Quien es casa, y se cuenta en la multitud, se dice que cae. Pero quien es del número de las vírgenes, si erra, por cualquier leve pecado no podrá ser levantada: no porque no sea levantada, sino que nunca será levantada como virgen de Israel, y nunca resurgirá como Señor de Israel. Porque no es la misma gloria de quien siempre ha seguido al Señor, y de quien se ha desviado del rebaño, y después ha sido llevado de nuevo por el buen pastor sobre sus hombros (Lucas XV). Por lo cual el Señor dice por otro profeta: Prefiero el

arrepentimiento del pecador, que la muerte (Ezequiel XVIII, 32). La penitencia no se compara con la santidad purísima y la Iglesia de Cristo (que no tiene mancha ni arruga), sino con la muerte y el infierno se hace mejor. Decimos esto, no para quitar la esperanza de la penitencia según Novato, sino para hacer más temerosos a aquellos, y por lo tanto más cuidadosos, que con la puerta abierta de la penitencia, mientras esperan lo futuro, pierden lo presente, y quienes sin herida podrían permanecer, imprudentes reciben la herida, para después ser atormentados por el dolor. Hay muchas moradas en la casa de mi Padre (Juan XIV), y una estrella difiere de otra en gloria: así también la resurrección de los muertos (I Cor. XV): los santos resplandecen como el sol y la luna, el atardecer y el lucero. Pero quienes después del pecado hagan penitencia, por la diversidad de méritos se igualarán a otras estrellas.

(Vers. 3.) Porque así dice el Señor Dios: La ciudad de la que salían mil, quedarán en ella cien, y de la que salían cien, quedarán en ella diez en la casa de Israel. La LXX de manera similar. Las causas por las cuales la casa de Israel, al caer, no se levanta, y la virgen de Israel, errante o arrojada a la tierra, no tiene quien la levante, las devuelve el discurso divino: La ciudad, dice, de la que salían mil, quedarán en ella cien: y de la que salían cien, quedarán en ella diez en la casa de Israel: para que donde antes había multitud, debido a la inmensa devastación, apenas quede una décima parte. Y para no quedarnos completamente adheridos a la letra, dejemos intactos los sacramentos de los números: el número siete es santo, como lo prueba el sábado, en el cual Dios descansó de todas sus obras (Génesis II). Y ordena que no se haga en él obra servil, salvo aquellas que pertenecen al alma: y que no llevemos cargas en él (Números XV). Por eso, también en el desierto, quien recogía leña el día de sábado, que son cosas que arden, es condenado por sentencia del Señor. Y siete semanas completan el número de la santa Pentecostés: y el año del Jubileo de la remisión y de las trompetas resonantes se teje con este número. En el séptimo mes también se fijan las tiendas, y el hebreo, cuando ha servido seis años, en el séptimo año será liberado. Esto lo conoce también la filosofía secular, y los libros de los médicos, de los cuales Galeno, el más elocuente y docto, escribió tres libros de κρίσεων καὶ τῶν κριτικῶν ἡμερῶν, en los cuales muestra el poder del número siete, diciendo que las fiebres más ardientes se resuelven el séptimo día: o si la magnitud del humor nocivo y de la flema es tal que no se consume con el ardor de la primera semana, se espera el último día de la segunda semana, es decir, el decimocuarto. Si esta, para hablar según Hipócrates, νόσος la vence, pasan al vigésimo primer día, es decir, al final de la tercera semana: así desde el principio del mundo, con los días creados, para que todos los trabajos y molestias descansen en el número siete. Finalmente, la cautividad del pueblo de Israel y la subversión del templo se completaron en el año setenta de desolación, y se dice que las siete estrellas errantes son según el número de los días. De los sacramentos de este número en el sueño de Escipión narra más ampliamente Tulio: y el libro más oscuro de Platón, el Timeo, que ni siquiera con la dorada boca de Cicerón se hace más claro. Así como el número siete tiene su sacramento, así santificado y perfecto, y por así decirlo, es el número verdadero, que se retiene en la unidad, y se concluye en la majestad del único Dios [Al. se recluye]. Por eso dice el Hijo: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIV, 11): y queriendo que todos sean uno con el Padre, le habla: Padre, da, que así como tú y yo somos uno, así también estos en nosotros sean uno (Ibid. XVII, 21). La primera bienaventuranza es estar en el primer número, que es uno y verdadero; la segunda, en el segundo, es decir, en la decena; la tercera en el tercero, es decir, en la centena. Así como la decena se completa con la unión de diez, así la centena se construye con diez decenas. El cuarto número, 284 que se contiene en el milenario, consta de diez centenas. Cuando alguien hace penitencia, del milenario y cuarto número apenas regresa al centenario y tercer número. Nuevamente, quien está en el

centenario, apenas regresa al segundo número de la primera decena, y así sucede que la casa de Israel que había caído, no puede resurgir, y la virgen de Israel que había errado, en la tierra no tiene quien la levante: porque quien una vez se ha apartado de la unidad, y ha perdido aquella gloria de purísima virginidad (de la cual el Apóstol dice: Porque os celo con celo de Dios, y os he desposado con un solo esposo para presentaros como virgen casta a Cristo (II Cor. XI), en la cual no hay mancha ni arruga), no podrá recuperar el estado original y la bienaventuranza de la unidad: y apenas se le concederá, que de mil regrese a cien, y de cien a diez. He hablado brevemente de esto, para que no parezca que en este capítulo, debido a la dificultad de los números, he evitado la tropología.

(Vers. 4, 5.) Porque así dice el Señor a la casa de Israel: buscadme, y viviréis, y no busquéis a Betel, y en Gálgala no entréis, y en Berseba no paséis: porque [Vulg. no pasaréis, porque] Gálgala será llevada cautiva, y Betel será inútil. LXX: Porque así dice el Señor a la casa de Israel: buscadme, y viviréis, y no busquéis a Betel, y en Gálgala no entréis, y sobre el pozo del juramento no paséis, porque Gálgala será llevada cautiva, y Betel será como si no existiera. Es costumbre [Al. costumbre] de las Escrituras siempre unir lo alegre a lo adverso, y después de que Dios ha amenazado con cosas tristes, llama al arrepentimiento a aquellos a quienes ha aterrorizado, según lo que leemos en Isaías: ¡Ay, gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, semilla de malhechores, hijos corruptos! (Isaías I, 4). Y después de haber dicho, vuestra tierra está desierta, vuestras ciudades quemadas con fuego, vuestras tierras delante de vosotros [Al. en vuestra presencia] las devoran extraños, les habla prometiéndoles cosas mejores: Lavaos, sed limpios: quitad las maldades de vuestras almas. Aprended a hacer el bien [Al. hacer el bien]: buscad el juicio, defended al huérfano, haced justicia a la viuda: y venid, y razonemos, dice el Señor (Ibid. XVI, 17). Así como en Isaías, a quienes había aterrorizado con voz severa, los sostiene con discurso amable: así también 285 en este profeta, a quienes había dicho: La casa de Israel ha caído, no añadirá para levantarse: la virgen de Israel ha errado en la tierra, no hay quien la levante. No les habla, y dice: Casa de Israel, es decir, las diez tribus, buscadme y viviréis: porque en el hecho de que no me buscáis, estáis muertos. Y cuando me busquéis, me encontraréis: y cuando me encontréis, viviréis. Y no busquéis a Betel, donde estaba el becerro de oro, y Gálgala, lugar de idolatría, del cual también dije antes: Toda su maldad está en Gálgala (Oseas IX, 15). Y en Berseba no pasaréis. Hermosamente en Berseba, dice, esto es, al pozo del juramento, no pasaréis: donde si alguna vez erraba la tribu de Judá, solía adorar ídolos. Tanto era el furor de Israel por el culto de los ídolos, que no contento con sus propios ídolos, pasaba a los ajenos. Finalmente, Gálgala, dice, será llevada cautiva, y Betel será inútil, o completamente inexistente, cuando los ídolos en ella sean destruidos. De Berseba no dijo nada; porque vencidas las diez tribus, la ciudad llamada Berseba, que estaba en la tribu de Judá en ese tiempo, no fue capturada ni destruida. Al mismo tiempo, se debe notar que los Setenta intérpretes en el presente lugar interpretaron el nombre de Berseba, diciendo, pozo del juramento, y en los posteriores pusieron el mismo nombre: Vive tu Dios Dan: y vive el camino de Berseba. Pusieron el camino de Berseba, porque de Israel iban en largo viaje a los últimos límites de Judá, que estaban en Gerar, y se unían al desierto egipcio, para adorar ídolos. Es el lugar donde habitó Abraham: y por el hecho de que con Abimelec, dando siete ovejas, juraron en mutuo pacto, fue llamado pozo del juramento, o pozo del séptimo, por el número de las siete ovejas (Génesis XXV): SABE () significa ambas cosas. Pero según las leyes de la alegoría, se ordena a la casa de Israel, es decir, a aquellos que se prometen a sí mismos el conocimiento de Dios, que no busquen a Betel, y no entren en Gálgala, y no pasen, o asciendan al pozo del juramento; sino que más bien busquen a Dios, y vivan en él. Buscan a Betel, que se interpreta como casa de Dios, quienes dicen: Templo del Señor, templo del Señor: y confían en los edificios, de los cuales el Señor hablaba a los discípulos: Vendrán 286 días, en los cuales no quedará piedra sobre

piedra que no sea destruida (Lucas XXI, 6). Y entran en Gálgala, quienes después de la venida de Cristo desean nuevamente ser circuncidados. En Gálgala, en efecto, el pueblo fue circuncidado por segunda vez. De ahí que el lugar mismo recibió su nombre: porque el Señor quitó de ellos el oprobio de Egipto (Josué V). Y en Berseba, dice, o al pozo del juramento no pasaréis: para que no consideréis aquellos límites de Judea, que antiguamente según la letra la Escritura prometía de Dan hasta Berseba: ni digáis más con el profeta: Conocido en Judea es Dios, en Israel grande es su nombre (Salmo LXXV, 1); sino escuchad con los apóstoles: Por toda la tierra salió su voz: y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 4): porque Gálgala, es decir, la circuncisión de la carne, será llevada cautiva por la verdadera circuncisión del corazón: y Betel, que pensáis que es la casa de Dios, no subsistirá, o, como mejor creo, será inútil, es decir, AVEN (): para que no se llame casa de Dios, sino que se llame casa inútil, o del ídolo. De otra manera: Busca a Betel, quien sigue solo la letra que mata, y no busca el sentido, que es Dios, en las palabras: y entra en Gálgala, quien se esfuerza por mayores revelaciones, prometiéndose a sí mismo el conocimiento de las cosas celestiales, y pasa, o asciende al pozo, del cual la samaritana deseaba sacar aguas, que no podían saciar la sed, ignorando a aquel, de cuyo vientre brotan ríos de agua viva para vida eterna (Juan IV).

(Vers 6.) Buscad al Señor, y vivid: no sea que se encienda como fuego la casa de José: y devore, y no haya quien apague Betel. LXX: Buscad al Señor, y vivid: no sea que se encienda como fuego la casa de José: y la devore, y no haya quien apague la casa de Israel. Así como se dice de parte de Dios: Buscadme, y viviréis, así el profeta habla del Señor, para que lo busquen, y vivan. En el hecho de que buscan al Señor, comienzan a vivir: pero si no lo buscan, y por eso no viven, inmediatamente se encenderá como fuego la casa de José, que debido a Jeroboam, que era de la tribu de Efraín y de la casa de José, debemos entender las diez tribus, que se llamaban Israel, y por la mayor parte del pueblo poseían el nombre original. Las dos tribus que eran gobernadas por la descendencia de David, que era de la tribu de Judá, fueron llamadas Judá, y poseían Jerusalén, donde estaba el templo de Dios. Y cuando se haya encendido la casa de José, devorará y consumirá Betel, de la cual 287 dije antes: No busquéis a Betel, y no habrá quien la apague, cuando haya sido incendiada por sus reyes. En lugar de Betel en la LXX se lee casa de Israel, interpretando más el sentido que la palabra, para que, sucediendo el rey Jeroboam, y todos los reyes que le sucedieron en el imperio, ardan las diez tribus, que se llaman Israel. Este es el fuego que se enciende, o resplandece e inflama la casa de José, para que Betel sea consumida, de la cual se dice en otro lugar: Caminad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que encendisteis (Isaías L, 11). Y porque frecuentemente hemos referido la casa de José (debido a Jeroboam, que separó al pueblo de Dios de la descendencia de David, y hizo vacas de oro en Dan y en Betel, y dijo, no tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí [I Reyes XXII, 36]) a la persona de los herejes, que con discurso compuesto, decoran y hermosean, y por así decirlo, han forjado ídolos dorados, y adoran las obras de sus manos, y bajo la especie de vacas se prometen a sí mismos la imagen de la agricultura, se les dice: Buscad al Señor, y vivid, a aquel que dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 16): para que después de haber caminado en él y encontrado la verdad, entonces comiencen a vivir quienes antes estaban muertos. Y si no hacen esto, serán quemados por los ardores del diablo: y no se podrá encontrar ninguno de sus príncipes que, habiendo sido ellos mismos encendidos por el fuego herético, pueda extinguir la llama que todo lo devora, y especialmente Betel, que falsamente se asume el nombre de casa de Dios.

(Vers. 8 y siguientes) Vos que convertís el juicio en ajeno, y dejáis la justicia en la tierra, el que hace el Arcturo y el Orión, y convierte en mañana las tinieblas, y cambia el día en noche. El que llama a las aguas del mar y las derrama sobre la faz de la tierra: el Señor es su nombre.

El que sonríe ante la devastación sobre el fuerte, y trae desolación sobre el poderoso. LXX: El que hace juicio en lo alto y ha puesto justicia en la tierra: el que hace todas las cosas, y transforma y convierte en mañana la sombra de la muerte, y oscurece el día con la noche. El que llama al agua del mar, y la derrama sobre la faz de la tierra: el Señor Dios omnipotente es su nombre. El que divide la destrucción sobre la fortaleza, y trae miseria sobre la fortificación. En este lugar, la edición Vulgata difiere mucho de la verdad hebrea, como el lector prudente entenderá inmediatamente sin nuestra advertencia, a partir de lo que hemos propuesto. Así que expliquemos primero según los hebreos, y luego digamos lo que nos parece en la traducción de los LXX, si Cristo nos lo permite, casa de José, es decir, casa de Efraín, y por tanto la realeza, y Betel, o como los LXX tradujeron, casa de Israel, es decir, tanto los reyes como los pueblos, y los adoradores y los ídolos serán igualmente subvertidos, quienes con juicio inicuo provocaron a Dios a la ira. Y convirtieron la dulzura del juicio en la amargura del ajenjo, que es un tipo de hierba muy amarga, asumiendo la iniquidad y dejando la justicia. Pero cuál es esta justicia, el siguiente verso lo muestra: El que hace el Arcturo y el Orión, y convierte en mañana las tinieblas, y cambia el día en noche. De quien se dijo antes: Formando montes, y creando el viento, y anunciando al hombre su palabra, haciendo la niebla matutina, y caminando sobre las alturas de la tierra: el Señor Dios de los ejércitos es su nombre, él es el Creador del Arcturo que en hebreo se llama CHIMA (), y que Simaco y Teodoción traducen como εἰς πλειάδα, al que comúnmente llaman Bootes: y lo que sigue, Orión, que en hebreo se llama CHASIL (), Simaco lo traduce simplemente como estrellas, Teodoción lo interpretó como vespertino: pero el hebreo, que nos instruyó en las Escrituras sagradas, cree que CHASIL se interpreta como esplendor, y significa generalmente astros brillantes. Cuando escuchamos Arcturo y Orión, no debemos seguir las fábulas de los poetas, y los ridículos y portentosos engaños, con los que incluso intentan infamar el cielo, y colocar la recompensa de la lujuria entre las estrellas, diciendo (Eneida, libro I y III): Arcturo, y las lluvias de las Híades, y los gemelos Triones: Y observa a Orión armado de oro: Pero debemos conocer los nombres hebreos, que entre ellos se llaman de otra manera, y que han sido traducidos a nuestra lengua con los vocablos de las fábulas gentiles, que no podemos entender lo que se dice, sino a través de esos vocablos que hemos aprendido por el uso y el error. Por eso, en el volumen de los Reyes, los griegos tradujeron el hebreo RAPHAIM () como titanes: que es una fábula muy célebre entre los paganos, de la cual escriben en alabanzas de los dioses las gigantomachías, y las armas de Tifón, y el monte Etna colocado sobre Encélado, del cual se dice que Trinacria tiembla con su movimiento. Este Dios, creador de todo, que hace el Arcturo y el Orión, cambia la noche en día y el día en noche, y purifica las aguas amargas del mar suspendidas por el calor etéreo, y las destila en el dulce sabor de las lluvias, como una calabaza medicinal, que con el calor del giro superior, extrae la humedad y la sangre hacia arriba: de lo cual aprendemos de dónde vienen las lluvias. Y lo que sigue: El que sonríe ante la devastación sobre el fuerte, se refiere al tiempo presente, y el orden es: El que es Creador de todo, también amenaza con el cautiverio sobre Samaria, y trae desolación sobre el poderoso: porque convierte el juicio en ajenjo, y deja la justicia en la tierra. Donde dijimos, el que sonríe, Aquila lo interpretó como ὁ μαιδιῶν. Propiamente, μαιδιάμα se dice, lo que podemos llamar una sonrisa, cuando alguien se enoja, y con los labios apenas abiertos simula sonreír, para mostrar la magnitud de su ira. Digamos también según los LXX. Dios hace juicio en lo alto, cuando juzga la verdad, y da a cada uno según su obra: y todo el que desea ser su imitador e hijo, y ser perfecto, como su Padre es perfecto, que mora en el cielo (Mat. V), hace juicio en lo alto, y no imita a aquel juez, que no temía a Dios, y no respetaba al hombre, y con la perversidad de su juicio, no elevaba su sentencia al cielo, sino que la rebajaba a lo bajo (Luc. XVIII). Y lo que sigue: y puso justicia en la tierra, debemos entenderlo según aquello que nos dio a Cristo su justicia, y no la arrojó: sino que la depositó en la tierra, para que, superada toda iniquidad, nos hiciera celestiales de terrenales.

Creo que de este lugar también el poeta gentil se robó, quien al hablar de la simplicidad y felicidad de los campesinos, añadió: *Extrema per illos Justitia, excedens terris, vestigia fecit*. Pero lo que dicen, haciendo todo y transformando, comprenden en una sola palabra el Arcturo y el Orión, descuidando la propiedad de los nombres al traducir al griego. Dios transforma todo, cuando hace de lo terrenal celestial, y da a los hombres la semejanza de los ángeles: cuando la luna resplandecerá con el fulgor del sol, y el sol tendrá una luz séptuple, cuando el hombre animal, débil y corruptible, se transforma en espiritual, fuerte e incorruptible, cambiando la gloria, no la naturaleza: cuando los entendidos brillarán como el resplandor del firmamento, y se cumplirá lo que está escrito: Otra es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, otra la gloria de las estrellas. Porque una estrella difiere de otra en claridad: así también la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 41). Cuando toda criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Este Dios que transforma todo, también cambia la sombra de la muerte en luz (Luc. I): cuando aquellos que estaban sentados en tinieblas y sombra de muerte, vieron una gran luz, y los que eran hijos de la noche y de las tinieblas, se hicieron hijos de la luz, y hijos del día. Este es el Dios que también convierte el día en tinieblas: el día de aquellos que dijeron: Crucificalo, crucificalo (Juan XIX, 6), quita de la tierra a tal: cuando desde la hora sexta, en tipo de la ceguera judía, el día se convirtió en noche. Y no solo según la letra, sino también según una inteligencia más alta, la luz que les nacía en la Ley y los profetas, se convirtió en tinieblas, ignorando, qué leen, qué oyen, para que se cumpla en ellos lo que está escrito: Oscurezcan sus ojos para que no vean: y su espalda siempre encorvada (Sal. LXVIII, 24). Este Dios llama a sí el agua del mar, y la derrama sobre la faz de la tierra, haciendo justos de pecadores. Para explicar esto, pongamos solo un ejemplo por brevedad. El apóstol Pablo, como un torbellino violento y una tempestad feroz, y un abismo del mar hinchado, perseguía, y se esforzaba por oprimir la Iglesia de Dios. Quien llamado por el Señor, fue derramado sobre la faz de toda la tierra, para predicar el Evangelio desde Jerusalén hasta Ilírico, y edificar no sobre el fundamento de otro, donde ya había sido predicado (Rom. XV); sino que se extendiera hasta España, y corriera desde el mar Rojo, más bien desde el Océano hasta el Océano, imitando a su Señor y al sol de justicia, de quien leemos: Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo (Sal. XVIII, 7), para que la tierra desfalleciera antes que su afán de predicar. Este Dios también divide la destrucción sobre la fortaleza, para que aquellos que son malamente fuertes, se hagan débiles, y puedan imitar al Apóstol diciendo: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII). Porque los hijos de este siglo son más prudentes que los hijos de la luz en su generación (Luc. XXVI). La fortaleza del cuerpo es debilidad del alma: y a su vez la fortaleza del alma es debilidad del cuerpo. Por lo tanto, el Señor que dispensa todo con razón, y hace todo con verdadero juicio, divide la destrucción sobre el enemigo fuerte, para traer miseria sobre la fortificación, que se levanta contra el conocimiento de Dios. De la cual también leemos en los Proverbios: El sabio entró en ciudades fuertes, y destruyó la fortificación, en la que confiaban los impíos (Prov. XXI, 22). Esto lo hace no solo contra toda fortaleza secular; sino propiamente contra los herejes, que intentan fortalecer la falsedad de sus dogmas con argumentos y sofismas, y con el arte dialéctico. Pero el sabio hombre la destruye, y ayudado por el auxilio de Dios, muestra que toda fortificación es vanísima, para traer sobre ella miseria, y, inclinada la soberbia, pueda decir con el Apóstol: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24).

(Vers. 10) Odiaron en la puerta al que corregía, y abominaron al que hablaba perfectamente. LXX: Odiaron en las puertas al que reprendía, y abominaron la palabra santa. Estos sobre quienes Dios sonríe ante la devastación, y trae sobre ellos desolación, que son fuertes en el mal, y poderosos para oprimir, odiaron en la puerta, es decir, en el juicio al que corregía: ya

sea a mí, o a otros profetas, que fueron enviados a ellos, y al que hablaba perfectamente, o la palabra inmaculada, como lo interpretó Símaco, o el discurso santo, como lo tradujeron Teodoción y los LXX. En la puerta, según la antigua costumbre judía, estaban los juicios del pueblo, y lo hemos leído a menudo, y lo hemos interpretado frecuentemente, para que ni el agricultor que venía a un juicio se asustara por la multitud de la ciudad y su nuevo aspecto, ni el habitante de la ciudad tuviera que apresurarse lejos de la ciudad, y buscar el transporte de los animales. Esto lo hemos dicho según la letra. Sin embargo, es un gran pecado odiar al que corrige, especialmente si te corrige no por odio, sino por amor, si solo a solas, si con un hermano más, si después en presencia de la Iglesia, para que no parezca que te acusa por deseo de difamar, sino por tu enmienda (Mat. XVIII). A menudo leemos en las Escrituras sobre puertas dobles, de muerte y de vida, de vicios y de virtudes, como aquello en los Salmos: Tú que me levantas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Is. IX, 16); sin duda significa la Iglesia el monte Sion elevado, y la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y la multitud de ángeles: y la Iglesia de los primogénitos, que están inscritos en los cielos. Quien haya sido exaltado en las puertas de Sion, no podrá temer las puertas de la muerte, de las cuales el Señor hablaba a Pedro: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mat. XVI, 18). Las puertas de la virtud se manifiestan claramente en otro salmo: Abridme las puertas de la justicia: entraré por ellas y alabaré al Señor. Esta es la puerta del Señor: los justos entrarán por ella (Sal. XVII, 19). Finalmente, la Sabiduría confiando en las puertas de la ciudad dijo: Mientras los inocentes mantengan la justicia, no se avergonzarán (Sab. VI, 11). Yo creo que las puertas de la ciudad, es decir, del alma que cree en Cristo, son las virtudes, por las cuales Cristo entra en los creyentes. Y como no está escrito en qué puertas odiaron al que corregía, si en las malas, o en las buenas, lo referimos a ambos. En las puertas de los vicios, los pecadores son reprendidos por el profeta, y por eso es detestado por ellos. O ciertamente el profeta mismo está en las puertas y principios de las virtudes, y es odiado por aquellos a quienes corrige, y no basta a los pecadores odiar en las puertas al que reprende, o corrige, sino que abominan la palabra santa que sale de su boca. Porque quien no recibe al profeta, no recibe a quien lo envió (Mat. X). Pero si abominaron la palabra santa, o al que hablaba perfectamente (por cierto, la palabra santa es el Señor Jesús, de quien se dice: No darás a tu santo ver corrupción [Sal. XV, 10]), todos los judíos que dicen anatema a Jesús, abominan la palabra de Dios, que es perfecta y santa e inmaculada. Porque la piedad es abominación para el pecador. Pero todo lo que hemos dicho de los judíos, puede referirse tanto a los gentiles como a los herejes, de los cuales algunos abominan todas las Escrituras sagradas, en las que está la palabra de Dios: otros, mientras entienden perversamente lo que leen, ponen abominación en la Casa de Dios.

(Vers. 11 y siguientes) Por tanto, porque despojáis al pobre, y tomáis de él el botín escogido: casas de piedra cuadrada edificaréis, y no habitaréis en ellas. Plantaréis viñas amantísimas, y no beberéis su vino; porque conozco vuestros muchos crímenes, y vuestros fuertes pecados, enemigos del justo, aceptando sobornos, y oprimiendo a los pobres en la puerta: por eso el prudente en ese tiempo callará, porque el tiempo es malo. LXX: Por tanto, porque golpeabais con el puño a los pobres, y aceptabais de ellos regalos escogidos, casas de piedras labradas edificasteis, y no habitaréis en ellas. Viñas deseables plantasteis, y no beberéis su vino; porque yo conozco vuestras muchas impiedades, y vuestros fuertes pecados: pisoteando al justo, aceptando cambios, y desviando a los pobres en las puertas: por eso el que entiende, en ese tiempo callará, porque el tiempo es malo. No sea que Israel pensara que solo por la idolatría sería entregado a los enemigos para el castigo, añada también las demás cosas que, habiendo perdido la religión de la verdad, cometió. Despojáis, dice, al pobre para quitarle lo que apenas tenía para su sustento, y todo lo que veáis precioso y hermoso, lo entregabais a

vuestros usos. Por lo cual, y del precio de lo que despojabais y quitabais al pobre, edificasteis casas de piedra cuadrada, para que despojando a los hombres, vistierais las paredes con mármoles, las cuales porque las edificasteis de robos, y no solo para habitación y techo, que exige la fragilidad humana, sino para belleza y delicias, siendo sustraídos por el repentino cautiverio, o la muerte, no habitaréis en ellas. También plantasteis viñas amantísimas proveyendo para futuros banquetes, y no beberéis de ellas vino, porque yo conozco todos vuestros crímenes y pecados, y pecados fuertes, que provocaron mi ira. Que sois enemigos de la justicia, o de todo justo, y aceptáis sobornos, y oprimís a los pobres en el juicio. Por eso el pobre y prudente, cuando vea al juez redimido, callará en ese tiempo, porque el tiempo es malo. O ciertamente debe entenderse así: ¿de qué sirve ahora enumerar vuestros pecados con la cautividad cercana, cuando ya no hay remedio, y el ejército enemigo rodea los muros de vuestras ciudades? Podemos decir lo mismo de los herejes, que despojan al pobre, o golpean con mano cerrada su cabeza, pues esto significa en griego κατεκονδύλιζον, según lo que leímos antes, golpeando en la cabeza al pobre. Porque los herejes no golpean sino al pobre, que no puede soportar la amenaza: ni en otros miembros, sino en el principal del corazón y en la verdad de la fe. Creo que los pobres son aquellos que, contentos con una fe simple, no pueden responder a la malicia de los herejes. Pero también todo lo que de buena obra han preparado para los dones de Dios, lo perderán en el tiempo de la lucha y el combate, si no resisten a los adversarios: quienes adversarios con la composición y estructura de palabras edifican para sí casas, para permanecer seguros y protegidos. Pero no habitarán en ellas, cuando sean destruidas y subvertidas por los hombres eclesiásticos. Y no solo edifican casas, sino que también plantan viñas amantísimas y deseables, para mentir sobre los misterios de Cristo; pero no beberán de ellas vino, sino el que es la furia de los dragones incurable. Porque el Señor esperó que estas viñas dieran frutos, y no dieron uva, sino espinas o agracejo: ni juicio, sino clamor, con el que blasfeman contra su Dios con boca insana. Por eso no habitarán en sus casas, y no beberán el vino de las viñas que plantaron, porque el Señor conoce muchas de sus impiedades. Aquí el conocimiento no debe entenderse según aquello que leemos en otro lugar: Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19), sino que nada se oculta a Dios, y conoce todos los secretos de los pecadores. Conozco, dice, muchas impiedades: que no solo son muchas, sino también fuertes, y que oprimen, o pisotean la misma justicia, o al que es justo. Y aceptáis, dice, cambio: por lo cual todos igualmente tradujeron ἐξίλασμα, es decir, propiciación: nosotros dijimos don; ἄλλαγμα según el idioma de las Escrituras significa precio, lo que también leemos en el Evangelio: ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? (Mat. XVI, 26). También los pobres en las puertas desviaron: o como lo interpretó Símaco, oprimieron, para vender la sentencia por precio contra la verdad del juicio, incurriendo en aquello que está escrito: Los regalos ciegan los ojos incluso de los sabios (Deut. XVI, 19). Que aceptan los herejes, para convertir la austeridad de las Escrituras, que anuncian tormentos a los pecadores, en felicidad: y mientras prometen prosperidad a los ricos, solo son crueles y severos con los pobres. Cuando, por tanto, el hombre eclesiástico y prudente y entendido haya conocido que hay muchas impiedades en lo que se llama casa de Dios, y no solo muchas, sino también fuertes, y que pueden oprimir la justicia, y que la rabia de los doctores ha llegado a tal punto, que aceptan precio en el juicio, y hacen todo por sobornos, también evitan a los pobres en las puertas, y desprecian escuchar: que calle en ese tiempo, para no dar lo santo a los perros, y echar perlas ante los cerdos (Mat. VII), que convertidos las pisoteen, e imite a Jeremías diciendo: Solo me senté: porque estoy lleno de amargura (Jer. XV, 17). Y aquello en los Salmos: Soy singular hasta que pase (Is. CXL, 10).

296 (Vers. 14, 15.) Buscad el bien y no el mal, para que viváis, y el Señor Dios de los ejércitos estará con vosotros como habéis dicho: Odia el mal y ama el bien, y establece juicio

en las puertas, si acaso el Señor Dios de los ejércitos se apiade del remanente de José. LXX: Buscad el bien y no el mal, para que viváis, y así el Señor Dios todopoderoso estará con vosotros, como habéis dicho: Odiamos el mal y amamos el bien, y devolved juicio en las puertas, para que el Señor Dios se apiade de los que quedan de José. Decís que Dios está con vosotros porque sois hijos de Abraham; escuchad lo que sigue: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de vuestro padre (Juan VIII, 39). ¿Cuáles son las obras de vuestro padre Abraham? Ama el bien y no el mal. Es un gran pecado no solo hacer el mal, sino también amarlo. Muchos pecan, y una vez saciado el ardor del placer, son mordidos por su conciencia y se arrepienten de su pecado. Pero quien no solo no se duele de haber hecho lo malo, sino que se gloria en su crimen, cumple aquello que está escrito: El pecador, cuando llega al fondo de la impiedad, desprecia (Prov. XVIII, 3). Buscad, pues, el bien y no el mal. Porque si buscáis el bien, al buscar el bien, inmediatamente rechazáis el mal. Nunca buscaríais el bien si no rechazaseis primero el mal, cumpliendo las palabras del Salmista que dice: Apártate del mal y haz el bien (Sal. XXXVI, 27). Y cuando hayáis buscado el bien y evitado el mal, entonces viviréis en aquel que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6). Busca el bien quien cree en aquel que en el Evangelio dice: Yo soy el buen pastor (Ibid., X, 11). Rechaza el mal quien huye de aquel de quien está escrito: El mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 16). Y en la oración del Señor dice: Líbranos del mal (Mat. VI, 13). Y cuando hayáis buscado, dice, el bien y no el mal, y hayáis vivido, entonces el Señor Dios de los ejércitos estará con vosotros, como habéis dicho que está con vosotros porque sois descendientes de Abraham. No basta buscar el bien y no buscar el mal, a menos que tengáis ἐπιείκῃσιν en 297 ambos, para que primero odiéis el mal, luego améis el bien. Odia el mal quien no solo no es vencido por el placer, sino que odia las obras del placer: y ama el bien quien no hace lo que es bueno a regañadientes, por necesidad o por temor a las leyes; sino porque es bueno, para tener como recompensa de la buena obra su conciencia [Al. su conciencia], y el amor que posee hacia el bien. Por eso también el apóstol dice: Dios ama al dador alegre (II Cor. IX). No toda limosna agrada a Dios, sino la que se da con alegría. Y cuando odiéis el mal y améis el bien, estableced juicio en las puertas, de lo que se ha dicho antes, para que, expulsada la iniquidad, regrese la verdad. Y si hacéis esto, tal vez el Señor Dios todopoderoso se apiade de los restos de José de la tribu de Efraín y de las diez tribus, y puedan escapar del cautiverio. Todo esto también puede aplicarse a los herejes, para que, abandonando el error que han inventado, regresen a la Iglesia, odien las doctrinas anteriores, amen la verdad en la Iglesia del Señor, y ejerzan verdadero juicio en las puertas de los vicios y virtudes, dejando aquellas y pasando a estas, y esperen misericordia quienes puedan escapar de las fauces del diablo. Según los LXX, cambiando el orden, se puede hacer más clara la lectura del presente capítulo: Como habéis dicho, odiamos el mal y amamos el bien, así buscad el bien y no el mal, para que viváis, y como el Señor Dios todopoderoso está con vosotros, y devolved juicio en las puertas, para que el Señor Dios todopoderoso se apiade de los restos de José.

(Vers. 16, 17.) Por eso dice el Señor Dios de los ejércitos, el dominador: En todas las calles habrá llanto, y en todos los lugares exteriores se dirá ay, ay. Y llamarán al agricultor al duelo, y al llanto a los que saben llorar. Y en todas las viñas habrá llanto: porque pasaré en medio de ti, dice el Señor. LXX: Por eso dice el Señor Dios todopoderoso: En todas las calles habrá llanto: y en todos los caminos se dirá ay, ay. Se llamará al agricultor al duelo, y al llanto a los que saben lamentarse, 298 y en todos los caminos habrá llanto: porque pasaré por medio de ti, dice el Señor. Os mandé que buscarais el bien y no el mal, para que vivierais, y el Señor estuviera con vosotros. Y de nuevo lo he dicho (para que no digáis que solo os advertí una vez): Odiad el mal, y amad el bien y restableced el juicio en las puertas, que odiasteis al que corrige en la puerta, para que el Señor se apiade de los restos de José: y porque no quisisteis hacerlo, pisoteando mis mandamientos, y volvisteis la espalda hacia mí: por eso dice el Señor

Dios todopoderoso, que es el Señor de los ejércitos: en todas partes habrá llanto, en todas partes tristeza. Se llamará a los agricultores al duelo, y a los que saben cantar al modo de la provincia para provocar lágrimas, para que no solo en todas las calles, como se ha dicho antes, sino en las viñas haya llanto y duelo; donde antes había motivo de alegría, sea origen de lágrimas. Y todo esto sucederá, porque pasaré, dice, en medio de ti. La palabra hebrea, pasaré, que en su lengua se dice EEBOR (), siempre que se pone en las Escrituras santas en persona de Dios, debe tomarse como castigo, para que no permanezca entre ellos; sino que pase y los deje. Por eso en otros lugares, según la interpretación de Aquila, cuando Dios se enoja, llama a su furia e ira ἀνυπερθεσίαν, que todo esto puede referirse a los herejes, para que, porque no quisieron hacer aquellas cosas que son justas, haya llanto en todas sus calles. Porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mat. VII): y cada uno de los herejes y gentiles en sus arenas y ficciones tienen calles, a las que consecuentemente se añade: Y en todos los lugares exteriores se dirá, ay, ay. Porque quienes estén en la Iglesia, no oirán ay, que es el último de los castigos; pero si acaso pecan, se tomará sobre ellos el lamento. Por eso se dirá fuera o en todos los caminos, ay, ay: porque no tienen un solo camino que lleva a la vida, y que es el camino real, sino caminos torcidos y perversos, y que se desvían a la derecha y a la izquierda, mientras 299 no escuchan al Señor diciendo: No seas demasiado justo. Y: Son perversos los caminos que están a la izquierda. Y caen en un doble ay, de la carne y del espíritu, de este siglo presente y del futuro. Mientras que, por el contrario, los eclesiásticos oyen: Alegraos, otra vez os digo, alegraos (Filip. IV, 4). Pero también se llama al agricultor al duelo (porque los herejes tienen sus agricultores, en cuyos campos nacen abrojos y espinas), y al llanto se llama a los que saben llorar, ya sea por sus propios pecados o por los ajenos; aunque también 300 podemos tomar esto en un buen sentido, para que el hombre eclesiástico y capaz de provocar al arrepentimiento, imite a su Señor diciendo: Lamentamos, y no llorasteis (Luc. VII, 32), y llore por los herejes [Al. hereje], como Samuel lloró por Saúl, rey de Israel (I Reg. XV). Y el Apóstol dice que llora por aquellos que no han hecho penitencia (II Cor. XII). También en todas las viñas habrá llanto, porque las viñas de Sodoma son sus viñas. Y en lugar del vino de alegría, que alegra el corazón del hombre, han traído vino de dragones y furia de áspides incurable. Y todo esto sufrirán; porque el Señor pasará por medio de ellos, para que no habite entre ellos, ni diga: Habitaré en ellos, y caminaré entre ellos. Y: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20).

(Vers. 18-20.) Ay de los que desean el día del Señor, ¿para qué os servirá? Ese día del Señor es tinieblas, y no luz: como si un hombre huye de la cara de un león, y le sale al encuentro un oso, y entra en casa, y apoya su mano sobre la pared, y le muerde una serpiente. ¿No es tinieblas el día del Señor, y no luz? oscuridad, y no esplendor en él? LXX: Ay de los que desean el día del Señor, ¿para qué os servirá ese día del Señor? Y es tinieblas, y no luz. Como si un hombre huye de la cara de un león, y le sale al encuentro un oso, y entra en casa y apoya sus manos sobre la pared, y le muerde una serpiente. ¿No es tinieblas el día del Señor, y no luz? y oscuridad, y no tiene esplendor. Para que el profeta de la tribu de Judá, los tecuitas, no pareciera descuidar por completo a los hombres de su tribu, y dirigir su discurso solo a las diez tribus, ahora dirige su discurso profético a ambos reinos; es decir, a Judá e Israel, lo cual se puede entender por muchas cosas, pero especialmente por lo que sigue: Ay de los que están opulentos en Sion, y confían en el monte de Samaria, 301 puede entenderse: Ay, pues, de Judá e Israel que dicen: Que venga el día, que venga el cautiverio predicho, siempre que lo que prometen los profetas, también el tiempo de la restitución siga. Porque no hay tanto mal en la injuria del cautiverio, como bien en lo que el Señor promete después del cautiverio: a quienes el profeta respondió, en vano esperan lo que sucederá mucho tiempo después, en la venida del Hijo de Dios después de setenta años de cautiverio babilónico, que serán seguidos

por devastación, pobreza e innumerables miserias. Porque, dice, huyendo de la cara de Nabucodonosor el león, les saldrá al encuentro Asuero bajo quien se narra la historia de Ester, o, destruido el imperio de los asirios y caldeos, se levantarán los medos y persas. Y cuando, reinando Ciro, hayáis regresado, y por orden de Darío, hayáis comenzado a edificar la casa del Señor, y toda vuestra confianza esté en el templo: de modo que descanséis en él, y apoyéis las manos cansadas sobre las paredes: entonces vendrá Alejandro, rey de los macedonios, o Antíoco, llamado Ἐπιφανής, que morará en el templo, y os morderá como una serpiente, 302 no fuera en Babilonia, y en Susa, sino dentro de los límites de la tierra santa [Al. vuestra]. Con lo cual se prueba que el día que deseáis no es de luz y alegría, sino de tinieblas y tristeza. Esto lo hemos dicho brevemente según la historia, para no dejar completamente intacta la opinión de los judíos. Sin embargo, no hay duda de que todos los nuestros entienden el día de las tinieblas como el día del juicio, del cual también escribe Sofonías: Cercano está el día del Señor, grande y cercano está y muy veloz: la voz del día del Señor es amarga y dura (Sofon. I, 14). E Isaías: He aquí que viene el día del Señor incurable, de furia e ira, para poner el mundo desierto, y perder a los pecadores de él (Isai. XIII, 9). Al mismo tiempo, se sacude la confianza de los soberbios, que, para parecer justos ante los hombres, suelen esperar el día del juicio, y decir: Ojalá venga el Señor, ojalá nos sea permitido disolvernos y estar con Cristo (Filip. I), imitando al fariseo que en el Evangelio decía (Luc. XVIII, 11, 12): Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, 303 raptos, injustos, adúlteros, y como este publicano. Ayuno dos veces a la semana: doy diezmos de todo lo que poseo. Porque de esto mismo que desean el día del Señor, y no temen, son juzgados dignos de castigo, porque ningún hombre está sin pecado, y las estrellas son impuras ante él (Job XXV). Y ha concluido todo bajo pecado, para que de todos tenga misericordia [Al. tenga misericordia] (Galat. III). Como, pues, nadie puede juzgar el juicio de Dios, y también daremos cuenta de cada palabra ociosa [Al. somos] (Mat. XII): y Job ofrecía sacrificios diariamente por sus hijos, no sea que pensarán algo perverso contra el Señor (Job I), ¿qué temeridad es escuchar con los corintios: Sin nosotros reináis [Al. reinasteis]: y ojalá reinaseis, para que también nosotros reinásemos con vosotros (I Cor. IV, 8). Ciertamente, si incluso su propia conciencia no los remordiera, deberían haber imitado a Pablo diciendo: ¿Quién 304 se escandaliza, y yo no me quemo (II Cor. II, 29)? y estar preocupados por todos, no sea que, como amantes de sí mismos, para que ellos reinen, deseen los tormentos de otros [Al. deseen]: como si alguien quisiera que su patria fuera capturada y su ciudad destruida, para disfrutar solo de la amistad de los vencedores. Solemos decir en angustias y tribulaciones: ojalá me fuera permitido salir del cuerpo, y ser liberado de las miserias de este mundo, sin saber que mientras estemos en esta carne, tenemos lugar para el arrepentimiento: si, sin embargo, nos vamos, escucharemos aquello del Profeta: En el infierno, ¿quién te confesará? (Sal. VI, 6). Esta es la tristeza del mundo, que lleva a la muerte, por la cual el Apóstol no quiere que perezca aquel que había fornicado con la esposa de su padre (I Cor. V), por la cual también pereció Judas el infeliz, quien, absorbido por una tristeza más abundante, unió el homicidio a la traición (Mat. XXVII), y el homicidio peor que todos los homicidios: para que donde pensaba encontrar remedio, y la muerte por ahorcamiento el fin de los males, allí encontrara al león, al oso y a la serpiente. Con estos nombres me parece que se significan o diversos castigos, o el mismo diablo, que con razón se llama león, oso y serpiente. Y cuando pensamos escuchar a Isaías diciendo: Ve, pueblo mío, entra en tus aposentos: cierra la puerta, escóndete un poco hasta que pase la ira del Señor (Isai. XXVI, 20), y estar como en nuestra casa, como en el infierno descansar: entonces nos morderá la serpiente que en el presente lugar Nahas, en Job se llama Leviatán. De cuya 305 naturaleza y terror múltiple aprendemos más plenamente en el mismo volumen. En la oscuridad y tinieblas que son contrarias a la luz y al esplendor, se explica la diversidad de tormentos.

(Vers. 21, 22.) Odio y rechazo vuestras festividades, y no aceptaré el olor de vuestras asambleas. Aunque me ofrezcáis holocaustos y vuestros dones, no los aceptaré, y no miraré las ofrendas de vuestros pingües. LXX: Odio y he rechazado vuestras festividades, ni oleré en vuestras reuniones. Y si me ofrecéis holocaustos y sacrificios, no los aceptaré, y no miraré la ofrenda de vuestra presencia: Esto se dice propiamente contra la tribu de Judá y aquellos de Israel que habían emigrado a las ceremonias de Dios, y sin embargo no se apartaban de los lugares altos, y adoraban ídolos, y con la magnitud de sus pecados contaminaban los sacrificios de Dios. Nunca creo que haya dicho esto de las ofrendas de los becerros, que ofrecían en Dan y Betel: si me ofrecéis holocaustos y vuestros dones, no los aceptaré. Dios odia y no solo odia; sino que también rechaza sus festividades, que huyen del león y se encuentran con el oso, y entran en casa, y son mordidos por la serpiente, porque no celebran las festividades de Dios, sino sus propias festividades, diciendo el Señor: Odio y rechazo vuestras festividades. Y no acepta el olor de su reunión, ni lo tiene como olor de buena fragancia, y detesta todos sus dones, y no mira sus ofrendas más pingües. Esto no solo sucederá a los hombres de ese tiempo, sino también a nosotros si cometemos cosas similares, y pensamos ofrecer a Dios lo que hemos adquirido con robos, perjurios y crímenes, y redimir nuestros pecados, cuando hemos leído que Zaqueo devolvió cuadruplicado todo lo que había robado, y ofreció la mitad de lo que había adquirido bien (Luc. XIX). Porque no podía ofrecer en las ofrendas de Dios lo que había adquirido mal, a menos que primero lo devolviera a sus dueños, y luego cumpliera lo que está escrito: Honra al Señor con tus justos trabajos (Prov. III, 9); y: La redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8): porque Dios no acepta votos de la paga de una prostituta (Deut. XXIII). Por el contrario, el justo puede decir: Que mi oración se dirija como incienso ante ti (Sal. CXL, 2). La oración de Judas el traidor se convirtió en 306 pecado: porque no tenía buen olor; sino que decía con su obra: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices, a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). Todo esto también podemos decir de los herejes, que mientras huyen del león, se encuentran con el oso, y entran en la casa, que creen que es la Iglesia de Dios, se apoyan en las paredes que ellos mismos han hecho, y son mordidos por la serpiente, cuya luz y día son arrebatados por las tinieblas y la oscuridad, de modo que las tinieblas son palpables, y sus primicias son asesinadas. Dios odia sus sacrificios, y los rechaza, y siempre que se reúnan en nombre del Señor, detesta su hedor, y cierra sus narices. Odiar, rechazar y no oler, habla en similitud humana, para que conozcamos el afecto de Dios con nuestras palabras. Y si ofrecen holocaustos, o parecen ayunar, dar limosnas, prometer castidad, que son los verdaderos holocaustos, el Señor no los acepta, ni se digna mirar sus ofrendas más pingües. Porque no juzga la magnitud de los sacrificios, sino los méritos y causas de los oferentes. Por eso 307 también la viuda, que en el Evangelio (Luc. XXI) echó dos moneditas en el arca, es preferida por el Salvador a todos los que creían ofrecer ofrendas más pingües y sacrificios medulares, dando poco de mucho: mientras que ella ofreció todo lo que tenía. Esto se dice más claramente y verdaderamente después de la venida del Señor al pueblo de los judíos, que con el templo y el altar destruidos, creen que ofrecen sacrificios: cuyas festividades Dios odia y rechaza, y no acepta el olor de su reunión, cuando reunidos dicen: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6); y: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). Y si ofrecen holocaustos en las sinagogas, y dones en los concilios de Satanás, y ofrendas más pingües, el Señor no las mira, como no miró las ofrendas de Caín (Gén. IV). Que bien adoran a un solo Dios, y ofrecen correctamente; pero en eso no son mirados, porque no dividen en Padre, Hijo y Espíritu Santo la confesión. Nuestras ofrendas, es decir, de la Iglesia, que ofrecemos de nuestras primicias, Dios las mira, como miró una vez los sacrificios de Abel.

304 (Vers. 23.) Aparta de mí el tumulto de tus cánticos, y no escucharé las canciones de tu lira. LXX: Aleja de mí el sonido de tus cánticos, y no escucharé el salmo de tus instrumentos. Llama tumulto a los hermosos cánticos de los levitas, con los que alababan a Dios, y sonido confuso; porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, y acostumbraban ofrecer lo mismo a los ídolos (Ecles. XV). La oración y los salmos de los judíos, que cantan en las sinagogas, y la alabanza compuesta de los herejes, son tumulto para el Señor, y, por así decirlo, gruñidos de cerdos y clamor de asnos, a cuyos cantos se comparan más bien las obras de Israel. El salmo y los cánticos, la lira y los instrumentos, tómalo ya sea literalmente en el pueblo de Israel, que antiguamente se hacían en imagen de lo futuro, o espiritualmente en nosotros y en los herejes, que si los dirigimos con buenas obras, son escuchados por el Señor: si con malas, cierra sus oídos, no se digna escuchar los cánticos de los impíos.

(Vers. 24.) Y se revelará como agua el juicio, y la justicia como un torrente fuerte. LXX: Y rodará como agua el juicio, y la justicia como un torrente inaccesible. Así como el agua si fluye hacia abajo, lo que antes cubría, desnuda, y lo hace visible a los ojos de todos: así el juicio de Dios y la justicia, que juzgó a su pueblo en otro tiempo, será evidente para todos, y se llevará como un torrente fortísimo. Todo lo que arrastre, lo lleva consigo, y no permite que se le resista. Según los Setenta, el juicio de los malvados rueda como agua; porque no se mantiene en una sola sentencia; sino que es llevado por todo viento de doctrina, desaprobando lo que había aprobado, y considerando como nada lo que antes había alabado. Sus justificaciones no se comparan con ríos y fuentes purísimas, sino con torrentes turbios y cenagosos, que no tienen sus propias aguas; sino que las recogen de las rocas y zarzas. Quien quiera atravesarlos, será inmediatamente arrastrado al precipicio, y con los pies trastornados, no podrá decir: Puso mis pies sobre la roca (Sal. CXXIII, 5): pues pisa sobre arenas, que no tienen fundamento, y cuando esté en peligro, dirá según los hebreos: El torrente pasó sobre mi alma (Sal. XXXIX, 3). Por el contrario, leemos de los justos, cuyo juicio no rueda como agua, y la justicia no se lleva como un torrente inaccesible: Los pensamientos de los justos son juicios (Prov. XII, 5).

(Vers. 25, seqq.) ¿Acaso me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto durante cuarenta años, casa de Israel? Y llevasteis el tabernáculo de vuestro Moloc, y la imagen de vuestros ídolos, la estrella de vuestro dios, que os hicisteis. Y os haré migrar más allá de Damasco, dijo [Vulg. dice] el Señor: Dios de los ejércitos es su nombre. LXX: ¿Acaso me ofrecisteis sacrificios y víctimas en el desierto durante cuarenta años, casa de Israel, y tomasteis el tabernáculo de Melcom, y la estrella de vuestro dios Repham, las figuras que os hicisteis? Y os trasladaré más allá de Damasco, dice el Señor: Dios todopoderoso es su nombre. De este lugar aprendemos que todos los sacrificios y ofrendas que Israel ofreció en el desierto, no los ofrecieron a Dios, sino a Moloc, su rey, cuyo tabernáculo llevaron, y veneraron la imagen de sus ídolos y estatuas. Y cuál es esa imagen o ídolo, lo demuestra en el siguiente discurso: La estrella de vuestro dios, que en hebreo se llama CHOCAB, es decir, Lucifer, a quien los sarracenos hasta ahora veneran. Por esta razón, el Señor los hizo migrar más allá de Damasco, es decir, a los asirios y caldeos: cuya omnipotencia se demuestra por el hecho de que es el Señor Dios de los ejércitos. Preguntamos cómo no ofrecieron sacrificios y ofrendas a Dios en el desierto, sino a su rey, a quien llaman Lucifer. Desde el momento en que transformaron el oro en la cabeza de un becerro, diciendo: Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto (Éxodo III, 24), todo lo que hicieron, no lo hicieron para Dios, sino para los ídolos. Y lo que después leemos que ofrecieron algunas cosas al Señor, no lo hicieron por voluntad, sino por miedo a los castigos, y a la muerte de aquellos que cayeron por los ídolos: pero el Señor no mira lo que se ofrece, sino la voluntad de los que ofrecen. Finalmente, dondequiera que hubo ocasión, siempre volvieron [Al. se movieron] de corazón a

Egipto, deseando ajos y cebollas, y pepinos y carnes egipcias, y despreciando el maná que fue dado del cielo (Núm. XI). Para que lo entendamos así, Esteban, el primer mártir del Evangelio, digno de su nombre, narra en la historia de los Apóstoles: E hicieron un becerro en aquellos días, y ofrecieron sacrificio al ídolo, y se regocijaron en las obras de sus manos. Pero Dios los volvió, y los entregó a servir al ejército del cielo, como está escrito en el libro de los Profetas: ¿Acaso me ofrecisteis víctimas o sacrificios durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel? Y tomasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Rhemphan, las figuras que hicisteis para adorarlas, y os trasladaré más allá de Babilonia (Hechos VII, 41 y ss.). No debe pensarse que el primer mártir se equivocó, que [Al. porque] en lugar de lo que está escrito en el profeta: más allá de Damasco, dijo, más allá de Babilonia. Más bien puso la inteligencia que la palabra, porque fueron llevados más allá de Damasco a Babilonia, o más allá de Babilonia. En el lugar donde Lucas puso Μολὸχ, en hebreo está escrito MELCHECHEM (): Aquila y los LXX tradujeron Μολχὸμ: Symmachus y Theodotion, vuestro rey. En lugar de lo que se lee en los Setenta como Rephan; Aquila y Symmachus, traduciendo el mismo hebreo, pusieron CHION (), Theodotion ἀμαύρωσιν, es decir, oscuridad. Nuevamente, en lugar de SOCHOTH (), Aquila συσκιασμοὺς, es decir, tabernáculos: Symmachus y los Setenta, tabernáculo: Theodotion tradujo, visión. Y esto debe observarse en todas las Escrituras sagradas, que los apóstoles y los hombres apostólicos al poner testimonios del Antiguo Testamento, no consideran las palabras, sino el sentido: ni siguen las mismas huellas de las palabras, siempre que no se aparten de los sentidos. Todo lo que se dice literalmente contra el pueblo de los judíos, refiérela a aquellos que bajo el nombre de Cristo veneran ídolos, y confabulan para sí dogmas perversos, llevando el tabernáculo de su rey el diablo, y la imagen de sus estatuas e ídolos. No adoran un solo ídolo; sino que por la variedad de doctrina adoran a diversos dioses, y la estrella de su dios (II Cor. XI). Que siendo ángel de Satanás, se transfigura en ángel de luz, y cae del cielo como un rayo (Luc. X), e imita a Cristo el Anticristo. Y añadió bellamente, que os hicisteis para vosotros. No los recibieron de Dios; sino que los inventaron de su propia mente. Por lo cual el Señor los hará migrar más allá de Damasco, para que no beban la sangre del Señor; sino que pasen a Babilonia, y escuchen por el profeta: Copa de oro es Babilonia, embriagando a todas las naciones (Jer. LI, 7). Damasco, como hemos dicho a menudo, se interpreta como bebedor de sangre, o sangre de cilicio, para que por la penitencia seamos provocados a beber la sangre del Señor.

(Cap. VI.---Vers. 1.) ¡Ay de los que son opulentos en Sion, y confían en el monte de Samaria, los principales, cabezas de los pueblos, que entran pomposamente en la casa de Israel! LXX: ¡Ay de los que desprecian a Sion, y confían en el monte de Samaria: vendimiaron las primicias de las naciones, y entraron para sí mismos! A Sion, como dijimos antes, y al monte de Samaria, es decir, a las dos tribus, que se llamaban Judá, y a las diez, que se llamaban Israel, se dirige el discurso del profeta, especialmente a aquellos que en ambos pueblos son los principales y príncipes, y se entregan a los placeres a ejemplo de aquel rico vestido de púrpura, que se regocijaba en el banquete, y se elevaba a tal soberbia, que se indignaba de ver a Lázaro lleno de llagas ante su puerta, y ni siquiera le concedía lo que caía de la mesa (Luc. XVI). Estos son las cabezas de los pueblos, que confían en las riquezas, y son opulentos en Sion, y tienen confianza en el monte de Samaria, y entran pomposamente en la casa de Israel, para que el orgullo del alma lo muestre el cuerpo, y parezcan ser semejantes a los desfiles de pompas. Según las leyes de la tropología y los intérpretes de los Setenta, Sion se refiere a la Iglesia, de la cual leemos escrito: El que me exalta de la puerta de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Sal. IX, 15). El monte de Samaria, por la soberbia y jactancia de la custodia de los mandamientos de Dios, se entiende sobre los herejes, que desprecian a la Iglesia; porque Dios eligió lo débil del mundo para confundir a

los fuertes, y lo necio para destruir la sabiduría de los sabios, y reprobando la inteligencia de los prudentes (I Cor. I). Estos vendimiaron las primicias de las naciones, para introducirlos bajo el nombre cristiano en sus lagares, donde no se pisa la uva, sino que se pierde: donde no se exprime mosto, sino veneno. Y entraron para sí mismos. Bellamente dijo, para sí mismos: pues no entraron para Dios, sino que entraron para sí mismos. De lo contrario, más bien salieron de Dios, al apartarse de la Iglesia. Y lo que sigue, Casa de Israel, según los Setenta, debe leerse al principio del siguiente capítulo; según los hebreos, al final de este, que hemos expuesto.

LIBRO TERCERO.

309-310 De manera desordenada y confusa comenzamos y, con la ayuda de Cristo, completaremos la obra de los doce profetas. No desde el primero hasta el último, según el orden en que se leen, sino como pudimos, y como se nos pidió, así los discutimos. A Naum, Miqueas, Sofonías y Ageo, primero los dirigí a las más laboriosas Paula y su hija Eustoquio: en segundo lugar, en Habacuc, dediqué dos libros al obispo Cromacio de Aquilea: en tercer lugar, después de un largo silencio, expliqué Abdías y Jonás a ti (Pamaquio) que lo ordenaste: en el presente año, que lleva el nombre en los fastos del sexto consulado de Arcadio Augusto y Anicio Probo, interpreté al profeta Zacarías al obispo Exuperio de la Iglesia de Tolosa, y a Minervio y Alejandro, monjes de la misma ciudad, al profeta Malaquías. Inmediatamente regresando al principio del volumen, no pude negarte a Oseas, Joel y Amós. Y después de una gravísima enfermedad del cuerpo, mostré mi temeridad con la rapidez de dictado: para que lo que otros no se atreven a escribir, a menudo volviendo el estilo, yo lo confiara al azar, que siempre sigue a los que dictan, y hace un riesgo de audacia sobre el ingenio y la doctrina: ya que, como he testificado a menudo, no puedo soportar el trabajo de escribir con mi propia mano, en la explicación de las Sagradas Escrituras, no se busca palabras compuestas y adornadas con flores oratorias, sino la erudición y la simplicidad de la verdad.

(Vers. 2 seqq.) Pasad a Calne y ved: y de allí id a la gran Emat, y descendere a Get de los filisteos: a los mejores reinos de estos, si su territorio es más extenso que el vuestro. Vosotros que os apartáis para el día malo, y os acercáis al trono de la iniquidad. Vosotros que dormís en camas de marfil, y os entregáis a la lujuria en vuestros lechos: que coméis corderos del rebaño, y terneros del medio del ganado: que cantáis al son del salterio. Como David pensaron tener instrumentos de canto, bebiendo vino en copas, y ungidos con el mejor ungüento, y no sufrían por la ruina de José. LXX: Casa de Israel, pasad todos y ved en Calne, y pasad de allí a la gran Emat, y descendere a Get de los extranjeros, los mejores de todos estos reinos, si sus límites son más amplios que los vuestros, vosotros que venís al día malo, que os acercáis y tocáis los sábados de mentira. Vosotros que dormís en camas de marfil, y os deleitáis en vuestros lechos, y coméis cabritos de los rebaños, y terneros lactantes del medio del ganado, que tocáis al son de los instrumentos: como si fueran estables pensaron, y no como fugitivos; que bebéis vino clarificado, y os ungís con los primeros ungüentos, y no sufríais por la ruina de José. Pasad todos a Calne, que ahora se llama Ctesifonte, y pasad todos. ¿Quiénes son todos estos? Aquellos de los que se dijo antes: Los nobles, las cabezas del pueblo, y vosotros que sois ricos en Sion, y confiáis en el monte de Samaria. Vosotros, pues, pasad a la ciudad de Persia, y observad diligentemente, y de allí id a la gran Emat, que ahora se llama Antioquía. La llama grande para distinguirla de la pequeña Emat, que se llama Epifanía. De donde hasta hoy, para los que van a Mesopotamia, la primera parada se llama Emmas, con el nombre corrompido; pero conservando vestigios del nombre original, cuya región se llama Reblata, en la cual, en presencia de Nabucodonosor, los hijos del rey de Judá (o Judá) Sedequías fueron asesinados, y sus ojos cegados. Y descendere, dice, a Get de los

filisteos (IV Reyes 25). Vosotros que habitáis en el monte Sion, y en el monte de Samaria, descender a los filisteos, que habitan en las llanuras, y a los mejores reinos de estos, que están sujetos a diversas ciudades, Gaza y Ascalón, Azoto, Acarón, y Get, y ved si su territorio es más amplio que el vuestro, si vosotros o ellos poseéis provincias más grandes: vosotros, digo, vosotros del pueblo de Israel, que estáis apartados para el día malo, es decir, el día de la cautividad, y os acercáis al trono de la iniquidad, yendo al juez injusto, el rey de Babilonia. Que aunque vais a sufrir estas cosas, ahora dormís en camas de marfil, y os entregáis a la lujuria en lechos blandos, para unir el sueño con la lujuria. Que coméis no para saciar el hambre, y para sustentar el cuerpo humano; sino por delicias y lujo, para que todo lo que en los rebaños y en el ganado es tierno y gordo, lo preparéis para vuestra gula: a quienes no les basta la lujuria del vientre, y del paladar, y del estómago ardiente con alimentos, si no también con los cantos de flautas y salterios y liras acariciáis vuestros oídos, para que lo que David hizo en culto a Dios (1 Crónicas XXIII-XXVI), encontrando las órdenes de los levitas, y las variedades de los instrumentos, vosotros lo llevéis al placer y al lujo. Y bebéis vino en copas, no para saciar la sed, sino para oprimir el ánimo. Y os ungís, no para mitigar los trabajos del cuerpo con aceite purísimo, sino con ungüentos carísimos. Y aunque abundáis en estas cosas, si veis a algunos perecer del pueblo, no os conmovéis con misericordia por su destrucción, sino que los despreciáis como animales brutos, y perecen en su propia sangre como bestias. Este mismo sentido también lo pone el profeta Ezequiel bajo el ejemplo de los pastores: Que comen la leche de las ovejas, y se visten con su lana, y devoran lo mejor, y no sanan a las heridas, no fortalecen a las quebradas, no buscan a las que perecen (Ezequiel XXXIV, 3, 4). Todo lo que hemos dicho según la verdad de la historia, según los Setenta intérpretes, trasladémoslo al misterio de la alegoría. Casa de Israel, que te apartaste de mí, que confías en el monte de Samaria, que cosechaste las primicias de las naciones, pasa, y ve, y avanza hacia los muchos muros, pues eso significa Emat Rabba: y de allí desciende clementemente al lugar de aquellos que caen bebiendo: pues Get y Filisteos resuenan esto. Y contempla todo, especialmente los mejores reinos, o las mejores ciudades de todos los reinos: y considera si sus límites son más numerosos que los vuestros. Pues si queremos tratar con la mente, y discutir la filosofía de todas las naciones, de los egipcios, indios y persas, encontraremos que sus límites son más estrechos que los límites de las santas Escrituras: Porque en toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII). A estos a quienes se les dijo antes: Casa de Israel, pasad todos y ved, de qué vicios se les ordena pasar a cosas mejores, el siguiente discurso lo describe: Que vienen al día malo, preparándose para sí mismos el día malo con su vicio: no porque haya algún día malo; sino porque cada uno se prepara el mal, según lo que leemos en el Eclesiastés: No digas, los días anteriores eran mejores para mí que estos: porque no preguntas con sabiduría sobre esto (Eclesiastés VII, 11): pues es necio referirlo a los tiempos, cuando está en nuestro poder hacernos un día bueno o malo. Estos son los que se acercan y tocan los sábados de mentira. Pues así como se llama circuncisión de la carne, y circuncisión del corazón, y hay judíos en lo manifiesto, y en lo oculto, de los cuales uno es rechazado, y el otro aprobado: así hay sábados del Señor santos, y basados en la verdad, y otros no santos y mentirosos, que siguen el ocio de la letra que mata. Lo que sigue: que dormís sobre lechos de marfil, así podemos interpretarlo: Quien es atleta del Señor, y se ejercita para la lucha, y se prepara contra los poderes adversarios, duerme en el suelo desnudo imitando a Jacob (Génesis XXVIII); y se pone una piedra bajo la cabeza, que los constructores rechazaron, y se convirtió en la piedra angular (Salmo CXVII, y Hechos IV). Pero los que se entregan a los placeres y al lujo, y hacen todo por causa del vientre, duermen en lechos de marfil de animal muerto, y se adhieren a huesos inmundos; y porque los vicios parecen hermosos, y deleitan con su brillo presente, descansan en sus lechos, y son oprimidos por un sueño pesadísimo. Estos no comen alimento sólido y atlético, del cual se fortalecen las fuerzas de los luchadores, sino blando, y

tierno y de las partes siniestras: como son los cabritos de los rebaños y los terneros cebados, y tiernos, más bien aún alimentados con leche: pues esto significa *μοσχάρια γαλαθηνά*. También aplauden con las manos al son de los instrumentos y el sonido, para que todas sus obras esperen el placer: y no hacen nada sino lo que procuran para el vientre y la lujuria. Y no nos oponga inmediatamente el lector prudente aquello, y cómo está escrito: Los ríos aplaudan con las manos (Salmo XCVII, 8). Y: Todas las naciones, aplaudid con las manos (Salmo XLVI, 1). Y: Aclamad a Dios, nuestro protector (Salmo LXXX, 1). Pues allí no se dice que aplaudan al son de los instrumentos; sino que tengan un consenso en la alabanza de Dios. Después de la voz de los instrumentos añadió: como si fueran estables pensaron, y no como fugitivos. Pues las cosas del mundo, y todos los cuerpos, según Epicuro, fluyen y pasan por momentos, y nada permanece en su estado, sino que todo crece o decrece, y como las aguas de los torrentes se precipitan. Por eso también leemos en la literatura secular (Virgilio, III *Geórgicas*): Pero huye mientras tanto, huye el tiempo irreparable. Y en otro lugar (Horacio, II *Odas*, od. 14): Ay, Postumo, Postumo, los años fugaces se deslizan. Pues nada es más fugaz que el mundo y las cosas del mundo. Que mientras lo tenemos lo perdemos, y a través de la infancia, la niñez, la juventud, y la edad viril y creciente y madura, y los últimos años de la vejez, en los que Filón describe la vida humana en siete etapas, nos transformamos, y corremos, y sin saberlo llegamos a los límites de la muerte. Lo que sigue: Que beben vino clarificado, puede referirse propiamente a los herejes, que aprueban algunas escrituras, y reprueban otras, deseando beber vinos clarificados: cuando en las santas Escrituras no hay nada turbio ni fangoso, sino todo de la onda superior purísimo. Estos se ungen con los primeros ungüentos, que no teniendo el arte de la perfumería, sin ningún conocimiento de las Escrituras, y las tradiciones y doctrina de los apóstoles, se atribuyen a sí mismos la dignidad del sacerdocio, y dicen ser los ungidos del Señor: y contaminan el aceite purísimo con la hez de su sentido. Y aunque hacen esto para la destrucción de aquellos a quienes han engañado, no se afligen con ningún dolor; sino que se deleitan en las muertes ajenas, y se complacen en la sangre de los miserables. Este sentido tan hermoso en el que se dice: como si fueran estables pensaron, y no como fugitivos, no se encuentra en hebreo; sino que en su lugar está escrito: como David pensaron tener instrumentos de canto. Por lo que me parece que fue añadido por los intérpretes, que en la descripción de la lujuria, contra los vicios y placeres de este tipo, pronunciaron una sentencia, para no traducir lo que estaba escrito, sino añadir de lo suyo lo que les parecía, más bien cambiarlo.

(Vers. 7 seqq.) Por lo cual ahora migrarán a la cabeza de los que migran, y se quitará la facción de los lujuriosos. Juró el Señor Dios por su alma, dice el Señor Dios de los ejércitos: Detesto la soberbia de Jacob, y odio sus casas, y entregaré la ciudad con sus habitantes: que si quedaran diez hombres en una casa, también ellos morirán; y lo tomará su pariente, y lo quemará, para sacar los huesos de la casa; y le dirá al que está en los rincones de la casa: ¿Aún queda algo contigo? y responderá, es el fin; y le dirá: Calla, y no recuerdes el nombre del Señor. LXX: Por eso ahora serán cautivos desde el principio de los fuertes, y se quitará el relincho de los caballos de Efraín; porque juró el Señor por sí mismo, dice el Señor Dios de las virtudes: porque yo abominaré toda afrenta de Jacob, y odio sus regiones, y quitaré la ciudad con todos sus habitantes. Y será, si quedaran diez hombres en una casa, y murieran; y sus domésticos los tomarán, y tratarán de sacar sus huesos de la casa; y dirán a los que presiden la casa: ¿Aún queda algo contigo? y dirá, de ninguna manera; y dirá, Calla, ni nombres el nombre del Señor. Por las causas superiores que describe el discurso profético (de aquellos que duermen en camas de marfil, y se entregan a la lujuria en sus lechos, y comen corderos del rebaño, y terneros del medio del ganado, y cantan al son del salterio y beben en copas, y están ungidos con el mejor ungüento, y además no sufren por la ruina de su pueblo, que es de la estirpe de José), ahora el Señor amenaza, y dice: Porque hicieron esto y aquello,

ahora migrarán a la cabeza de los que migran. Y el sentido es: No se difiere en el futuro el castigo, ni se profetiza de siglos lejanos: lo que ahora se avecina, ahora vendrá, mi palabra predice, que irán al principio de los que migran, a saber, los príncipes y poderosos, a quienes se les dijo antes: Oíd esta palabra, vacas gordas, que estáis en el monte de Samaria (Arriba, IV, 1). Y de nuevo: Ay de vosotros que sois ricos en Sion, y confiáis en el monte de Samaria: nobles, cabezas del pueblo, entrando pomposamente en la casa de Israel. Vosotros que sois los primeros en riquezas, seréis los primeros en soportar el yugo de la cautividad, según lo que está escrito en Ezequiel: Comenzad por mi santuario (Ezequiel IX, 6). No por los santos, como muchos piensan; sino por la subversión del templo, que fue santo. Pues los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría VI), y a quien más se le confía, más se le exigirá (Lucas XII). Y se quitará, dice, la facción de los lujuriosos, que en la búsqueda de placeres tuvieron un consenso, y ejercieron banquetes y reuniones: estos serán quitados juntos, para que quienes tuvieron un lujo, tengan un castigo. Por lo que los LXX interpretaron, se quitará el relincho del caballo de Efraín: lo cual no se encuentra en hebreo, y se discutirá de manera superflua por nosotros, cuando comencemos a tejer la tropología. Juró el Señor por sí mismo, o como leemos en hebreo, por su alma, según lo que está escrito en Isaías: Las lunas nuevas y vuestros sábados, y vuestras fiestas, mi alma odia (Isaías I, 13): no porque Dios tenga alma, sino porque habla con afectos humanos. No es de extrañar si se dice que tiene alma, cuando también los demás miembros, que son más viles que el alma, pies, manos, y vientre, y los demás miembros, testifica tener. Que si nos opusieran aquellos que niegan que Cristo tuvo alma humana; sino que en el cuerpo humano Dios fue por alma, escuchen que en Cristo se demuestra la sustancia del alma: así como los miembros de su cuerpo tuvieron sustancia. Pero en Dios Padre, cabeza y pies y demás, que se dicen, no son miembros, sino que a través de sus nombres se indica la diversidad de sus eficiencias: así el alma no es sustancial, sino afecto de la mente interna, y lugar de pensamientos, por el cual Dios indica su voluntad. Juró, pues, el Señor, Dios de los ejércitos, es decir, Sabaoth (por lo cual, virtudes los Setenta tradujeron), que detesta la soberbia de Jacob, y odia sus casas. Este Jacob según el capítulo anterior, donde está escrito: Y no sufrían por la ruina de José, o toma las diez tribus, o ciertamente toda la casa de las doce tribus. Y entregará la ciudad con sus habitantes; ya sea Samaria, o ciertamente Jerusalén, o en común ambas. Lo cual podemos referir al tiempo del Señor Salvador; después de cuyo advenimiento y pasión Dios detestó toda soberbia, o injuria de Jacob, por la cual lo llamaban hijo del carpintero y samaritano, y que tenía demonio (Mateo XIII; Juan VIII): por eso Jerusalén fue entregada con sus habitantes a los ejércitos romanos. Y tanto se desató la ira de Dios contra ellos, que aunque quedaran diez hombres en una casa, también ellos morirán, y el pariente, o vecino quemará los cadáveres de los muertos, para sacar los huesos de su casa; porque por la multitud de los que mueren, no pueden sacar los cuerpos enteros. Y cuando ya esté cansado de llevarlos, le preguntará el que está en los rincones de la casa, si quedan a quienes deba entregar, y él responderá: Es el fin, ya no tengo a quien entregarte para sepultar; y antes de que jure que no tiene, el que había preguntado, y estaba fuera, y no había conocido que no había, le manda, y dice: Calla, y no recuerdes el nombre del Señor. Esto lo menciona para mostrar que ni siquiera por el peso de los males y la necesidad se quieren confesar el nombre del Señor, y que el nombre de Dios ha llegado a tal olvido en Israel, que ni siquiera en un simple juramento se digna escuchar su nombre. Trazamos las líneas de la historia, ahora imprimamos la mano de la alegoría. Los príncipes de los herejes, que por sus delicias devoraban a mi pueblo, y no sufrían por la ruina de José, serán llevados primero a los castigos, y se quitará el relincho del caballo de Efraín: que en las santas Escrituras se toma de dos maneras, o en la soberbia y poder de los que relinchan, o en la magnitud de la lujuria. En la soberbia y consenso de los malos, como allí: Estos en carros, y estos en caballos (Salmo XIX, 8). Y: Engañoso es el caballo para la salvación (Salmo XXXII, 17). Y se ordena a los reyes de Israel, que no se multipliquen caballos (Deuteronomio

XVII). Y en el libro de Job, la voz del caballo se compara al sonido de la trompeta (Job XXXIX). También leemos en Zacarías, lo que el testimonio del Evangelio comprueba, y se refiere a la presencia del Salvador: Alégrate mucho, hija de Sion: predica, hija de Jerusalén. He aquí tu rey viene a ti justo y Salvador: él es manso, y montado sobre un asno y un pollino de asna: y destruirá los carros de Efraín, y los caballos de Jerusalén (Zacarías IX, 9). En la magnitud de la lujuria, y el deseo desenfrenado de coito, como en Jeremías, que describiendo a los lujuriosos y adúlteros, añadió: Cada uno relinchaba sobre la mujer de su prójimo (Jeremías V, 8). Tales caballos, la venida de Cristo, y la ira de Dios los debilita. Y jura el Señor por sí mismo (porque no tiene mayor por quien jurar) que detesta todas las afrentas de los herejes, y odia todas sus regiones (Hebreos VI). Pues todo lo que hablan es injuria, y digno del odio de Dios. Y quitará la ciudad y sus conciliábulo con los que habitan, es decir, el pueblo y los maestros, aunque quedaran diez hombres (que si hubieran estado en Sodoma y Gomorra (Génesis XIX), no habría descendido fuego sobre ellas), todos morirán con esa muerte, que lleva al tártaro, de la cual Ezequiel escribe: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII). Sus huesos los sepultan sus parientes y domésticos, de los cuales se dice: Deja, que los muertos entierren a sus muertos (Lucas IX, 60). Y el que está fuera, y no entra en la casa de los muertos; sino que más bien expulsa a los muertos, le manda al que quema a los muertos, y los disuelve en cenizas, y tritura sus huesos, que calle: y no manche con su boca muerta el purísimo nombre de Dios. Pues a los pecadores dice Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? (Salmo XLIX). Por eso también nosotros debemos prever, no sea que muertos enterremos a los muertos; sino que más bien vivos, llevemos a los que están muertos a la vida. Que si no lo hiciéramos, se nos manda y se nos dice: Calla, porque somos juzgados indignos del nombre de Dios.

(Vers. 12 seqq.) Porque he aquí que el Señor mandará, y herirá la casa mayor con ruinas, y la casa menor con divisiones: ¿acaso pueden correr los caballos en las rocas, o puede ararse con bueyes salvajes? Porque habéis convertido en amargura el juicio, y el fruto de la justicia en ajeno. Vosotros que os alegráis en la nada, que decís: ¿No hemos tomado para nosotros cuernos con nuestra fortaleza? He aquí que levantaré sobre vosotros, casa de Israel, dice el Señor Dios de los ejércitos, una nación, y os aplastarán desde la entrada de Emat hasta el torrente del desierto. LXX: Por tanto, he aquí que el Señor mandará, y herirá la casa grande con ruinas, y la casa pequeña con divisiones. Si persiguen en las rocas los caballos: si callarán ante las mujeres? porque habéis convertido en furia el juicio, y el fruto de la justicia en amargura. Vosotros que os alegráis sobre ninguna palabra buena, que decís: ¿No hemos tenido cuernos en nuestra fortaleza? Porque he aquí que yo levantaré sobre vosotros, casa de Israel, dice el Señor Dios de las virtudes, una nación, y os aplastarán: no para que entréis en Emat, y hasta el torrente del Occidente. Porque habéis saltado a tal furia, que incluso en tiempo de muerte, y con los males inminentes, no quisisteis nombrar el nombre del Señor: por eso mandará el Señor, y herirá la casa mayor con ruinas, y la casa menor con divisiones. Si manda, ¿cómo hiere? Si hiere, ¿cómo manda? Pero en lo que manda y ordena a los ministros, parece que él mismo hiere. Así como en el Padre que manda y el Hijo que hace, hace él mismo quien ordenó, cumpliéndose aquel versículo: Él dijo, y fueron hechas: él mandó y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5). Porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada de lo que se ha hecho (Juan I). Y en Egipto, donde se refiere que los primogénitos fueron muertos por el exterminador, el Señor testifica que él los mató (Éxodo XII). Así también en el presente lugar manda el Señor, y él mismo hiere por medio de los ministros la casa mayor con ruinas, es decir, las diez tribus que se llamaban Israel, y la casa menor con divisiones, las dos tribus que eran gobernadas por la estirpe de la casa de David. Y nota las propiedades de cada una. Israel, porque había pecado más, es herida con ruinas, y es

entregada a la cautividad eterna. Pero la casa de Judá, en la que estaba el templo, y que había pecado en parte, es retenida en cautividad por 70 años, y no es herida con ruinas, sino con divisiones. Porque una casa dividida puede ser reparada: las ruinas no desean tanto una restauración como una edificación. Las ruinas y divisiones de ambas casas las compara con caballos y bueyes salvajes, de los cuales los primeros no pueden correr en las rocas, los segundos son tan indomables que no aceptan el yugo en sus cuellos, y siendo bueyes salvajes, por su ferocidad no quieren arar la tierra. Pero vosotros, aunque los caballos y los bueyes salvajes no pueden cambiar su naturaleza, habéis cambiado la naturaleza de Dios, para hacer dulce lo amargo, y convertir el fruto de su justicia en ajeno, que es una hierba muy amarga. Vosotros que os alegráis en la nada, o en ídolos y becerros de oro, que no son nada, como dice Ester al Señor: No entregues tu cetro a los que no son (Ester XIV, 11), o en la nada y la mentira. Vosotros que pensáis que con vuestra propia fortaleza habéis tomado cuernos y reyes y poder, con los cuales dispersar a los enemigos. Porque habéis hecho estas cosas, he aquí que yo levantaré sobre vosotros, oh casa grande, y casa menor, que habéis de ser heridas con ruinas y divisiones, es decir, oh casa de Israel y todas las doce tribus, una nación muy cruel de asirios y caldeos, que os aplastará y subvertirá desde el principio hasta el fin, desde la cabeza hasta la cola, desde los límites de vuestra tierra, que miran al sol, hasta el torrente del desierto, o del Occidente, como tradujeron los LXX, es decir, desde Emat hasta Rinocorura, entre la cual y Pelusio el río Nilo, o el torrente que viene del desierto, entra al mar. Emat, como dijimos antes, es Epifanía, que recibió su nombre de Antíoco, a quien se le dio el sobrenombre de Epifanes. Pero aquellos que piensan que aquí la casa de Israel significa las diez tribus, no podrán explicar cómo en la amenaza se dice contra las diez tribus, que han de ser aplastadas desde Epifanía hasta los límites de Egipto: en cuyos límites, no solo las diez tribus, sino todas las doce están incluidas, en las que también estaban Judá y Benjamín. Algunos, según la anagogía, piensan que la casa grande y la casa menor significan al pueblo judío y a la Iglesia reunida de entre las naciones. Porque ellos son llamados grandes por los padres, la ley y los profetas: nosotros menores, porque estuvimos sin el Testamento y los mandamientos de Dios, de los cuales leemos en el Cantar: Mi hermana es pequeña, y no tiene pechos (Cant. VIII, 8). Esta casa grande y pequeña, reunida en una sola familia de Dios, si no tiene disciplina, y no cumple los mandamientos de Dios, será herida con ruinas y divisiones. Por tanto, cada vez que en persecuciones, o en herejías y cismas, la casa de Dios, que es la Iglesia, cae y es desgarrada, muestra la mano de Dios que hiere: la cual, si queremos evitar, escuchemos y hagamos el ejemplo de la comparación. En las rocas los caballos no pueden perseguir. La roca es Cristo (I Cor. X), quien dio a sus apóstoles, para que ellos también sean llamados rocas: Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Quien esté en estas rocas, las potestades adversarias, que se llaman caballos, de las cuales hablamos antes, no podrán perseguirlo, con sus carreras impedidas, y cayendo sobre cada roca. Vayamos también a otra similitud, según nuestra costumbre, discutiendo la edición de los LXX intérpretes, para que si nos aferramos completamente al hebreo, no parezca que hemos burlado la diligencia del lector, y al callar sobre la edición Vulgata, no parezca que la hemos propuesto en vano. O callarán, dice, en las mujeres, sin duda refiriéndose a los caballos, de los cuales habló antes. Si persiguen en las rocas los caballos. Estos caballos, es decir, las fuerzas contrarias, que enloquecen ante las mujeres, cuando ven un ánimo viril, y fortalecido por la fortaleza de Dios, no se atreven a acercarse. Pero cuando ven una mente afeminada, debilitada por ungüentos y placeres, y convertida en una blandura femenina, inmediatamente enloquecen, y no pueden contenerse; y se lanzan a la lujuria. Sigue: Porque convertisteis en furia el juicio. Convierte en furia el juicio, quien juzga con ira, y dice el Señor: No tomarás en cuenta la persona en el juicio (Deut. XVI, 19). Y en otro lugar: No te apiadarás del pobre en el juicio; porque el juicio es de Dios (Éxodo XXIII, 3): aquel que desciende a juzgar con mente airada, o más bien, cuando desconoce la causa, ni conoce la verdad del juicio, prejuzga

de antemano qué sentencia debe dar: también convierte el fruto de la justicia, que es dulcísimo, en amargura. Lo que hemos dicho de una virtud, entendámoslo también de las demás, prudencia, fortaleza, templanza, de las cuales quien esté airado, no podrá obtener frutos, y cuando los obtenga, serán amargos. Por eso se dice en Isaías: Ay de los que llaman dulce a lo amargo, y amargo a lo dulce (Isaías V, 20). Esto lo dicen aquellos que no consideran las causas al juzgar, sino las personas, y convierten el fruto de la justicia de Cristo, que es dulcísimo, en amargura. Por tanto, cualquiera que sea guiado en el juicio por consanguinidad, o amistad; y por el contrario, por odio hostil, o enemistades, pervierte el juicio de Cristo, que es justicia; y convierte su fruto en amargura. Quienes hacen esto, se alegran en ninguna palabra buena, o en vano, como tradujo Símaco, es decir, ἄλογος, y elevados en soberbia dicen: ¿No hemos tenido cuernos en nuestra fortaleza? mientras que en cambio el justo se gloria en el Señor, y dice: En ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno. Y en otro lugar: No confiaré en mi arco, y mi espada no me salvará (Sal. XLIII, 6, 7). Por eso también en Éxodo, según el hebreo, y la edición de Aquila, leemos: Y Moisés no sabía que su rostro era resplandeciente (Éxodo XXXIV, 29), quien verdaderamente podía decir: En ti ventilo a mis enemigos con el cuerno. Leemos también en otro lugar: Y exaltará el cuerno de su pueblo: Y: Exaltará el cuerno de su Cristo (Sal. CXLVIII, 14, y I Sam. II, 10), y el cuerno del altar, y los animales limpios y con cuernos, que son los únicos ofrecidos a Dios, cuya interpretación no es de este tiempo. Por estos tantos pecados y extrema soberbia, que habla iniquidad contra Dios, y pone en alto su boca, el Señor Dios omnipotente dice que levantará una nación muy cruel, que los aplastará, y los prohibirá entrar en Emat, y hasta el torrente del Occidente. Emat se interpreta como muro, o amurallada. Por tanto, serán prohibidos por esta nación muy cruel, a la que se han delegado los castigos, de refugiarse en la ciudad fortificada, que es la Jerusalén celestial, para que no entren y sean salvados: a modo de aquel capítulo que leemos en Génesis, donde Dios puso querubines y una espada flamígera (Génesis II), que se vuelve para guardar el camino del árbol de la vida, para que quien fue expulsado del paraíso, no entre allí indigno. Y lo que sigue: Hasta el torrente del Occidente, lo interpretaremos del salmo sesenta y siete, en el que está escrito: Cantad al Señor, cantad salmos a su nombre: preparad camino para él que asciende sobre el ocaso: Señor es su nombre (Sal. LXVII, 5). Porque si no mueren las malas obras en nosotros, Cristo no ascenderá sobre nosotros. Y cuando esas mueran, y tengamos a Cristo como auriga: entonces, al progresar y avanzar hacia lo mejor, se nos ordenará en el mismo salmo: Cantad a Dios, cantad al Señor que asciende sobre el cielo del cielo hacia el Oriente (Sal. LXVII, 33, 34). Por eso también en los misterios, primero renunciemos a quien está en el Occidente, y muere con nosotros con los pecados, y así, vueltos hacia el Oriente, hacemos un pacto con el sol de justicia, y prometemos servirle. Por el torrente del Occidente, Símaco lo interpretó como valle llano: Teodocio, torrente de Arabia: Aquila, torrente que está en la llanura. Con estas palabras se muestra que de ninguna manera en ellos, excluidos de la ciudad amurallada, pueden morir los pecados, ni llegar ellos al torrente llano y plano o del desierto, que se llama torrente de la voluptuosidad, según aquello que leemos: Del torrente de tu voluptuosidad los harás beber (Sal. XXXV, 9).

(Cap. VII.---Vers. 1-3) Esto me mostró el Señor Dios: Y he aquí el formador de la langosta al principio de la germinación de la lluvia tardía, y he aquí después de la lluvia tardía el cortador (o corte) del rey. Y sucedió que cuando terminó de comer la hierba de la tierra, y dije: Señor Dios, ten piedad, te ruego: ¿quién levantará a Jacob, porque es pequeño? El Señor se compadeció de esto: no será, dijo el Señor. LXX: Así me mostró el Señor: Y he aquí el fruto de las langostas venía matutino: y he aquí un saltamontes Gog rey. Y será si completa, para devorar la hierba de la tierra, y dije: Señor Dios, ten piedad: ¿quién levantará a Jacob, porque es pequeño? Arrepíentete, Señor, sobre esto: y esto no será, dice el Señor. No solo las cosas

que sucederán muchos siglos después predice el discurso profético, sino también las cercanas, y las que inmediatamente siguen a la profecía. Porque solemos los hombres pensar mucho más en nosotros mismos que en los que vendrán después, como dice Ezequías: Que haya paz en mis días (IV Reyes XX). Para que quienes vean cumplidas las cosas que antes fueron anunciadas, se conviertan al culto de Dios, en cuyos profetas hay verdad de adivinación. Por tanto, el Señor mostró que Senaquerib, rey de Asiria, con una multitud infinita de ejército, como una langosta que todo lo corta, vendrá al principio de la lluvia tardía, cuando la extrema misericordia del Dios omnipotente necesitaba Israel: pero el formador y creador de esta langosta es el Señor. Esta langosta viene al principio de la lluvia tardía, cuando todo reverdece y todo campo da a luz, y las flores de los diversos árboles se rompen en frutos de su género. Y para indicar en una sola palabra lo que quiero, la abundancia de todas las cosas, las flores de los árboles y la hierba de los sembrados prometen. Pero estas langostas, que volaban al principio de la primavera, eran seguidas por un saltamontes innumerable, que venía después de la lluvia tardía, y se llamaba cortador o corte del rey porque devastó todo, y no dejó nada de hierba verde en la tierra. Este cortador, o corte, Isaías lo llama navaja afilada (Isaías VII), que rasuró todos los pelos y cabellos del cuerpo israelita. Y cuando, dice, dudaba de qué era esta navaja, inmediatamente añadió, el rey de Asiria. Por tanto, la navaja y el cortador del rey es el ejército de los caldeos, que como un saltamontes devastó todo, y no solo consumió las cosechas, sino también los árboles, la hierba y la paja. Pero sucedió que cuando el saltamontes que venía después de la langosta terminó de comer la hierba de la tierra, y el profeta entendió lo que veía, se volvió a las oraciones, y dijo: Señor Dios, ten piedad, te ruego. No quiero que en la destrucción de mi pueblo se cumplan mis palabras: no quiero que haya sido elegido del número de los pastores para anunciar la ruina de las diez tribus. Porque ¿quién podrá levantar a Jacob, sino tú solo? quien al golpear, no hay quien levante. Jacob es pequeño, y ha sido destruido por la frecuente incursión de los enemigos. Y cuando él oraba, y derramaba las lágrimas del hombre interior, el Señor se compadeció de esto, y respondió: No destruiré toda la raza de Israel, las reliquias serán salvas. O ciertamente debe entenderse así: vio dos cosas que sucederían al mismo tiempo. Primero la langosta, luego el saltamontes. Por ambos rogó al Señor, y solo en uno es escuchado, para que el saltamontes no devore todo hasta la destrucción. Pero la langosta volando devore algunas cosas, y deje otras intactas. Me parece que los LXX intérpretes entendieron la palabra hebrea GOZI (), que se interpreta como cortador, o corte, como GOG, pensando que la letra ZAI era VAU, y compararon la innumerable multitud del saltamontes con la gente muy cruel de Gog, que se describe como devastadora de la tierra de Judá. Pero lo que Aquila quiso decir: He aquí el tardío después del rey de Gaza, cuando Gaza en hebreo se llama AZA (), no lo entiendo bien, a menos que tal vez haya puesto la misma palabra GOZI (), y poco a poco se corrompió en Gaza por error. Digamos también espiritualmente: quienes después de las obras de justicia (de las cuales se dice en el profeta: Sembrad para vosotros en justicia, y renovad para vosotros barbechos: y no sembréis sobre espinas (Oseas X, y Jer. IV) cometen graves pecados, se les introduce el fruto, o generación de langostas que viene matutina, cuando al pasar las tinieblas de la noche comienzan a reconocer sus pecados, y porque no hicieron penitencia se les trae el saltamontes, que se llama Gog rey: Gog se traduce en nuestra lengua como techo, una fortaleza arrogante y soberbia. Y cuando ha consumido la hierba y la paja de nuestra tierra, quienes sean santos en el pueblo, rogarán por perdón, y dirán: Señor Dios, ten piedad. Porque ¿quién más podrá levantar a Jacob (Isa. X)? ¿quién de los médicos podrá sanar a la hemorroísa, sino tú solo, al toque de cuya orla, inmediatamente vuelve la salud (Luc. VIII)? Porque Jacob es pequeño, o de número escaso, porque no quedan en ellos o quedan pocas huellas de virtudes. Arrepíentete, Señor, sobre esto, que has amenazado hacer a tu pueblo. Pero debemos entender el arrepentimiento de Dios en las Escrituras como el sueño y la ira: no porque Dios se arrepienta, o cambie de sentencia, quien habla por el profeta: Yo

soy Dios, y no cambio (Mal. III, 6). Y a quien decimos: Pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Sal. CI, 28); sino que, al convertirnos nosotros a lo mejor, él mismo se arrepiente de su sentencia, para que no dé al justo las recompensas que prometió, si se desvía a la iniquidad, ni al pecador los castigos que amenazó, si se convierte a la salvación. Se dice a quien va a hacer penitencia: No des sueño a tus ojos, ni dormitación a tus párpados, para que te liberes como una gacela de las trampas, y como un ave de los lazos (Prov. VI, 4, 5). Quien si primero desprecia los mandamientos del Señor, y después, en angustias, comienza a despertar, despierta al Señor que duerme para él, y dice: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? (Sal. XLIII, 23). Por el contrario, quien ha atesorado para sí ira en el día de la ira, sentirá a Dios airado (Rom. II). Pero si hace penitencia, la ira se convertirá en misericordia, y con nuestras perturbaciones y virtudes en ambas partes, de castigos y clemencia, el Señor se cambiará.

(Vers. 4 seqq.) Esto me mostró el Señor Dios, y he aquí que el Señor Dios llamó al juicio con fuego: y devoró un gran abismo y consumió una parte. Y dije: Señor Dios, detente, te ruego: ¿quién levantará a Jacob, que es tan pequeño? El Señor se compadeció de esto: pero tampoco esto será, dijo el Señor Dios. LXX: Así me mostró el Señor Dios, y he aquí que el Señor Dios llamó al juicio con fuego, y devoró un gran abismo, y consumió una parte, y dije: Señor Dios, detente, ¿quién levantará a Jacob, que es tan pequeño? Arrepíentete, Señor, de esto, y esto no sucederá, dice el Señor Dios. Primero el Señor mostró al profeta al creador de langostas al inicio de la germinación de la lluvia tardía, y después de la lluvia tardía, al cortador rey, o del rey, y para expresar la palabra con la palabra, la tonsura del rey Senaquerib, con la cual devastó y arrasó todas las diez tribus. Ahora el mismo Señor muestra a Nabucodonosor, más bien lo llama y le ordena venir contra Judá y Jerusalén. Lo llama para que incendie el templo y Jerusalén con fuego, y haga juicio en el fuego, sobre aquel que una vez fue su pueblo. Y cuando el fuego vino al juicio, para cumplir la orden del Señor, devoró un gran abismo, y consumió una parte, todas las ciudades de Judea, y la parte del Señor que se llamaba su templo. Y cuando el profeta vio esto, dijo al Señor, no como antes, ten piedad, te ruego: sino detente, o cesa; para que aquel que ya había comenzado, cesara por sus súplicas: especialmente cuando no hay otro que pueda levantar a Jacob caído, pequeño y humillado, sino el Señor que puede devolver a los cautivos trasladados a Caldea a la tierra de Judá. Porque una vez, según el profeta Oseas y el salmista que dice: Los hijos de Efraín, armados y lanzando arco, se volvieron en el día de la batalla (Sal. LXXVII, 9), referimos las diez tribus a la persona de los herejes, que se llamaban Israel, y las dos, sobre las cuales Judá presidía, a la Iglesia y a los pecadores de la Iglesia, que confiesan la fe recta, pero debido a las manchas de los vicios necesitan ser purificados por las llamas: por eso ahora el Señor muestra que llama al juicio con fuego: para que la obra de cada uno, cual sea, el fuego la pruebe (I Cor. III), y se cumpla lo que está escrito: Caminad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que habéis encendido (Isaías L, 11). Por eso también se dice a Babilonia: Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos; estos serán para ti de ayuda (Isaías XLVII, 14, según LXX). Y en el salmo, la lengua engañosa y llena de mentiras, se dice que debe ser purificada con el fuego de los carbones: ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá a la lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso, con carbones desoladores (Sal. CXIX, 3, 4). De estos carbones del altar se toma con tenazas el carbón de los dos Testamentos, y purifica los labios inmundos de Isaías, para que pueda profetizar la palabra del Señor (Isaías VI). Llamado el fuego al juicio, devora primero el abismo, es decir, todos los tipos de pecados, madera, heno, paja, y después consume una parte, esto es, llega a sus santos, que son considerados como propiedad del Señor y en su parte; porque es tiempo de que el juicio comience por la casa del Señor. Y en Ezequiel se ordena a los que van a infligir castigos: Comenzad por mis santos (Ezequiel IX).

Y en el Apóstol leemos: Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida: él mismo, sin embargo, será salvo: pero así como por fuego (I Cor. III). Y cuando todos hayamos estado en pecado, y yacíamos en la verdad de la sentencia, el Señor se compadecerá de nosotros, y porque somos pequeños, nos levantará en el tiempo de la resurrección, o nos levantará por las virtudes a los que yacíamos en los vicios, prometiendo esto el Señor, y diciendo: Pero tampoco esto será. Hermosamente dijo, pero también: porque ya había dicho antes: esto no será. Porque no se enojará para siempre, ni amenazará eternamente (Sal. CII). No nos ha hecho según nuestros pecados, ni nos ha retribuido según nuestras iniquidades. Cuanto dista el oriente del occidente, alejó de nosotros nuestras iniquidades. Como un padre se compadece de los hijos, así se compadeció el Señor de los que le temen.

(Vers. 7 seqq.) Esto me mostró: Y he aquí que el Señor estaba sobre un muro enlucido, y en su mano una plomada de albañil. Y el Señor me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Una plomada de albañil. Y el Señor dijo: He aquí que pondré una plomada en medio de mi pueblo Israel. No añadiré más para sobrepasarlo, y serán demolidos los altos del ídolo, y las santificaciones de Israel serán desoladas, y me levantaré contra la casa de Jeroboam con espada. LXX: Así me mostró el Señor: Y he aquí un hombre estaba sobre un muro de diamante, y en su mano un diamante. Y el Señor me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Un diamante. Y el Señor me dijo: He aquí que pondré un diamante en medio de mi pueblo Israel. No añadiré más para sobrepasarlo, y serán destruidos los altares de la risa, y los sacrificios de Israel serán desolados, y me levantaré contra la casa de Jeroboam con espada. Antes de discutir sobre el diamante, que Símaco y los LXX, por lo que en hebreo está escrito ENACH (), tradujeron, es necesario decir brevemente, que esta palabra Aquila la interpretó como γάνωσιν, y Teodoción como τηκόμενον: uno significa estañado, el otro desvanecido; para que esa sartén (que leemos en Ezequiel (Cap. IV), en la que se significa la fritura del pueblo sitiado) también en las diez tribus, y en el reino de Jeroboam (que era nieto de Jehú, bajo quien se ve esta profecía) (IV Reg. I) se demuestre por el término de estañado. Así que el Señor se ve de pie sobre un muro estañado o enlucido, y en su mano un estañado o plomada de albañil, con la que suelen cubrirse las paredes, y no solo reciben belleza, sino también fortaleza contra la injuria de las lluvias y las frecuentes tempestades. Leemos en Ezequiel (Cap. XIII), que el Señor amenaza, que cuando se levante la tempestad y el granizo, no enlucirá ni vestirá el muro de Israel, sino que lo dejará ser destruido por las lluvias. Por eso ahora dice aquel, de quien está escrito: Será llamado constructor de muros, él mismo piedra angular, edificador de la casa, que pondrá la plomada en medio de su pueblo Israel, y hará que cese y se detenga, para que no lo sobrepase más, y lo vista y proteja con su auxilio. Y cuando el Señor retire su protección, y, por así decirlo, el revestimiento del muro con la plomada cesando, entonces serán demolidos los altos de los ídolos, que en hebreo se llaman BAMOTH (), y las santificaciones de las diez tribus serán desoladas, para que sean destruidos Dan y Betel, en los que se adoraban los becerros de oro. Dijimos lo que pudimos de lo que nos ha sido transmitido por los hebreos según la verdad histórica: pasemos a la anagogía, de Xenócrates, que escribe sobre las naturalezas de las piedras y gemas, poniendo unas pocas palabras: «El diamante es una piedra de su nombre, que en latín podemos llamar indomable: porque no cede a ninguna materia, ni siquiera al hierro. Pues si se coloca sobre un yunque, y se golpea con un fuerte golpe de martillo, antes el yunque y el martillo reciben daño, que el diamante se rompa. Y aunque el fuego doma todo, y consume todos los metales, hace al diamante más duro, de modo que ni siquiera un pequeño ángulo en él es embotado por la fuerza del ardor excesivo. También he visto en oro un diamante del tamaño de un mijo: y aunque el oro vecino se consuma por el largo uso y la excesiva antigüedad, solo el diamante no se desgasta, y ninguna lima puede disminuirlo: sino que, al contrario, desgasta la lima, y todo lo que toca, lo surca con líneas. Esta piedra durísima e indomable solo se disuelve con la sangre de los

machos cabríos, y lanzada en sangre caliente, pierde su fortaleza. Es pequeña y sin gracia, de color ferruginoso, y brillo de cristal. Se describen cuatro tipos de diamante. El primero es el indio: el segundo el árabe: el tercero el macedonio: el cuarto el chipriota, poseyendo más o menos dureza según la calidad de las regiones. También se dice que, a semejanza del ámbar, detecta venenos, y resiste las artes maléficas.» Tal es el Señor y Salvador: que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre: humillándose a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. II). De quien Isaías escribe: No hay en él parecer, ni hermosura: lo vimos y no había belleza: despreciado y el último de los hombres, varón de dolores, y experimentado en sufrimiento (Isaías LIII, 2). Este está sobre un muro de diamante, es decir, sobre sus santos y apóstoles, a quienes les concedió, para que también ellos fueran llamados diamantes, y no vencidos por nadie dijeran: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Y de nuevo: Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 35 seqq.). También Pedro, que era el diamante más fuerte, las puertas del infierno no prevalecieron contra él (Matt. XVI). Este hombre y Señor, que está sobre un muro de diamante, tiene en su mano un diamante, que si no es sostenido por la mano de Dios, y protegido por su auxilio, pierde toda su fortaleza, diciendo el Señor en el Evangelio: Nadie puede arrebatar de la mano de mi Padre (Juan X, 29). Y es tan robusto, que se le dice: Si pasas por el fuego, la llama no te quemará (Isaías XLIII, 2): cuanto más es golpeado por las tentaciones, más fuerte se vuelve, y por el nombre del Salvador se regocija entre los azotes. Y aunque no puede ser vencido por nadie, solo se disuelve por el calor de la lujuria mortal. Pues se dice que esta es la naturaleza de la sangre de los machos cabríos y del mismo macho cabrío, que es muy caliente para la lujuria, y lo que el fuego no puede domar, solo su sangre lo disuelve. Por lo tanto, el Señor pone un diamante de este tipo en medio de su pueblo Israel, y ya no lo sobrepasa, ni permite que se destruyan los altares, que son dignos de risa y burla, y todos los misterios de los herejes y la casa de Jeroboam, que primero separó al pueblo de Dios, los golpea con espada, y los subvierte.

(Vers. 10 seqq.) Y envió Amasías, sacerdote de Betel, a Jeroboam, rey de Israel, diciendo: Amós se ha rebelado contra ti en medio de la casa de Israel: La tierra no podrá soportar todas sus palabras. Porque así dice Amós: Jeroboam morirá a espada: pero Israel será llevado cautivo de su tierra. Y Amasías dijo a Amós: Vidente, vete: huye a la tierra de Judá, y come allí pan, y allí profetiza, y en Betel no añadas más para profetizar: porque es santuario del rey y casa del reino. LXX: Y envió Amasías, sacerdote de Betel, a Jeroboam, rey de Israel, diciendo: Amós hace conspiraciones contra ti en medio de la casa de Israel: la tierra no podrá soportar todas sus palabras. Porque así dice Amós: Jeroboam morirá a espada: pero Israel será llevado cautivo de su tierra. Y Amasías dijo a Amós: Vidente, vete, retírate a la tierra de Judá, y vive allí, y profetiza allí: pero en Betel no añadas más para profetizar, porque es santuario del rey y casa del reino. Es proverbio de Salomón, más bien mandato: No reprendas a los malos, para que no te odien (Prov. IX, 8): Y al contrario, sobre los buenos ordena: Reprende al sabio, y te amará. En otro lugar también: El que reprende, dice, las vías del hombre, tendrá más gracia que el que habla cosas agradables (Prov. XXVIII, 23). Así que también Amós hablaba con afecto de corrección al pueblo, y de los discursos de Dios amenazaba cosas terribles, para que haciendo penitencia, volvieran a Dios y abandonaran los ídolos. Entonces el sacerdote de Betel, donde estaba el becerro de oro, que había establecido Jeroboam hijo de Nabat (III Reg. XII), y otros que le sucedieron en el imperio, envía a Jeroboam nieto de Jehú, para que le anuncie, diciendo: Amós se ha rebelado contra ti, o hace

conspiraciones y reuniones en medio de tu reino, Israel, y habla tanto, que la tierra de tu reino no puede soportar sus palabras. Se atreve a enviar al rey de Israel como pontífice: temiendo que si el pueblo se convierte al culto de Dios, él pierda la gloria del sacerdocio. Y cuando ha oído dos cosas, serán demolidos los altos de los ídolos, o los altares de la risa, y las santificaciones, o ceremonias de Israel serán desoladas, y me levantaré contra la casa de Jeroboam con espada, porque los ídolos serán completamente destruidos, sobre los cuales Amasías era sacerdote, y contra Jeroboam Dios se levantará con espada, a menos que haga penitencia: él no manda sobre su propia injuria, para que parezca dolerse solo de la contumelia del rey. Porque así, dice, dice Amós. Te equivocas, calumniador. Porque en todos sus discursos no habla el profeta como de sí mismo, sino que siempre antepone en el título: Así dice el Señor. Por lo tanto, lo que el Señor ha dicho, recuerda que el profeta Amós lo ha dicho, para provocar más al rey a la venganza. ¿Cuáles son las cosas que dice Amós? Jeroboam morirá a espada. Y en esto mientes: porque no dijo, morirá; porque si hubiera dicho esto, parecería no aceptar la penitencia; sino, me levantaré contra la casa de Jeroboam con espada: amenazando con el castigo, no infligiéndolo. Ni dijo: Jeroboam morirá a espada: sino, me levantaré con espada contra la casa de Jeroboam. Porque Jeroboam no murió a espada, sino que su casa, es decir, su hijo Zacarías, fue destruida por Dios. Y Israel, dice, será llevado cautivo de su tierra: añade también lo demás, si no hace penitencia. Por su parte, Jeroboam despreciando las vanísimas órdenes de Amasías, no quiso responder nada a lo que él había mandado: por lo que él mismo asume la autoridad del rango sacerdotal, y habla a Amós: Vidente, vete: huye a la tierra de Judá. Los profetas, como hemos dicho a menudo, antes se llamaban videntes, porque lo que decían que iba a suceder, lo contemplaban con los ojos del corazón. Que el lector prudente pregunte, ¿por qué llama vidente y con nombre profético a quien obliga a salir de la tierra de Israel? A lo que se debe responder: o lo dice con burla κατὰ ἀντίφρασιν, porque todo lo miente: o porque veía que había muchos en el pueblo, que aunque escuchaban con gusto: por lo que también informó al rey, Amós hace conspiraciones contra ti: abiertamente no se atreve a hacerle injuria, para no parecer herir a los oyentes. Vete, dice, a la tierra de Judá, en la que naciste, donde se escuchan con gusto a los locos: y come allí tu pan, o vive allí, o ciertamente ejerce tu arte por la cual encuentres alimentos, y allí profetiza, que tienes muchos a quienes has acostumbrado a seducir: pero en Betel, donde yo soy sacerdote, no añadas más para profetizar, porque es santuario del rey, y casa del reino. Y esto lo dice como falso sacerdote, adulando al rango real, para no decir: es santuario de nuestro Dios, y casa del ídolo; sino santuario del rey, y casa del reino: teniendo esta costumbre todos los que adoran a falsos dioses, para imputar su soberbia a los reyes, y lo que ellos hacen, parezca que el rey lo ha hecho. Todo lo que hemos interpretado de Amasías, y Jeroboam, y Israel, y Amós, debe referirse τροπολογικῶς a los herejes: cuyo sacerdote Amasías suele a veces enviar al rey Jeroboam hereje, y patrón de los herejes, y acusar a los hombres santos y pregoneros de la fe ante él, y ordenar a los doctores, que no prediquen en Israel, para que no actúen contra la voluntad del rey; porque Betel, esto es, casa de Dios, y la falsa Iglesia es santuario del rey, y casa del reino. Suelen decir: El emperador nos comunica, y si alguien les resiste, inmediatamente calumnian: ¿entonces tú actúas contra el emperador? ¿Desprecias los mandatos del Augusto? Y sin embargo, consideremos, que muchos reyes cristianos que persiguieron a la Iglesia de Dios, y trataron de fundar la impiedad arriana en todo el mundo, superan en maldad al rey Jeroboam de Israel. Porque él despreció las órdenes del falso sacerdote, y no quiso responder nada a su sugerencia. Pero estos, con muchos Amasías sus sacerdotes, con hambre y penuria, cárceles y exilios, mataron al profeta Amós y a los sacerdotes del Señor.

(Vers. 14 seqq.) Y respondió Amós y dijo a Amasías: No soy profeta yo, ni soy hijo de profeta, sino que soy pastor y recolector de sicómoros, y me tomó el Señor cuando seguía el rebaño, y me dijo [añade la Vulgata el Señor]: Ve, profetiza a mi pueblo Israel, y ahora escucha la palabra del Señor: tú dices, No profetizarás sobre Israel, y no derramarás sobre la casa del ídolo. Por eso, así dijo [dice la Vulgata] el Señor: Tu esposa en la ciudad se prostituirá, y tus hijos e hijas caerán a espada, y tu tierra será medida con cuerda, y tú morirás en tierra impura, e Israel será llevado cautivo de su tierra. LXX: Y respondió Amós y dijo a Amasías: No era profeta yo, ni hijo de profeta, sino pastor y recolector de sicómoros [Al. moras], y me tomó el Señor de entre las ovejas, y el Señor me dijo: Ve y profetiza sobre mi pueblo Israel, y ahora escucha la palabra del Señor: tú dices, No profetices sobre Israel, y no congregues oyentes contra la casa de Jacob. Por eso, así dice el Señor: Tu esposa en la ciudad se prostituirá, y tus hijos e hijas caerán a espada, y tu tierra será dividida con cuerda, y tú morirás en tierra impura; pero Israel será llevado cautivo de su tierra. Esto que la Escritura recuerda que hicieron los bienaventurados apóstoles, cuando los escribas y fariseos les prohibieron enseñar en el nombre de Jesús; y ellos respondieron diciendo: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos IV, 16), también sabemos que lo hizo el profeta Amós, quien, por orden del pontífice de los ídolos, no profetizó en Betel, no solo profetiza y muestra que teme más a Dios que lo envía, que a aquel que lo prohíbe; sino que audaz y libremente le anuncia castigos a quien intentó prohibir y obstaculizar la palabra de Dios. No solo, dice, no soy profeta, o no era (de los cuales uno es de humildad, el otro de verdad) ni hijo de profeta, ni descendiente de estirpe profética; sino que siendo pastor y recolector de moras, me tomó el Señor mientras seguía los rebaños. Por pastor, que en hebreo se dice BOCER (בוער), Aquila, Símaco y Teodoción, y la quinta edición tradujeron βουκόλον, que apacienta ganado; no ovejas. Solo los Setenta dijeron αἰπόλον: que propiamente se llama pastor de cabras ἀπὸ τοῦ αἰπολίου, que se interpreta como rebaño, que se mueve en las alturas: para mostrar que los rebaños de cabras siempre ascienden a las rocas y peñascos ásperos y elevados. Pero como añade: Y me tomó el Señor ἐκ τῶν προβάτων, es decir, de los ganados, parece significar más ovejas que cabras: aunque al principio de Levítico leemos que tanto ovejas como cabras se demuestran con el nombre de ganado. Así habla el Señor. Si ofrece ἀπὸ τῶν προβάτων, es decir, de los ganados al Señor un cordero, o un cabrito, y una oveja, o una cabra (Levítico I, 10). Por lo demás, lo que dice, recolector de sicómoros, que Aquila interpretó como examinador de sicómoros, y Símaco, poseedor de sicómoros, algunos lo han explicado de tal manera que quieren que se llame sicómoros a un tipo de árboles que nacen en las llanuras de Palestina, y traen higos silvestres, que si no se recolectan, producen frutos amargos y son destruidos por los insectos. Sin embargo, para nosotros (porque el desierto en el que habitaba Amós no produce tal árbol) parece más que se refiere a los arbustos que traen moras, y consuelan el hambre y la penuria de los pastores. Como quiera que el lector quiera entenderlo, debe decirse que el Señor asumió a un pastor humilde y rústico, y lo envió a su pueblo Israel, y le ordenó que, saliendo de su tierra, fuera a Samaria: y allí profetizara lo que está por venir. Porque, dice, por mandato del Señor para que hable, tú Amasías me dices: No profetices sobre Israel, y no derrames sobre la casa del ídolo: escucha lo que el Señor amenaza contra ti. Por casa del ídolo, en hebreo está escrito BETH ISAAC (בית יצחק), es decir, casa de la risa (pues Isaac se interpreta como risa), que los Setenta tradujeron como casa de Jacob, nombre por otro nombre, y no entendiendo la cosa. Nuevamente, donde nosotros pusimos, Y no derramarás: Símaco interpretó como, no increparás. Derramar los profetas es un idioma de las Escrituras: que no traen toda la ira de Dios de una vez, sino que anuncian pequeñas gotas de amenaza. Porque dijiste a mí, no profetizarás, tu esposa en la ciudad se prostituirá, lo que Símaco interpretó mejor como πορνευθήσεται: no que ella misma se prostituya, sino que en género pasivo, soportará la prostitución por otros. Gran dolor e increíble ignominia, cuando el marido en medio de la ciudad, con todos presentes, no

puede prohibir la injuria a su esposa. También dice, tus hijos e hijas caerán a espada. No hay tanto dolor en una hija violada; como en una esposa mancillada, ni tanto dolor en una esposa asesinada, como en hijos masacrados. El marido prefiere escuchar que su esposa sea asesinada, que mancillada. Ni esto es suficiente para la injuria, a menos que también su tierra sea dividida con cuerda por los enemigos, y reciba nuevos cultivadores. También Amasías, que ahora se gloria en el poder del sacerdocio, no morirá en su tierra, sino que llevado en cautiverio morirá en tierra que está contaminada con ídolos, y no morirá antes de ver al pueblo que engañó, sirviendo y cautivo. Según la tropología, Amasías sacerdote se interpreta como robusto y rígido [Al. frío], porque rebelde y feroz prohíbe al hombre eclesiástico y verdadero profeta pronunciar las palabras de Dios y corregir al pueblo errante. Su esposa, la falsa Iglesia, estará expuesta a la prostitución de todos: y sus hijos e hijas que engendró mal en el error, serán heridos por la espada del Señor: también su tierra y toda su posesión será parte de los demonios, y él morirá en tierra impura, que no tenga a Dios como habitante, sino que esté contaminada con muchos errores de religión perversa, y todo el pueblo que asume para sí el falso nombre de Israel, migrará cautivo de su tierra, para no servir a Dios, sino someter su cuello al yugo de los herejes y demonios.

(Cap. VIII.---Vers. 1 seqq.) Esto me mostró el Señor Dios: Y he aquí un gancho de frutas, y dijo: ¿Qué ves tú, Amós? Y dije: Un gancho de frutas. Y el Señor me dijo: Viene el fin sobre mi pueblo Israel, no añadiré más para pasarlo, y crujirán los goznes del templo en ese día, dice el Señor Dios. Muchos morirán, en todo lugar se proyectará silencio. LXX: Así me mostró el Señor Dios: Y he aquí un vaso de cazador. Y dijo: ¿Qué ves tú, Amós? Y dije, Un vaso de cazador. Y el Señor me dijo: Viene [Al. Vendrá] el fin sobre mi pueblo Israel: no añadiré más para pasarlo; y aullarán los techos del templo en ese día, dice el Señor Dios. Muchos caerán: en todo lugar arrojaré silencio. Lo que Jeremías ve bajo la vara de vigiliat, o de nuez (Jerem. I) porque vigiló sobre los pecados de su pueblo, para que no pareciera que con los ojos cerrados y entrecerrados no viera sus delitos: esto ahora Amós lo contempla contra Judá e Israel bajo la apariencia de un gancho, que en hebreo se llama CHELUB () y los Setenta lo traducen como vaso de cazador: cuando cazador propiamente se llama MOCES (), como leemos antes en este mismo profeta: Si cae un ave sobre la tierra sin cazador. Y el sentido es: Así como con un gancho se bajan las ramas de los árboles para recoger las frutas: así yo he acercado el tiempo próximo de la cautividad. Y para que sepamos que esto es lo que decimos, Dios mismo interpreta qué significa la visión que mostró al profeta. Viene el fin sobre mi pueblo Israel. Y lo que sigue: No añadiré más para pasarlo, significa que no pasará más por alto las iniquidades de su pueblo, ni las descuidará, ni permitirá que los crímenes queden impunes. Y para que no parezca que solo habla de las diez tribus, añade: Crujirán los goznes del templo, o los techos en ese día, dice el Señor. Esto debe entenderse hiperbólicamente, que un peso tan grave de males se cierne: que incluso los goznes de las puertas y los altos techos aullarán, y sentirán una devastación increíble: cuando muchos morirán, y con los habitantes capturados o asesinados, en todo lugar se proyectará silencio. Pero si queremos leer en lugar de gancho de frutas vaso de cazador, esto debe decirse, que así como los cazadores con visco o redes atrapan a las aves que vuelan por el aire, y que corren más alto, así Dios por medio de Senaquerib o Nabucodonosor, a quienes ahora entendemos como cazadores, atraparé, atará, trasladará, matará a su pueblo que antes era libre y elevado por la observancia de la Ley. No se tienden injustamente las redes a las aves. Y esto no solo debe referirse al tiempo de la cautividad de Babilonia, sino también a la venida del Señor Salvador, cuando dijeron: Quita de la tierra a tal: crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 15), y perdieron las alas de la paloma. Y vino el fin sobre ellos, y la extrema cautividad, y el Señor no les perdonó más. Y aullaron los goznes del templo, o los techos del templo, cayendo sobre el pueblo asesinado. Y en todo lugar se proyectó silencio, teniendo los judíos a Moisés y los

Profetas, y no teniendo la Palabra de Dios: leyendo la letra, y perdiendo el espíritu, cuando su mesa se convirtió en lazo, y en retribución, y ruina, y sus ojos fueron cegados, para que no vieran, y sus oídos fueron tapados, para que no oyeran: y su espalda fue encorvada, para que no miraran al cielo; sino que con aquella mujer evangélica, que tenía espíritu de enfermedad (Marcos VII), siempre se inclinaban hacia la tierra. Y se derramó sobre ellos la ira de Dios, y el furor de su ira los alcanzó, de modo que su morada quedó desierta, y en sus tiendas no hubo habitante: cuando se cumplió: He aquí vienen días, dice el Señor, y enviaré hambre sobre la tierra: no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra del Señor (Infra, v. 11): sobre lo cual en lo posterior, si llegamos al final, se debe discutir más plenamente. Nosotros, por tanto, viendo que Dios no perdonó a las ramas naturales, temamos sufrir lo mismo, y evitemos las trampas del cazador, y digamos al Señor: No calles, ni te contengas, Dios, y no te silencies de mí, y me asemejaré a los que descienden al pozo (Salmo XXVII, 1). En todo el mundo se proyectó el silencio de los judíos: dondequiera que estén, murmuran más que hablan, y aunque su blasfemia contra el Señor Salvador llegue hasta el cielo, toda interpretación de las Escrituras es muda y silenciosa, y no penetra en los oídos de los oyentes.

(Vers. 4, seqq.) Escuchad esto, los que aplastáis al pobre, y hacéis desfallecer al necesitado de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos mercancías, y el sábado, y abriremos el grano, para disminuir la medida, y aumentar el siclo: y pondremos balanzas engañosas, para poseer en plata a los necesitados, y a los pobres por un par de sandalias, y venderemos los desechos del grano. LXX: Escuchad esto, los que aplastáis por la mañana al pobre, y oprimís a los necesitados de la tierra, que decís: ¿Cuándo pasará el mes, y negociaremos: y el sábado, y abriremos el granero, para hacer menor la medida y mayor el peso: y haremos la balanza injusta, para poseer en dinero a los pobres, y al necesitado por un par de sandalias, y de toda venta negociaremos. Para que no parezca en vano que se mostró el gancho de frutas, y el vaso de cazador, y que por estas cosas se acerca la cautividad, se describen brevemente las causas de la ofensa de Dios. Oh tú, Judá, oh tú, Israel, escuchad qué crímenes habéis cometido, levantándoos de noche, en lugar de oración e himnos a Dios: tenéis el afán de oprimir, o aplastar a los pobres, para que consumidos por el hambre y la miseria sean quitados de la tierra. Que esperáis las calendas, para negociar, y aumentar los intereses sobre los intereses, y el sábado, para abrir los graneros, y dar los granos esperando recibir más, y convertís las festividades de Dios en ganancias deshonestas para vuestro beneficio: que hacéis menor la medida en la venta de mercancías, y mayores los pesos en la recepción, y la balanza injusta, para poseer en dinero a los pobres, y tenéis a los hombres tan viles, que cumplís lo que antes os dije: Porque vendisteis por dinero al justo, y al pobre por un par de sandalias (Supra. II, 6): habéis saltado a tal rabia de lucro, que no vendéis los granos, con los que se sustentan los cuerpos de los hombres, sino los desechos y purgaciones del grano a los pobres, mezclando polvo y paja con el trigo. Lo cual también a veces vemos hacer a los perversos doctores y príncipes, que sin temor de Dios dominan a los clérigos, de los cuales Jeremías habla: Sus clérigos no les aprovecharán (Jer. XII, 13, según LXX), que piensan que la piedad es ganancia, y sentados en el templo como cambistas ofrecen palomas, no en jaulas, sino en cátedras como maestros, vendiendo los dones del Espíritu Santo: que hacen la medida menor y mayor, para que a los pobres, o poco, o nada: pero a los ricos y a aquellos de quienes buscan ganancias, hablen como predicadores con discurso larguísimo: y por dinero aplasten las cabezas de los pobres y los pisoteen, y no el grano del Señor, que fortalece el corazón del hombre, sino los desechos y el polvo más vil introduzcan en las ávidas bocas: incluso vendiendo estas cosas que no tienen valor, cuando el Señor mandó a los apóstoles: Gratis recibisteis, dad gratis (Mateo X, 8).

(Vers. 7, 8.) Juró el Señor por la soberbia de Jacob, si me olvido hasta el fin de todas sus obras. ¿No se conmovió la tierra por esto: y llorará todo habitante de ella: y ascenderá como un río todo, y será arrojado, y fluirá como el río de Egipto. LXX: Juró el Señor contra la soberbia de Jacob, si se olvida hasta el fin de todas vuestras obras. Y por estas cosas no se turbará la tierra, y llorará todo habitante de ella, y ascenderá como un río su consumación: y descenderá como el río de Egipto. La Escritura describe a menudo a Dios jurando. Primero en Génesis: llamó el ángel del Señor a Abraham por segunda vez desde el cielo, diciendo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor: porque hiciste esto, y no perdonaste a tu hijo amado, bendiciendo te bendeciré, y multiplicando te multiplicaré como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar (Génesis XXII, 16, 17). Y en el salmo ciento nueve: Juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 5). Lo cual, quienquiera que sea el que escribió la epístola a los Hebreos, discutiendo dice: Porque no tenía a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo (Supra, IV, 2). Y en este mismo profeta leemos antes: Juró el Señor en su santidad, o por sus santos: porque he aquí vienen días sobre vosotros, y os llevarán en armas, o en lanzas, y lo demás. Quien antes había jurado en su santidad, o por sus santos, ahora jura contra la soberbia de Jacob: para que si no creen al que amenaza, crean al que jura en similitud humana: que toman el juramento cuando no se cree en sus palabras simples. No es de extrañar que se diga que Dios jura, cuando duerme con los que duermen, y vela con los que velan: y a los que han atesorado ira para sí en el día de la ira, se dice que se enoja (Rom. II). Jura, sin embargo, que no olvidará hasta el fin sus obras; porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Jacob. IV); sino que recordará todo lo que han pecado, y lo llevará hasta el fin y el tiempo del juicio. Por eso los penitentes [Al. pacientes] ruegan: No recuerdes nuestras iniquidades antiguas (Salmo LXXVIII, 8): especialmente cuando contra los soberbios la misma tierra se mueve, o se turba y llora, no el colono y el extranjero, sino su habitante: y asciende como un río la consumación, y descende como el río de Egipto: para que quien haya hecho penitencia, ascienda con el río que sube: pero quien haya perseverado en los delitos, descienda como el río de Egipto, y entrando en el mar sea absorbido. Y por esto muestra que la soberbia de Jacob, contra la cual jura el Señor, será devorada por castigos eternos.

(Vers. 9, 10.) Y será en ese día, dice el Señor [añade la Vulgata Dios]: Se pondrá el sol al mediodía, y haré oscurecer la tierra en el día de luz: y convertiré vuestras festividades en luto, y todos vuestros cánticos en llanto: y pondré sobre toda vuestra espalda saco, y sobre toda cabeza calvicie: y la pondré como luto de unigénito: y su final como un día amargo. LXX: Y será en ese día, dice el Señor Dios: se pondrá el sol al mediodía, y se oscurecerá sobre la tierra en el día de luz: y convertiré vuestras solemnidades en luto, y todos vuestros cánticos en llanto: y pondré sobre todo lomo saco, y sobre toda cabeza calvicie: y la pondré como luto de amado: y los que están con él, como un día de dolor.

Dies illa, diem captivitatis significat, cuando ambos pueblos serán llevados a los asirios y caldeos, donde por la magnitud de la tristeza el sol se ocultará al mediodía: y con la luz clara para todos, las tinieblas lo llenarán todo: cuando sus festividades y todos sus cantos se convertirán en luto y llanto. Y sobre toda espalda, o lomos, se ceñirán de cilicio, y según la costumbre de los antiguos dolientes, tendrán calvicie sobre sus cabezas: lo cual también leemos que Job hizo en la muerte de sus hijos (Job I). Y será tan grande la magnitud del luto y la tristeza, que superará el dolor de la madre por la muerte de su único hijo y más querido: y todo se llenará de llanto y amargura. Podemos entender este lugar también en la pasión del Señor, cuando el sol a la hora sexta retiró sus rayos, y no se atrevió a mirar a su Señor colgando en la cruz (Luc. XXIII): cuando, llenándose todo de tinieblas, sus festividades y

cantos, superados por Vespasiano y Tito, se transformaron en llanto y luto: cuando todo se llenó de lágrimas, penitencia y cilicios, y sus cabezas tuvieron calvicie, que antes, adornadas con la cabellera de los nazareos, nutrían su melena para el Señor. Entonces el primogénito hijo de Dios, el pueblo de Israel, que había puesto su mano sobre el Unigénito y verdadero Hijo de Dios, fue entregado a un luto eterno: y sus últimos, o los que estaban con él, se llenaron de amargura. Ahora, pues, ellos tienen tinieblas, quienes rechazaron al sol de justicia: nosotros, que estábamos sentados en tinieblas y en sombra de muerte, hemos visto una gran luz (Isai. IX), y toda su festividad ha sido trasladada a los misterios de la Iglesia, para que, mientras ellos lloran, nosotros cantemos alabanzas al Señor. Ellos se ciñen con cuerdas y cilicios en lugar de cinturones: a nosotros, con los apóstoles, se nos dice: "Estén ceñidos vuestros lomos [Al. accincti], y las lámparas encendidas en vuestras manos" (Luc. XII, 35). Nosotros estamos ceñidos con la verdad de Cristo, cumpliendo lo que está escrito: "Estén ceñidos vuestros lomos con la verdad" (Ephes. VI, 14). Pero ellos están rodeados por la mentira del diablo en lugar de la verdad. Nuestra cabeza, de la cual el Salvador habla: "Pero vuestros cabellos están todos contados" (Matt. X, 30), tiene una cabellera perpetua, y en nuestra cabeza, que es Cristo, poseemos fortaleza, para matar al león. Pero ellos durmieron en las rodillas de la sinagoga meretriz (Judic. XVI), y al ser rapados por el diablo, perdieron la fuerza de su cabeza, perdiendo con la fuerza los ojos, de los cuales está escrito en el Eclesiastés: "Los ojos del sabio están en su cabeza; pero el necio anda en tinieblas" (Eccli. II, 14). Sus compañeros están en luto, nuestros compañeros están vestidos con el manto de la alegría.

(Vers. 11, 12.) "He aquí vienen días, dice el Señor, y enviaré hambre sobre la tierra: no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor. Y se moverán de mar a mar: y desde el Norte hasta el Oriente irán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán. En ese día desfallecerán las vírgenes hermosas, y los jóvenes en la sed: que juran en el delito de Samaria, y dicen. Vive tu dios, Dan, y vive el camino de Beerseba: y caerán, y no se levantarán más." LXX: "He aquí vienen días, dice el Señor Dios, y enviaré hambre sobre la tierra: no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra del Señor. Y se moverán las aguas de mar a mar: y desde el Norte hasta el Oriente irán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán. En ese día desfallecerán las vírgenes hermosas, y los jóvenes en la sed: que juran por la propiciación de Samaria: que dicen: Vive tu dios, Dan, y vive tu dios, Beerseba: y caerán, y no se levantarán más." Las aguas no se mencionan en el hebreo, y la propiciación, que nosotros hemos traducido como delito, y que los hebreos llaman ASAMATH (), significa ídolo: que es el principio de los pecados. La historia antigua narra, tanto latina como griega, y de todas las naciones bárbaras, que no hay nada más duro que el hambre, que a menudo obliga a los sitiados a comer carne humana, y a ensañarse contra su propia naturaleza: de tal manera que ni los padres perdonan a sus pequeños hijos, y el afecto marital desgarrar los miembros de la esposa amada. Si esto hace el hambre de los cuerpos, ¿qué se dirá del hambre de las almas? que en el día de la resurrección del Señor oprimió al pueblo judío, y unida al hambre una sed ardentísima, no teniendo el pan que descendió del cielo, ni aquellas aguas que manaron del vientre de Jesús. Les fue quitada la Ley, y los Profetas guardaron silencio eterno: se mueven de mar a mar, y desde el océano Británico hasta el océano Atlántico, es decir, de Occidente a Mediodía, y desde el Norte hasta el Oriente, peregrinos por todo el mundo, no pueden encontrar la palabra de Dios. En este lugar preguntaremos a los judíos, qué día creen que se significa, en el cual soporten hambre de oír la palabra de Dios: especialmente cuando leen las Escrituras, y siguen la humildad de la letra. A quienes les decimos que se predijo el hambre de la inteligencia espiritual, en la cual se ve a Cristo, se encuentra la pasión del Señor y la resurrección. Recorren el mundo, y buscan la palabra del Señor, y no la encuentran: porque negaron la Palabra del Señor, que se hizo en

manos de todos los profetas, que en el principio estaba con el Padre, que se hizo carne, y habitó entre nosotros (Joan. I). En ese tiempo desfallecieron las vírgenes hermosas, y los jóvenes, o elegidos, y doctores (esto significa BAURIM ()) desfallecieron en la sed. Las vírgenes hermosas se interpretan como sinagogas, y los elegidos, como maestros del pueblo. Que cuando desfallecieron, las maldiciones del Deuteronomio en el pueblo judío enseñan que se han cumplido (Deut. XXVII, XXVIII, XXIX). Estos elegidos y doctores juraron en el ídolo de Samaria, en los becerros de oro, y dijeron: "Vive tu dios, Dan, en los confines de la tierra judía, donde ahora está Paneas, y en ese tiempo se adoraba el becerro de oro: y vive el camino de Beerseba," porque allí iban en un largo y raro viaje, debido a los reyes de Judá justos e injustos. Y porque hicieron esto, por eso caerán, y no se levantarán más, es decir, no recibirán el estado que antes tenían: Pero el Señor envía hambre sobre la tierra sobre aquellos que piensan en lo terrenal: y hambre no de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor, cuando por los pecados del pueblo la doctrina falta en las Iglesias: y de mar a mar, es decir, desde las olas saladas y amarguísimas hasta llegar al mar: no encontrando ríos, ni fuentes dulcísimas y variadas, sino volviendo a correr hacia lo amargo: y desde el Norte hasta el Oriente, deseando abandonar el Norte (que es un viento durísimo, y por los ignorantes llamado derecho) y llegar al Oriente, que no podrán encontrar: porque no van por el camino recto, sino que rodean por senderos desviados: y no siguiendo el camino real, son llevados por caminos tortuosos. En ese tiempo desfallecerán las almas virginales, que el Apóstol llama incorruptas: y desea poseer la eterna castidad, escribiendo a los Corintios: "Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo. Pero temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros sentidos, y caigan de la simplicidad que hay en Cristo" (II Cor. X, 2, 3). Y si todas las vírgenes fueran hermosas o buenas, nunca habría dicho, "desfallecerán las vírgenes buenas": pero para distinguir de las vírgenes malas, puso las buenas, que son santas en cuerpo y espíritu. Las vírgenes malas son las cinco necias, que no prepararon aceite para sus lámparas (Mat. XXIII). Las vírgenes buenas y hermosas son aquellas que tuvieron la luz de las virtudes, y entraron en el tálamo del esposo [Al. esposa]. Pero desfallecerán las vírgenes, porque no encontrarán la palabra del Señor. De lo cual entendemos, cuando no haya doctrina en las Iglesias, perecerá la castidad, morirá la pureza, todas las virtudes se irán: porque no comieron la palabra del Señor, que quien la coma, saciado con su alimento, oirá por Salomón: "El justo comiendo sacia su alma: pero las almas de los impíos tendrán hambre" [Al. tienen hambre] (Prov. XIII, 2). Y David que llegó a la vejez, cantaba libremente: "Fui joven, y he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan" (Ps. XXXVI, 26). Cuántos mártires perecieron de hambre en las persecuciones, y necesitaron grano y alimentos de estos cuerpos. Por lo tanto, habla de ese pan, que descendió del cielo, que quien lo coma, no podrá tener hambre, ni sed. Pero cuando desfallezcan las vírgenes, también desfallecerán los jóvenes, que antes habían vencido al mundo; y por eso desfallecerán, porque juran en el ídolo de Samaria, que siempre tomamos en la persona de los herejes, diciendo este mismo profeta: "¡Ay de los que desprecian a Sion, y confían en el monte de Samaria!" (Supra VI, 1). Porque los herejes desprecian la Iglesia de Dios, y confían en la falsedad de sus dogmas, erigiéndose contra el conocimiento de Dios, dividiendo a su pueblo, diciendo: "No tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí" (III Reg. XII, 16). Si alguien, pues, jura en el delito de Samaria, y dice: "Vive tu dios, Dan, y vive el camino de Beerseba"; este caerá y no podrá levantarse más. Dan, la tribu en los últimos confines de los judíos, no pudo encontrar posesión, como está escrito en el libro de los Jueces (Cap. XVIII), y se interpreta como juicio. Beerseba, por la variedad de acentos, se traduce en nuestra lengua como pozo del juramento, o pozo de la saciedad, o del séptimo. Así también los herejes en los confines extremos de las Sagradas Escrituras tendrán sed, despreciando el juicio de Dios, y deseando el camino de Beerseba, que estaba en la tribu de Judá: y deseando imitar muchos sacramentos de la Iglesia, dicen

estar saciados y llenos. A quienes el apóstol Pablo reprocha: "Ya estáis saciados, ya sois ricos" (I Cor. IV, 8), y juran en el nombre del Señor, que una vez caídos, porque consideran a los dioses de los ídolos como su dios, no se levantarán más. Pero quienes quieran hacer penitencia, y no digan: "Vive tu dios, Dan, y vive el camino de Beerseba," oirán por Jeremías: "¿Acaso el que cae, no se levantará: o el que se aparta, no volverá?" (Jerem. VIII, 4).

(Cap. IX.---Vers. 1.) "Vi al Señor de pie sobre el altar, y dijo: Golpea el quicio, y se conmuevan los dinteles: porque la avaricia está en la cabeza de todos, y al último de ellos mataré con la espada. No habrá fuga para ellos: huirá [Vulg. ellos, que huyen], y no se salvará de los que huyan." LXX: "Vi al Señor de pie sobre el altar, y dijo: Golpea sobre el propiciatorio, y se conmoverán los vestíbulos: y dispersa en las cabezas de todos, y a los restantes de ellos mataré con la espada. No huirá de ellos, quien huya: y no se salvará de ellos, quien sea resalvado." Quien con Ezequiel y Juan Bautista haya visto los cielos abiertos (Ezech. I; Mat. III), y el velo, que estaba puesto ante el rostro de Moisés (Exod. XXXIV), haya sido quitado de sus ojos, para que se cumpla en él lo que está escrito: "El mandamiento de Dios es claro, iluminando los ojos" (Ps. XVIII, 9); este verá al Señor de pie sobre el altar, y ordenando al profeta, o, como muchos piensan, al ángel, que está encargado de aplicar los castigos de los pecados, que golpee los quicios del templo, o el propiciatorio, y se conmuevan sus dinteles, o vestíbulos. Y cuando, dice, el templo por la maldad de los hombres haya sido destruido y desolado, y mi ira haya comenzado desde mi santuario, cada uno reconocerá que no puede escapar, teniendo la avaricia todo en su poder, y su final será la muerte, y ningún auxilio podrá acudir para evitar la sentencia de Dios: y lo que leemos según los LXX: "para que disperse en las cabezas de todos," sus cabezas se dividen bellamente, quienes voluntariamente se han separado de aquel que es la cabeza de todos, y dijeron: "No tenemos rey sino a César" (Joan. XIX, 15), quienes con voz impía clamaron: "Crucifícalo, crucifícalo tal. Y: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." Todo lo cual también podemos referir a los herejes, cuyo altar es golpeado, y todas las iniciaciones y sacramentos sacrílegos se conmueven, quienes tuvieron la avaricia en sus cabezas, clamando por ellos la perdiz, y reuniendo a los que no engendró, y haciendo riquezas sin juicio (Jer. XVII). Por lo cual también el Señor matará sus últimos o reliquias, para que se complete el capítulo comenzado, y su final será insensato. Pero cuando el Señor haya golpeado los quicios, y haya traído sobre ellos la espada, no habrá quien pueda escapar, y evitar la espada inminente del Señor. Al mismo tiempo, también será notable, que, estando el Señor de pie sobre el altar, primero se golpea el propiciatorio, o los quicios del templo, luego se conmueven los vestíbulos, tercero se dividen las cabezas de todos, cuarto los que quedan, son muertos con la espada. Porque si el Señor no pisotea con su pie la soberbia de los herejes, y no hiere con la espada espiritual la doctrina perversa y malvada, y no divide entre sí a sus maestros, que se toman en las cabezas, y en buena parte los mata, no pueden los discípulos ser vivificados, según lo que está escrito: "Yo mataré, y vivificaré: yo heriré, y sanaré" (Deut. XXXII, 39). Se matan y hieren los maestros, para que los discípulos sean vivificados: se dividen las cabezas, para que los demás miembros sean sanados.

(Vers. 2 seqq.) Si descendieran hasta el infierno, de allí mi mano los sacará: y si subieran hasta el cielo, de allí los derribaré: y si se escondieran en la cima del Carmelo, de allí los buscaré y los tomaré: y si se ocultaran de mis ojos en el fondo del mar, allí mandaré al serpiente, y los morderá: y si fueran en cautiverio ante sus enemigos, allí mandaré la espada, y los matará, y pondré mis ojos sobre ellos para mal, y no para bien. Y el Señor Dios de los ejércitos, que toca la tierra, y se derrite, y llorarán todos los que habitan en ella, y subirá como un río todo, y fluirá como el río de Egipto. LXX: Si fueran enterrados en el infierno, de

allí mi mano los arrancará: y si subieran al cielo, de allí los derribaré: si se escondieran en la cima del Carmelo, de allí los buscaré y los tomaré: y si se sumergieran de mis ojos en el profundo del mar, allí mandaré al dragón, y los morderá: y si fueran en cautiverio ante sus enemigos, allí mandaré la espada, y los matará, y fijaré mis ojos sobre ellos para mal, y no para bien. Y el Señor Dios omnipotente que toca la tierra, y la conmueve, y llorarán todos sus habitantes, y subirá como un río su consumación, y descenderá como el río de Egipto. El que antes había dicho, no habrá huida para ellos: huirá, y no se salvará el que huya, ahora corta la misma huida en partes, y de manera hiperbólica, aunque hagan esto y aquello, testifica que no podrán escapar. Si descendieran, dice, hasta el infierno, de allí mi mano los sacará: no porque alguien antes del día de la resurrección sea retirado de los infiernos; sino porque incluso estando en el infierno, están bajo su poder. Lo cual sabemos que se cumplió sobre Datán y Abirón, a quienes la abertura de la tierra absorbió vivos (Num. XVI). Y si subieran, dice, hasta el cielo, de allí los derribaré: porque tanto Enoc como Elías, arrebatados con sus cuerpos al cielo (Gen. V; IV Reg. II), son gobernados por el arbitrio de Dios. Y observa las propiedades: se desciende al infierno, se asciende al cielo: se es sacado del infierno, se es derribado del cielo. En uno hay extrema desesperación, en el otro la magnitud de la soberbia. Si se escondieran en la cima del Carmelo, ya sea cerca de los límites de Fenicia en la región septentrional, o al sur debido a la vastedad del desierto, donde una vez habitó Nabal el Carmelo (I Reg. XXV), de allí, dice, los buscaré y los tomaré: y si en el profundo del mar (Jonás I), y para hablar del profeta, en Tarsis, intentaran evitar los ojos de Dios, allí mandaré al serpiente, que en este lugar significa Leviatán, o cetáceo, para mantener la metáfora, y a través del serpiente y el cetáceo llegar a los enemigos. Y los morderá, es decir, los devorará con sus fauces. Y para que quizás por lo anterior que ha dicho, no entendamos otra cosa que el cautiverio por los enemigos, según su costumbre, la Escritura abre lo que antes había dicho en enigmas. Y si fueran en cautiverio ante sus enemigos, allí mandaré la espada, y los matará, para que no consideren que el extremo de sus males es la servidumbre; sino que incluso capturados, el filo hostil los atraviese: y los que pudieran sobrevivir y escapar de la muerte, no escapen de la vista de Dios; sino que ponga sobre ellos sus ojos para mal, y no para bien, para que siempre los visite, y los obligue a la penitencia a través de tormentos. Y esto dice que hará el Dios omnipotente, al toque y mandato del cual los fundamentos de la tierra se sacuden, o se derriten, y todos sus habitantes se ocupan en llanto y luto. Lo que dice, para mostrar la magnitud del poder divino, no sea que quiera hacer lo que amenaza; pero las fuerzas no cumplan la voluntad. Pero si la tierra se derrite, o se sacude, y la naturaleza insensible también percibe a su Creador: ¿cuánto más el hombre, frágil criatura, cuyo tesoro del alma está encerrado en vasos de barro y corpóreos? Y así como el río de Egipto corre al mar y es absorbido: así también la tierra de Israel, de la cual dijo antes: El que toca la tierra, y se derrite, irá en cautiverio, y será devorada por los enemigos: metonímicamente, de lo que tiene, lo que se tiene, significando el discurso divino. Y estas cosas, siguiendo el orden de la historia, las hemos interpretado como hemos podido: si en algunos puntos no nos ha faltado la inteligencia. Sin embargo, toda la sección de este lugar David la explica, diciendo: Señor, me has probado, y me has conocido (Sal. CXXXVIII, 1). E inmediatamente añade: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú: si desciendo al infierno, allí estás. Si tomo mis alas al amanecer, y habito en los confines del mar: incluso allí tu mano me guiará, y tu diestra me sostendrá (Ibid., 7-9). En el Deuteronomio también leemos algo similar: Este mandamiento, que yo te prescribo hoy, no está sobre ti: ni está lejos, ni está en el cielo, para que puedas decir: ¿Quién de nosotros puede subir al cielo, para traerlo a nosotros, y oírlo y cumplirlo? Ni está al otro lado del mar, para que te quejes y digas: ¿Quién de nosotros podrá cruzar el mar, y traerlo hasta nosotros para que podamos oírlo, y hacer lo que se manda? sino que está muy cerca de ti, en tu boca, y en tu corazón para que lo hagas (Deut. XXX, 11, 12). Porque cuando el alma, liberada de las ataduras corpóreas,

tenga la libertad de volar a donde quiera, o a donde se le obligue a ir, debido a la sutileza de su sustancia, será llevada a los infiernos (de los cuales está escrito: Que los pecadores se conviertan en el infierno, todas las naciones que olvidan a Dios (Sal. IX, 18). Y: ¿Quién te confesará en el infierno? (Sal. VI, 6). Y: Tu gloria descendió al infierno (Sal. XLVIII, 18). O ciertamente será elevada a los cielos, donde están las maldades espirituales en los lugares celestiales, y si quiere reclamar para sí el conocimiento de la verdadera circuncisión, pues esto es lo que significa Carmelo, y despreciando la humildad, habitar en los montes, y allí no podrá escapar de la mano escrutadora de Dios. Que si desesperando de la salvación, intentara evitar los ojos del Señor, y llegar a los últimos confines de las olas falsas, incluso allí el Señor mandará al serpiente tortuoso y antiguo (Apocalipsis XX), que es enemigo y vengador, y la morderá. Capturada también por vicios y pecados, será castigada con la espada del Señor, y pondrá sus ojos sobre ella para mal, y no para bien, para que a través de los tormentos y sufrimientos se vuelva al Señor. Y cuando el Dios omnipotente toque su tierra y la sacuda, y haga que todo lo terrenal se derrita, comprendiendo sus crímenes, se convertirán en llanto, y el mismo Señor ascenderá y descenderá de dos maneras. Ascenderá sobre los santos como un río de su consumación, es decir, de la tierra: para consumir sus obras terrenales. Descenderá sobre los pecadores como el río de Egipto, para que en la amargura de los tormentos sean empujados por el ímpetu del Señor.

(Vers. 6.) El que edifica en el cielo su ascensión, y ha fundado su fajo sobre la tierra: el que llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la faz de la tierra: el Señor es su nombre. LXX: El que edifica en el cielo su ascensión, y funda su promesa sobre la tierra: el que llama al agua del mar, y la derrama sobre la faz de la tierra: el Señor omnipotente es su nombre. El Señor Dios omnipotente, que mira, o toca la tierra, y la conmueve, es el que diariamente edifica en el cielo su ascensión, y dice en el Evangelio: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Juan V, 17). Y no solo de la costilla de Adán en tipo de la Iglesia edificó una vez a Eva (Génesis II), sino que diariamente edifica a los creyentes y miembros de su cuerpo, y los eleva de la tierra al cielo, para que en ellos él mismo ascienda. El Señor ascendió al cielo con Enoc (Génesis V), ascendió con Elías (IV Reg. II), ascendió con Moisés, cuyo lugar de sepultura, porque había ascendido al cielo, no pudo ser encontrado en la tierra (Deut. XXXIV). Ascendió con Pablo, quien fue vaso de elección, transformado de perseguidor en apóstol (II Cor. XII), y de humildes arrebatado a lo sublime, de modo que ascendió al tercer cielo, y por el Espíritu Santo y el Hijo llegó al Padre, y escuchó palabras inefables, misterios de la Trinidad, que no es lícito a los hombres escuchar. Este, pues, que diariamente asciende en los santos, ha fundado su fajo sobre la tierra, del cual habla en el Evangelio: No temas, pequeño rebaño, porque a mi Padre le ha complacido habitar en ti (Luc. XII, 32). Este fajo está unido por una sola religión del Señor. De donde también la misma religión toma su nombre de religar, y de atar en el fajo del Señor. Por otro lado, según los Setenta, funda su promesa sobre la tierra, para que todas sus promesas que los santos profetas cantaron con su boca, no tengan un sonido vano, y nombres vacíos de mera tropología; sino que se funden en la tierra. Y cuando las historias hayan tenido fundamentos, entonces reciban la cumbre de la inteligencia espiritual: para que verdaderamente Cristo haya nacido de la Virgen, verdaderamente haya resucitado a Lázaro muerto, verdaderamente al tocarlo la hemorroísa haya sido sanada, verdaderamente en la venida del Señor los ciegos hayan visto, los cojos hayan corrido, las manos contraídas hayan sido extendidas, la lepra haya sido limpiada; aunque según la tropología diariamente nazca el verbo divino de un alma virginal, diariamente los muertos por el pecado, y atados con las cuerdas de los vicios, sean mandados a salir del sepulcro de sus crímenes, diariamente las obras de sangre sean restringidas, los ciegos en la fidelidad de Cristo vean la luz, los que antes cojeaban en la fe, corran en el camino del Señor, y las manos secas por la avaricia, se extiendan para la limosna, y la lepra

de María, que contamina todo lo que toca, recupere su pureza original (Num. XII). Este Señor también llama a las aguas amargas del mar, y las derrama sobre aquellos que han vuelto su rostro al Señor. Por eso llama a las aguas amargas, para hacerlas dulces, y saca los vientos de sus tesoros, y las aguas pesadas por la sal las suspende en lo alto con su mandato, y al destilarlas, y cocerlas con el calor etéreo, las dispensa en lluvias, y las envía sobre la faz de la tierra, para que todo lo árido sea regado con lluvias, y donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia.

(Vers. 7, 8.) ¿No sois vosotros para mí como los hijos de los etíopes, hijos de Israel, dice el Señor? ¿No hice subir a Israel de la tierra de Egipto, y a los filisteos de Capadocia, y a los sirios de Cirene? He aquí los ojos del Señor Dios sobre el reino pecador, y lo destruiré de la faz de la tierra: sin embargo, destruyendo no destruiré la casa de Jacob, dice el Señor. LXX: ¿No sois vosotros para mí como los hijos de los etíopes, hijos de Israel, dice el Señor? ¿No hice subir a Israel de la tierra de Egipto, y a los extranjeros de Capadocia, y a los sirios de la fosa? He aquí los ojos del Señor Dios sobre el reino de los pecadores, y lo quitaré de la faz de la tierra. Sin embargo, no quitaré en fin la casa de Jacob, dice el Señor. En lugar de Cirene, Aquila y la quinta edición han puesto la misma palabra hebrea CIR (), los Setenta fosa, es decir, βόθρον, Teodoción pared, Símaco Cirene: que también hemos seguido en este lugar. Toda la inteligencia de este lugar que he propuesto, y de todo lo que este capítulo contiene, la concluiré con un breve discurso, hasta el lugar donde está escrito: Los que dicen, no se acercará, y no vendrá sobre nosotros el mal, para que podamos conocer lo que se dice: Yo soy el Señor Dios omnipotente, a quien nada puede ocultarse, que toco la tierra, y se moverá: que edifico en el cielo mi ascensión: que llamo a las aguas del mar, y las derramo sobre la faz de la tierra: cuyo nombre es el Señor, que soy el creador de todo: formé a todas las naciones del mismo barro, y las generé con igual suerte. Por lo tanto, a los etíopes, filisteos, sirios y judíos, distantes en lugares y cuerpos, los uní con la ley de la mortalidad, y según mi arbitrio nuevo a mis siervos de aquí para allá, y los transfiero a todas las provincias. No os enorgullezcáis en la soberbia, porque os saqué de Egipto, y como pueblo peculiar mío no permití que sirvierais a Faraón: esto mismo hice también con los filisteos, que los Setenta tradujeron como extranjeros, que en hebreo se llaman CAPHTHORIM (), para trasladarlos de Capadocia, y colocarlos en las regiones de Palestina: también trasladé a los sirios, es decir, ARAM () de Cirene: de donde los que fueron hechos con igual condición, serán castigados con igual sentencia de mi juicio, y sin distinción de personas, subvertiré todos los reinos impíos. Pero vosotros, oh hijos de Israel, de quienes dije: Mi hijo primogénito es Israel (Éxodo IV, 22). Y: De Egipto llamé a mi hijo (Oseas XII, 1), os golpearé con vara, y visitaré vuestros pecados; pero no os destruiré para siempre, y no apartaré mi misericordia de vosotros (Sal. LXXXVIII), y como agitados y sacudidos en un tamiz, os limpiaré y elegiré, para que el que sea como una piedrecilla, y fortalecido por la penitencia, no caiga de mi tamiz: pero el que como polvo caiga en la tierra, sea golpeado con la espada, para que mueran los pecadores de mi pueblo: no porque hayan pecado antes; sino porque han perseverado en sus pecados hasta la muerte. Y todo el que es Israel y antes ve a Dios con la mente, y sacado de Egipto, si deseando los vicios de Egipto, y los placeres del mundo, no solo regresa a Egipto, sino a Etiopía, en la cual quien esté, según Jeremías (Cap. XIII), no puede cambiar su piel, es salvado por la venida de Cristo, y se cumple en él lo que está escrito: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Sal. LXVII, 32). Y cuando lo adore, se dirá de él: Ante él se postrarán los etíopes (Sal. LXXI, 9). Que cuando se postren, y desde los ríos de Etiopía lleven ofrendas al Señor, podrán decir: Soy negra y hermosa, porque el sol me ha oscurecido (Cant. I, 4). Los cuerpos que languidecen en las sombras y el ocio, no pueden soportar las tentaciones y el calor del mundo: pero los que se preparan para la lucha y los combates, secados por el sol, superan las injurias del mundo, y obtienen la bendición del Espíritu Santo,

que dice al justo: De día el sol no te herirá, ni la luna de noche (Sal. CXX, 6). Por lo tanto, los etíopes se convierten en hijos de Dios, si hacen penitencia, y los hijos de Dios pasan a ser etíopes, si caen en el profundo de los pecados. Porque el mismo Dios Creador de todo convierte a los capadocios en filisteos, y a los que se movían en el frío de la fe, y estaban sujetos al viento más duro del norte, los hizo caer bebiendo, y dejando la soberbia, sentir el juicio del Señor. También a los sirios, es decir, a los altos y sublimes, que se llaman ARAM, los trasladó de Cirene, un muro débil, o que amenazaba al mar amarguísimo, y estaba cerca de las Sirtes, y según los LXX estaba en la fosa, los cambió en buena parte, para hacerlos altos. Porque los ojos del Señor están sobre todos los reinos pecadores, que el diablo mostró al Señor (Mat. IV), y de los cuales el Apóstol dice: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos (Rom. VI, 12). Sin embargo, cuando visite con vara a los pecadores, y los destruya y golpee, a las almas que se llaman casa de Jacob, y suplantán el pecado, y en la lucha vencen, y toman el talón del hermano sangriento, no las dejará perecer para siempre.

(Vers. 9, 10.) Porque he aquí que yo mandaré, y sacudiré en todas las naciones la casa de Israel, como se sacude el trigo en un cedazo, y no caerá ni una piedrecilla sobre la tierra. Todos los pecadores de mi pueblo morirán a espada, los que dicen: No se acercará, y no vendrá sobre nosotros el mal. LXX: Porque he aquí que yo ordeno y aventaré en todas las naciones la casa de Israel, como se avienta en un aventador, y no caerá la ruina sobre la tierra. Todos los pecadores de mi pueblo morirán a espada, los que dicen: No se acercará, ni vendrán sobre nosotros los males. Dios, que midió las aguas con su mano, y el cielo con su palma, y abarca toda la tierra con su puño (Isaías XL), él mismo, por su grandeza, sosteniendo con ambas manos los bordes de la tierra, la sacudirá como un cedazo: para que, al caer las pajas y las inmundicias de los pecadores a la tierra, quede el trigo puro, que será guardado en los graneros: o como tradujeron los LXX, sostendrá el aventador en su mano, y limpiará su era, y guardará el trigo en los graneros, pero quemará las pajas con fuego inextinguible; de las cuales habla por Jeremías: ¿Qué tienen que ver las pajas con el trigo?, dice el Señor (Jer. XXIII, 28). De esto mismo, bajo la figura de otra parábola, se muestra aquella red que se lanza al mar de este siglo, y saca peces de toda clase, y al desechar los peces malos, solo se reservan los buenos (Mat. XIII): así también el Señor dispersó por todo el mundo la miserable casa de Israel, y la sacudió en un cedazo y aventó la paja: y al no caer las piedrecillas y guijarros sobre la tierra, morirán a espada, aquellos que por sus inmundicias y polvo son llamados pecadores del pueblo. Y esto lo sufrirán porque no creen en las profecías de los profetas, ni piensan que vendrán las cosas que el Señor amenaza por medio de ellos. Y mientras se prometen prosperidad, después soportarán males, en contraste con los santos que temen, y no pecan, y por eso no morirán a espada, porque dijeron: Se acercarán a nosotros los males, y vendrán sobre nosotros los castigos que nuestros pecados han merecido, de lo cual Dios habla más plenamente en Jeremías: Tomaré y hablaré sobre la nación y el reino, para arrancarlo y destruirlo; si esa nación se convierte de sus males, yo también me arrepentiré de lo que pensaba hacerle (Jer. XVIII, 7, 8). Por tanto, Dios no cambia, quien siempre es inmutable; sino que nosotros lo cambiamos con nuestra conversión. Se enfurece, se enoja, amenaza, y dice que traerá castigos: si hacemos penitencia, él también se arrepentirá de su sentencia. Nuevamente, según el mismo Jeremías (Cap. XVII), promete prosperidad: si nos relajamos por negligencia, él también se arrepentirá de su promesa, y cambiará lo prometido. De lo cual podemos tener como ejemplo a los ninivitas y Jerusalén, de los cuales unos fueron liberados de los castigos inminentes: otros perdieron lo que había sido prometido a sus padres.

(Vers. 11 y siguientes.) En aquel día levantaré el tabernáculo de David que ha caído, y reedificaré las brechas de sus muros, y restauraré lo que se ha derrumbado, y lo reedificaré como en los días antiguos, para que posean el resto de Edom, y todas las naciones, porque mi nombre ha sido invocado sobre ellos, dice el Señor que hace esto. LXX: En aquel día levantaré el tabernáculo de David que había caído, y reedificaré lo que se había derrumbado, y lo que ha sido socavado levantaré, y lo restauraré como en los días antiguos, para que me busquen el resto de los hombres, y todas las naciones sobre las cuales ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace todas estas cosas. Donde precede la autoridad de los apóstoles, especialmente de Pedro y Santiago, a quienes el Vaso de elección llama columnas de la Iglesia (Gál. II), allí debe eliminarse toda sospecha de explicación variada, y lo que es expuesto por tan grandes hombres, eso debe seguirse. En los Hechos de los apóstoles, suscitada la cuestión entre los apóstoles, de por qué Pablo y Bernabé habían recibido a hombres de entre las naciones sin circuncisión y sin observancia del sábado, Pedro respondió, como debía: cuya sentencia aprobando Santiago, habló así: Varones hermanos, escúchenme: Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez para tomar de entre las naciones un pueblo para su nombre, y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David que ha caído, y reedificaré sus ruinas, y lo levantaré: para que busquen al Señor el resto de los hombres, y todas las naciones sobre las cuales ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace esto: conocido desde la antigüedad es su obra para el Señor (Hechos XV, 13 y siguientes). Este tabernáculo de David que había caído (había caído en aquellos que dicen, no se acercará, y no vendrá sobre nosotros el mal: a quienes el Señor había sacudido y probado con su cedazo, y cuya era de su majestad había limpiado con el aventador, y a quienesquiera que fueran pecadores los mató a espada) ahora, según la costumbre de las Escrituras, después de los tormentos, después de los castigos, prometiendo cosas prósperas y alegres, dice que lo levantará, y en la resurrección del Señor restaurará todo, para que lo que había caído en las sinagogas, se levante en las Iglesias, y los creyentes posean el resto de Edom, y todas las naciones, para que todo lo que quede del reino sanguinario y terrenal, se transforme en reinos celestiales, y todas las naciones que se habían olvidado del Señor, se conviertan y regresen a él. Pero si queremos leer según los LXX, para que me busquen el resto de los hombres, y todas las naciones sobre las cuales ha sido invocado mi nombre, debemos entender por el resto de los hombres a aquellos que del pueblo judío creyeron, y como piedrecilla no cayeron del cedazo, ni fueron arrojados con el polvo, las pajas y las inmundicias. Porque las reliquias al principio de la fe serán salvas, y al final del mundo, para que cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel sea salvo (Rom. XI). El nombre del Señor que es invocado sobre el resto y sobre todas las naciones, es aquel del que el Salvador dice: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Y para no diferir con un largo discurso la regla de las promesas, tanto en este profeta, como en los demás, todo lo que se predica sobre la edificación de Jerusalén y del templo, y la bienaventuranza de todas las cosas, los judíos en el último tiempo se prometen a sí mismos con vana expectativa, y recuerdan que se cumplirá carnalmente. Pero nosotros, que no seguimos la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, ya en la Iglesia demostramos que se ha cumplido, y que se cumple diariamente en cada uno, que al caer por el pecado, se reconstruyen por la penitencia.

(Vers. 14, 15.) He aquí que vienen días, dice el Señor, y alcanzará el arador al segador, y el pisador de uvas al que siembra la semilla. Y los montes destilarán dulzura y todas las colinas serán cultivadas. Y cambiaré la suerte de mi pueblo Israel, y edificarán ciudades desiertas, y habitarán en ellas, y plantarán viñas, y beberán su vino, y harán huertos, y comerán sus frutos. Y los plantaré sobre su tierra, y no los arrancaré más de su tierra que les he dado, dice el Señor tu Dios. LXX: He aquí que vienen días, dice el Señor, y alcanzará la trilla a la

vendimia, y la uva se variará en la siembra. Y los montes destilarán dulzura, y todas las colinas serán plantadas. Y cambiaré la suerte de mi pueblo Israel, y edificarán ciudades desoladas, y habitarán en ellas, y plantarán viñas, y beberán su vino, y harán huertos, y comerán su fruto. Y serán plantados sobre su tierra, y no serán arrancados más de su tierra que les he dado, dice el Señor Dios omnipotente. Levantado el tabernáculo de David que había caído, y reedificadas las cosas que habían caído y sido subvertidas, se describe la abundancia de todas las cosas, cómo aquellos que antes iban, iban y lloraban, llevando sus semillas, viniendo vendrán con alegría, llevando sus gavillas (Salmo CXXV): para que la trilla de las gavillas alcance a la vendimia, o el arador al segador y la uva se varíe, y tome color en el tiempo de la siembra: o, como es más cierto, el pisador de uvas alcance la siembra, y así se sucedan todas las cosas entre sí, para que no haya día sin trigo, vino y alegría. En ese tiempo, con los lagares llenos, se pisará la uva, y de la sangre de Cristo y de los mártires se derramarán mostos rojos, y tal pisador de uvas será el semillero de la palabra de Dios, para que su sangre clame más en el mundo, que clamó la sangre de Abel el justo. Y cualquiera que por el mérito de sus virtudes haya ascendido a las montañas, sudará miel, más bien destilará la dulzura de la palabra de Dios, de la cual está escrito: Gustad y ved qué dulce es el Señor (Salmo XXXIII, 9): Y, Cuán dulces son tus palabras a mi paladar, más que la miel y el panal a mi boca (Salmo CXVIII, 103). Y aquellos que estén debajo de las montañas, más bien los segundos después de las montañas, a quienes el esposo salta en el Cantar de los Cantares (Cant. II), y llama colinas, serán plantados e imitarán el paraíso de Dios: para que en ellos cuelguen todos los frutos de las doctrinas. Entonces, si alguno está cautivo por la infidelidad, y aún no ha creído en el nombre del Señor, y es de las reliquias de su pueblo Israel, volverá a la fe de Cristo, para que a quien había oído en los Profetas, lo tenga en el Evangelio. Estos montes que destilarán dulzura, y colinas que serán plantadas, después de que el Señor haya cambiado la suerte de su pueblo Israel, edificarán ciudades antes desiertas, y habitarán en ellas: para que cada ciudad edificada diga: Yo soy una ciudad fuerte, una ciudad que es atacada (Prov. según LXX), y de la cual el Señor habla en el Evangelio: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). Y en los Salmos se dice: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 4). También plantarán viñas con Noé (Gén. IX), y beberán su vino, y se embriagarán, y oirán del Señor Salvador: Bebed, amigos míos, y embriagaos (Cant. V, 1). Pero beberán el vino, que él prometió beber nuevo en el reino de su Padre con sus apóstoles (Marcos XIV). Esta es la viña de Sorec, cuyo vino bebemos diariamente en los misterios. Y no contentos con la felicidad de estas cosas, por deleite harán huertos, y los regarán: para que no falten en ellos géneros de virtudes, y comerán sus frutos: porque quien haya plantado y regado, él mismo comerá. Y cuando todas estas cosas las hagan los montes y colinas, destilando dulzura, edificando ciudades, y habitando en ellas, plantando viñas, y bebiendo su vino, haciendo huertos, y comiendo sus frutos: entonces el Señor plantará a esos plantadores sobre su tierra, de la cual se dice: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Salmo XXVI, 13). Y en el Evangelio: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4). Y después de que los haya plantado, y haya consolidado sus raíces firmes en lo alto, no los arrancará más de la tierra que les había dado. De lo cual entendemos que la Iglesia, hasta el fin del mundo, será sacudida por persecuciones, pero no podrá ser derribada; será tentada, pero no superada. Y esto sucederá, porque el Señor Dios omnipotente, o el Señor su Dios, es decir, de la Iglesia, ha prometido hacerlo: cuya promesa es ley de la naturaleza.